


# Fuertes emociones

TERESA CARPENTER

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

FUERTES EMOCIONES, N.º 2365 - noviembre 2010
Título original: Sheriff Needs a Nanny
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9266-7
Editor responsable: Luis Pugni

E-pub x Publidisa

# CAPÍTULO 1

–ALLÁ vamos –murmuró Nicole Rhodes al detenerse ante la puerta de la casa. Bajó la mirada hacia su camiseta azul oscura, sus pantalones caqui y sus sandalias blancas. Esperaba tener el aspecto sereno y profesional adecuado.

Dos adjetivos que no le interesaban demasiado. Prefería experimentar la vida.

A pesar de todo, y dado que era su primera entrevista de trabajo en cinco años, necesitaba toda la seguridad posible en sí misma. Malditos recortes presupuestarios… Ella era uno de los miles de maestros que habían tenido que ponerse a buscar trabajos alternativos.

Sonrió y llamó a la puerta.

Necesitaba un trabajo y un lugar en que alojarse cuanto antes. Aquel trabajo de niñera podía resolver ambas cosas, y además así podría permanecer cerca de su hermana Amanda, que estaba embarazada.

La puerta se abrió y Nicole se encontró ante un hombre semidesnudo. Oh, oh…

Su temperatura interior subió mientras contemplaba unos poderosos abdominales, unos fuertes pectorales cubiertos de vello oscuro y una cabeza oculta en una camiseta a medio quitar.

–Hola, Russ –una profunda voz surgió del interior de la camiseta–. Gracias por haber venido tan rápido.

He estado recogiendo antes de que llegara la niñera. Sólo tengo diez minutos para tomar una rápida ducha.

Antes de que Nicole pudiera responder, la camiseta terminó su viaje, dejando al descubierto un revuelto pelo castaño.

Los ojos verdes del sheriff Trace Oliver manifestaron una sucesión de emociones cuando vio a Nicole. Sorpresa, enfado y, finalmente, resignación.

–Supongo que es mucho esperar que seas la hermana mayor de Russ y hayas venido a ayudar, ¿no?

Nicole negó con la cabeza y su larga melena negra se balanceó tras ella. Sonrió mientras hacía lo posible por ignorar todos aquellos músculos a la vez que extendía su mano.

–Nikki Rhodes, posible niñera –se presentó.

–Llega temprano –dijo Trace en tono seco a la vez que estrechaba su mano.

Siempre optimista, Nicole decidió que aquel comentario era una observación más que una reprimenda.

–Sí. Se supone que llegar antes es un rasgo admirable.

Bajó la mirada hacia la mano del hombre, que aún sostenía la suya.

–No siempre –respondió él con una mueca a la vez que señalaba sus pantalones cortos y su torso desnudo.

Nicole carraspeó mientras lo miraba.

–Lo tendré en cuenta para el futuro –señaló con un gesto de la cabeza su coche, aparcado ante la casa–. ¿Quiere que espere fuera mientras se ducha?

–No hace falta –Trace dio un paso atrás y tiró de Nicole hacia el interior–. Pase, por favor –frunció el ceño al fijarse en que aún sostenía la mano de Nicole en la suya. La retiró bruscamente.

Nikki lo siguió. Al contemplar el austero interior de la casa, se preguntó qué habría tenido que recoger. Apenas había objetos que ordenar y el mobiliario, moderno, de líneas estilizadas y tonos azules y grises, era más bien escaso. Nada sugería que allí viviera un bebé. De hecho, la casa tenía cierto aire castrense.

Una mirada le bastó para deducir que aquel hombre necesitaba sentir que lo controlaba todo. Pero ella ya había experimentado aquello, había vivido con ello y no tenía deseos de repetir la experiencia. Segundo motivo por el que debería dar por concluida aquella entrevista de inmediato.

Pero la situación de su hermana Amanda, a la que el médico había recomendado el máximo descanso posible, le hizo permanecer donde estaba.

–Siéntese –dijo Trace Oliver–. Voy por una camisa limpia. «Sí, por favor», pensó Nicole. Más valía que cubriera aquella tonificada y tentadora piel.

–Me temo que estás metida en un lío –murmuró para sí mientras él desaparecía en una de las habitaciones.

Pero no debía ver de aquel modo a su posible jefe. Lo decía en su contrato con la agencia y además necesitaba el trabajo. Había renunciado a su apartamento hacía tres meses y se había trasladado a vivir con su hermana mientras su cuñado estaba fuera, navegando. Su intención era ahorrar para dar la entrada de un

piso. El momento había parecido perfecto. Podía hacer compañía a su hermana y ayudarla a prepararse para su primer bebé. Cuando éste y su marido llegaran, se trasladaría de nuevo.

Pero se pronto se había quedado sin trabajo y su cuñado se había presentado dos semanas antes de lo previsto. A pesar de ello, su hermana había insistido en que siguiera con ellos hasta que encontrara un trabajo.

Tenía buenos credenciales, de manera que no le preocupaba mucho la perspectiva, pero aquélla era la única oferta de trabajo que había encontrado en Paradise Pines y quería seguir cerca de su hermana hasta que tuviera el bebé.

Pero había otros motivos para su renuencia a alejarse de allí. Desde el día que inició sus estudios universitarios y descubrió un sentido de la libertad que nunca había conocido en su casa, se juró vivir la vida, no ocultarse de ella.

A pesar de todo, necesitaba protegerse. Tendía a entregar su corazón con demasiada facilidad. Era uno de los motivos por los que había elegido trabajar con niños pequeños. Necesitaban su afecto para desarrollarse y reaccionaban con total sinceridad. Podía confiarles su voluble corazón.

Pero el sheriff Oliver no tenía aspecto de saber lo que era la volubilidad. Se notaba que era todo pulcritud, control y programación. Seguro que dos de sus palabras favoritas eran «organización» y «disciplina». Los bebés eran caóticos e impredecibles. Las estructuras y la disciplina eran importantes, pero también lo eran la creatividad y la flexibilidad.

Si aceptaba aquel trabajo sólo preveía conflictos y desacuerdos en el futuro, porque sabía que lucharía por lo que fuera más conveniente para el bebé. Tal vez incluso con más insistencia de la necesaria, porque ya había pasado por aquella situación.

El sheriff Oliver regresó vestido con unos vaqueros azules y una camisa verde que sentaba de maravilla a sus ojos. Ojos con una mirada más distante, como su expresión.

Se había puesto en guardia, algo que hacía con tal facilidad que Nicole supo que aquél era el rostro que habitualmente enseñaba al mundo.

–La agencia me dijo que es maestra de niños de infantil –dijo Trace mientras ocupaba un sillón frente al sofá en que estaba Nicole–. Supongo que sabe que en este trabajo tendría que residir aquí, ¿no?

–Sí. Soy una de las víctimas de un reciente recorte de presupuestos estatales –Nicole se encogió de hombros, pretendiendo que aquello no era más que un pequeño contratiempo–. Pero antes fui niñera; ese trabajo me ayudó a pagarme los estudios.

–¿Trabajaba y estudiaba?

–Me ocupaba de los niños de día y acudía a clases nocturnas. Los Henderson sabían que estaba estudiando y respetaban mis horarios. La cosa funcionó.

–¿Qué edad tenían los niños que cuidaba?

–Dos y cuatro cuando empecé.

Trace bajó la mirada hacia el currículum de Nicole, que tenía ante sí.

–Estuvo con ellos un par de años y medio. ¿Por qué lo dejó?

–Mis padres murieron en un accidente –Nicole ya casi podía decir aquello sin que se le hiciera un nudo en la garganta–. Mi hermana me necesitaba. Estaba acabando sus estudios en el instituto. Me tomé un semestre libre para ocuparme de los asuntos de mis padres y para ocuparme de mi hermana hasta su graduación.

–Debió ser duro –la aspereza del sheriff hizo recordar a Nicole que había perdido a su esposa hacía poco más de un año.

–Nos teníamos la una a la otra, lo que supuso una ayuda –a pesar de todo, aquél fue el año más duro de la vida de Nicole.

Trace carraspeó.

–Entonces, ¿nunca se ha ocupado de un bebé?

–Nunca me he ocupado de un niño de trece meses, pero estoy segura de que podré arreglármelas. Tengo un master en Desarrollo Infantil y me encantan los niños. De hecho, mi hermana está embarazada y en seis meses seré tía por primera vez.

La expresión de Trace no se inmutó ante la mención de un cercano nacimiento. La mayoría de las personas habrían mostrado alguna clase de reconocimiento. Aquello hizo que Nicole se preguntara sobre la relación entre el sheriff y su hijo y por qué se había hecho cargo de él tan recientemente.

Sabía a través de la agencia que era viudo, que el bebé había sobrevivido al accidente que acabó con la vida de su madre y que la suegra de Trace se había hecho cargo de él hasta hacía una semana.

–¿Y qué es lo que le sucede? ¿Por qué no se ha hecho con la

custodia de su bebé hasta ahora? –preguntó abiertamente.

Trace alzó una de sus oscuras cejas ante la franqueza de Nicole.

Ella sonrió y encogió un hombro.

–Creo en la comunicación sin trabas. La vida es más sencilla así –siguió sonriendo y esperó. Que la demandara si quería. Quería saber, y hacía tiempo que sabía que preguntar era la mejor forma de conseguirlo.

–Siempre he tenido la custodia –contestó Trace al cabo de un momento–. Mis suegros me han echado una mano mientras buscaba una nueva casa.

¿Y le había llevado trece meses conseguirlo? Nicole no expresó en alto aquel pensamiento. Obviamente, había algo más detrás que un simple traslado.

–Supongo que fue un consuelo para sus suegros tener a su nieto cerca mientras asumían la muerte de su hija.

Trace se apoyó contra el respaldo del sofá y cruzó los brazos sobre su fuerte pecho. Miró a Nicole con recelo.

–La mayoría de la gente asume que me estaba aprovechando de mis suegros, aunque eso no es asunto suyo.

Por su actitud defensiva, Nikki adivinó que la «mayoría de la gente» no estaba totalmente equivocada. Pero también había percibido en su tono un matiz de orgullo herido. Cinco años como profesora le habían enseñado a leer a las personas, fueran pequeñas, grandes o medianas. Para un hombre como aquél, que hacía del deber una forma de vida, una sombra de duda sobre su honor no sería bienvenida.

–Por supuesto –dijo–. La muerte nunca es fácil para una familia, pero, según mi experiencia, después de que una abuela se hace cargo de un bebé hacen falta una bomba y una palanca para quitárselo.

El sheriff Oliver frunció el ceño.

Nikki se mordió el labio. Su hermana no dejaba de advertirle de que algunas personas no apreciaban su franqueza crónica.

–¿Mi comentario no ha sido lo suficientemente delicado?

Trace echó la cabeza atrás y rompió a reír, algo que no hacía muy a menudo. Se pasó una mano por el rostro mientras trataba de recuperar el control.

–Es muy perspicaz –fue todo lo que dijo.

De hecho, la verdad residía entre lo que pensaba la gente y la necesidad de una palanca. Pero lo cierto era que Trace agradecía

un poco de sinceridad y franqueza. La empatía era más difícil de aceptar. Por el tono de Nicole cuando había hablado de sus padres, no dudaba de que aún lloraba su pérdida.

–No sea demasiado duro consigo mismo –dijo Nicole–. No debe ser fácil encajar las rutinas de un bebé con las ocupaciones de un sheriff.

–Entonces no era sheriff. Cambié de profesión hace seis meses. Antes era detective de homicidios y estaba destinado a un equipo operativo multinacional.

–Suena importante.

–Lo era. Y, efectivamente, no resultaba fácil compaginar esa actividad con ocuparse de un recién nacido. Mi suegra se ofreció a cuidar de Carmichael y yo se lo agradecí. Pero hace una semana sufrió un derrame cerebral y mi suegro se trasladó a Michigan con ella, donde tienen familia que puede ayudar a cuidarla. Ahora estoy solo con mi hijo.

Incómodo, Trace se movió en su asiento. No sabía por qué sentía la necesidad de explicar a aquella mujer cosas que no había compartido con nadie.

Tal vez le resultaba fácil hablar con ella por la comprensión que veía en sus inteligentes ojos ambarinos,
o tal vez era su sinceridad lo que lo impulsaba a hablar. Fuera lo que fuese, tenía que parar.

–¿Carmichael? –dijo Nicole–. Pensaba que el niño se llamaba Michael.

–No. Es Carmichael. Un nombre familiar por parte de mi suegra.

–Oh. La agencia tiene anotado Michael en la ficha.

–En ese caso se han equivocado. Lo llamamos Carmichael desde que nació –Trace odiaba aquel nombre, pero lo aceptó por hacer feliz a su esposa. Probablemente lo habrían abreviado si hubiera seguido viva. Pero había muerto–. Su madre eligió el nombre.

–La continuidad es una buena tradición familiar –replicó Nicole, que tuvo que hacer un esfuerzo para mantener un tono neutro.

–Pero no le gusta, ¿verdad? –Trace sabía que no debería probarla después de su evidente intento por mostrarse cortés, pero no pudo contenerse.

Nicole dudó un momento. Finalmente, su tacto cedió ante su refrescante franqueza.

–Es demasiado nombre para un bebé. Tienen que aprender a caminar antes de correr, y no es un proceso meramente físico. Sus pequeñas psiques necesitan desarrollarse y crecer como sus cuerpos.

Tanta pasión por su hijo y ni siquiera lo conocía todavía, pensó Trace. Justo lo que un padre querría de una niñera.

–Pero cuídese de que sea la culpabilidad la que guíe sus decisiones –añadió Nicole.

Aquellas palabras fueron como un puñetazo en el estómago de Trace.

–¿A qué se refiere? –preguntó.

–Se llama la culpabilidad del superviviente y hace que personas racionales tomen decisiones irracionales. Conviene ser consciente de ello. Considera que está honrando a su esposa porque ella no puede estar aquí para criar a Carmichael. Pero lo que ella querría realmente sería que amara a su hijo y lo criara de la mejor forma posible.

–¿Amar al niño, honrar a la madre?

–Sí. Es así de sencillo.

–Puede que su vida haya sido sencilla, señorita Rhodes, pero usted no sabe nada de la mía –al notar la aspereza con que estaba hablando, Trace respiró profundamente. Pero necesitaba ser claro respecto a aquello–. Lo importante aquí es Carmichael. No trate de psicoanalizarme.

–Por supuesto –Nicole se mordió el labio–. Lo siento. Sólo trataba de ayudar.

–Si algo he aprendido desde que soy padre es que ya no hay nada sencillo. La vida se ha convertido en una complicación tras otra.

Nicole asintió.

–Las familias son complicadas. Lo que hace que funcionen es el amor.

Trace pensó que, si aquello era cierto, estaba metido en un buen lío. Pero no quiso pensar en sus carencias emocionales.

–Pensaba que no trabajaba con bebés.

–No trabajo con bebés, pero cuando llegan a infantil los niños aún están aprendiendo y creciendo –Nicole se movió en su asiento y a continuación cambió radicalmente de tema–: Tengo entendido que la semana anterior han pasado por aquí otras dos niñeras. ¿Qué problema había con ellas?

–¿Por qué lo quiere saber?

–Me ayudaría a comprender qué está buscando exactamente.

–Supongo que eso tiene sentido –respondió Trace a la vez que asentía–. A la primera no le convenían los horarios y la otra dejó claro que las cosas se harían a su manera o no se harían. Decidí que no las hiciera.

–Bien hecho.

La expresión de aprobación de Nicole hizo que Trace se sintiera diez centímetros más alto. Era una mujer bonita, de rasgos equilibrados y labios carnosos, pero lo que hacía que resultara realmente atractiva era su vivacidad. Aquella mujer vivía la vida; se notaba en su perpetua sonrisa y en sus asombrosos ojos color ámbar.

–Desafortunadamente –añadió Nicole–, muchos padres quieren precisamente lo contrario. Es casi como si, en lugar de participantes, quisieran ser visitantes en la vida de sus hijos –su tono expresó con claridad lo que pensaba de aquella clase de padres.

Debía ser bonito vivir en su mundo de ensueño, pensó Trace, pero él conocía la verdad.

–Trabajo para imponer la ley, señorita Rhodes, y le aseguro que a veces los padres causan menos daño a sus hijos con su ausencia que con su presencia.

–Tiene razón, por supuesto, pero no es a eso a lo que me refiero.

–Sé a qué se refiere. He sido un visitante en la vida de mi hijo durante más de un año. Pero eso ha acabado. Ahora soy responsable de él y seré yo quien decida lo que más le conviene.

Y el trabajo no iba a hacerse nunca a base de charlar con una maestra de niños, por muy franca y vivaz que fuera.

¿Sería la niñera adecuada para él?

En apariencia era demasiado joven, demasiado cualificada y carecía de la experiencia necesaria. No hacía falta un título para cambiar pañales, pero sí hacía falta alguien que hubiera estado con bebés y conociera la diferencia entre una fiebre debida a la salida de los dientes y otra debida a una enfermedad.

Por otro lado, se trataba de un trabajo, y el recorte en los presupuestos estatales había hecho que muchos profesores estuvieran buscando empleo.

–Señorita Rhodes…

–Llámeme Nikki, por favor –interrumpió Nicole.

–Señorita Rhodes –insistió Trace. Era mejor así. Era preferible mantener todo a un nivel profesional–. ¿Cuándo puede empezar?

# CAPÍTULO 2

–¿CUÁNDO puede empezar? –Trace acababa de hablar cuando su móvil empezó a sonar a la vez que se escuchaba un grito procedente del pasillo. Tomó su móvil–. Lo siento. Tengo que contestar. ¿Le importa ir a echar un vistazo al bebé?

–Claro que no –Nikki se puso en pie. ¡Había conseguido el trabajo! No le atraía la idea de trabajar para un obseso del control, pero así podría estar cerca de Amanda, y eso era lo que contaba. Ya estaba deseando decírselo a su hermana–. ¿En qué habitación está?

–La última puerta a la derecha.

El niño ya había dejado de llorar, lo que sorprendió a Nicole. Según su experiencia, cuando lo que quería un bebé era atención, el llanto arreciaba.

Abrió la puerta del dormitorio y se asomó al interior. En la habitación sólo había una cuna y un cambiador de roble. Las paredes eran blancas, las sábanas y mantas de color azul oscuro. No había juguetes a la vista.

Un bebé de pelo castaño y expresión seria se hallaba sentado en la cuna.

El corazón de Nikki se encogió. No había visto un niño tan triste en su vida. Pobrecillo. Debía echar de menos a su abuela.

–Hola, Carmichael –saludó con suavidad mientras se acercaba a la cuna–. Soy Nikki.

Apoyó los brazos en el borde de la cuna y sonrió, dispuesta a charlar un momento antes de sacarlo.

–Carmichael es mucho nombre para un bebé como tú, pero estoy segura de que darás la talla –alargó una mano y tocó con un dedo la punta de la nariz del niño–. Entretanto, a mí me parece que de momento te va más Mickey.

Los labios del bebé se curvaron en una pequeña sonrisa.

–¿Te gusta eso? ¿Te gusta el nombre Mickey? A mí también –volvió a tocar juguetonamente la nariz del bebé–. ¿Eres admirador del ratón? Sin duda traería un poco de animación a tu dormitorio.

El niño utilizó las barras de la barandilla para ponerse en pie. Luego volvió a mostrarse tímido y miró a Nikki con cautela. Ella no dejó de sonreír para demostrarle que no tenía nada que temer.

Su paciencia fue recompensada cuando el niño le tocó repentinamente la nariz. –Oh, oh –Nikki simuló haberse asustado–. Me has tocado la nariz.

El pequeño sonrió y volvió a tocársela.

–Conque esas tenemos…

Nikki volvió a tocar la nariz del niño, que en aquella ocasión rió abiertamente.

Nikki experimentó una sensación de triunfo. ¡Le había hecho reír! El pobre niño necesitaba alegría en su vida, sobre todo con un padre dispuesto a controlar cada uno de sus movimientos. Si la localización no hiciera de aquél el trabajo perfecto, sentiría la tentación de no aceptarlo. No le hacía ilusión la idea de trabajar para un hombre tan controlador como parecía serlo el sheriff.

Mickey alzó los brazos para que lo tomara en brazos y Nikki sintió que se derretía. Aquél era otro motivo para quedarse.

Alzó al niño en brazos. El pequeño le rodeó el cuello con el brazo y apoyó la cabeza en su hombro. La emoción atenazó la garganta de Nikki. No había sensación en el mundo parecida a tener un confiado bebé entre los brazos.

Al volverse vio a Trace en el umbral de la puerta. Por la emoción que cruzó un instante por su rostro, supo que había escuchado la risa de Mickey.

–Le gustas –dijo Trace sin acercarse–. Bien. La llamada era de comisaría. Ha habido un accidente y tengo que irme. ¿Puede empezar a trabajar ahora mismo? He intentado ponerme en contacto con Russ de nuevo, pero no responde, así que necesito una canguro.

–Puedo quedarme. ¿Cuánto tardará?

–No sé. Puede que me retrase.

–De acuerdo. Llamaré a mi hermana para avisarla.

Trace asintió secamente.

–De acuerdo. Voy a cambiarme y luego le enseño dónde está todo.

–Yo voy a cambiar a Mick… a Carmichael. Nos vemos ahora en el cuarto de estar.

Trace asintió de nuevo y se fue.

Nikki dejó a Mickey en el cambiador. El niño permaneció totalmente inmóvil, mirándola. Su apatía hizo que el corazón de Nikki se encogiera.

Charló con él mientras lo limpiaba. El niño parecía escucharla,

pero no mostró ninguna reacción.

Nikki sospechó que, en su amor y su pérdida, su abuela lo había protegido hasta el extremo de asfixiar su personalidad. Y temía que su padre, un hombre de disciplina y control, sería el extremo opuesto, lo que haría que todo sentimiento de risa y espontaneidad abandonaran a aquel triste niño.

En cuanto Mickey había reído ella había sabido que iba a tener que encontrar algún modo de trabajar con el padre, porque aquel bebé la necesitaba. Mickey necesitaba alegría y descubrimientos, actividad y sentido de la aventura. Ella había aprendido a abrazar la vida de nuevo y quería compartir el mundo con él.

–¿Has ido a una entrevista y ya has empezado a trabajar? –dijo la hermana de Nikki desde el otro lado de la línea–. Supongo que tu jefe está desesperado.

–Lo está. Pero vive en Paradise Pines, cerca de tu casa. Es un arreglo perfecto para nuestras necesidades –dijo Nikki mientras ocupaba el sofá y sentaba a Mickey en su regazo–. Y deberías ver al pequeño. Mickey es muy dulce, pero también parece triste. Estoy segura de que echa de menos a sus abuelos, pero su abatimiento parece más habitual que incidental. Perdió a su madre; sus abuelos perdieron a su hija. Creo que en su breve vida aún no ha conocido la felicidad.

–El panorama no parece especialmente estimulante, Nikki. Ya sabes que no tienes por qué trasladarte.

–Eres un encanto, pero ambas sabemos que es mejor que me vaya de tu casa. Dan y tú tenéis que estar juntos y disfrutar de esta época tan especial de vuestra vida. Además, soy profesora. Ética y profesional-mente, mi deber consiste en hacer algo cuando veo a un niño necesitado.

Se produjo un breve silencio seguido de un suspiro de Amanda.

–¿Estás segura de saber en qué te estás metiendo?

–En absoluto –reconoció Nicole. Pero lo cierto era que la tristeza de Mickey había despertado todos sus instintos de protección–. Mickey tiene trece meses y no sabe caminar –acarició la cabecita del niño, que la miró con expresión solemne–. Ni siquiera pone los pies cuando lo dejo en el suelo. Su abuela debe haberlo tenido en brazos todo el rato.

–¿Y no crees que es su padre quien debe ocuparse de eso?

–Ése es el problema. Trace es un padre totalmente novato. No

estoy segura de que sea capaz de reconocer los problemas. De hecho, puede que sólo logre empeorar las cosas. Sólo le interesa el control y la organización y, ya que Mickey es un bebé tranquilo que se porta bien, no tiene nada que cuestionarse.

–¿Y qué puedes hacer tú al respecto, Nikki?

–Trace Oliver es un buen sheriff, lo que significa que es un hombre honrado y consciente de sus deberes. Estoy segura de que quiere lo mejor para Mickey, pero no sabe qué es lo mejor para el niño. Yo puedo enseñarle a hacer las cosas bien.

–¡Ja! –la exclamación de Amanda hizo que Nikki apartara un poco el auricular de su oreja–. Salgo de cuentas en un mes y medio, ¿recuerdas? Durante los siete meses pasados he leído todo lo que se ha escrito sobre el tema y puedo asegurarte que hay miles de maneras de hacer las cosas bien. Todo el mundo tiene su opinión al respecto.

–Sí –Nikki sonrió. A su hermana le gustaba saber qué esperar. Había salido a su madre–. Pero esto es para lo que me he preparado. Sé que puedo ayudar a Trace y a Mickey.

–Estoy segura de ello. No conozco a nadie a quien se le den los niños mejor que a ti. Te preocupas realmente por ellos y lo notan. Pero ése es el problema: te entregas demasiado. Todo este asunto suena a una trampa para tu corazón.

–¿Crees que no debería aceptar el trabajo?

Amanda suspiró.

–Sé que te quedarás a disgusto si no lo aceptas, pero me preocupa que sufras.

Aquello también preocupaba a Nikki, pero cuando cumplió los dieciocho años se prometió a sí misma no vivir la vida con miedo. Aquello significaba que a veces le tocaba sufrir, pero también implicaba que su vida estaba llena de emociones y recuerdos duraderos.

–La vida no está libre de dolor.

–¿Estás segura de que no se trata de una reacción a tu relación con mamá? –preguntó Amanda con delicadeza.

Aquella pregunta hizo que Nikki sintiera una punzada de remordimiento. El deteriorado estado de su relación con su madre en el momento de la muerte de ésta la perseguiría siempre. Lamentaba terriblemente que la última conversación que mantuvo con ella hubiera sido una discusión.

–No digo que no tenga nada que ver. En un momento en que

debería estar buscando su independencia, Mickey está totalmente abatido. Si no se anima de algún modo, nunca tendrá una oportunidad.

–¿Te refieres a que nunca tendrá una oportunidad con su padre?

–Yo no he dicho eso –respondió Nikki, aunque no sabía con certeza si era aquello lo que realmente sentía–. Lo único que sé es que si puedo hacer que se comuniquen ahora tendrán una base que sustente su relación cuando las cosas se pongan mal.

Tras manifestar su preocupación una vez más, Amanda colgó. Nikki entendía la reticencia de su hermana.

Ella había defendido a Trace ante Amanda, pero lo cierto era que éste apenas había echado una mirada a Mickey, y ni siquiera lo había tocado antes de irse. Tenía que encontrar un modo de unir a padre e hijo, de enseñarles a quererse.

Dos meses. Se concedería el verano para tratar de cambiar las cosas y luego evaluaría de nuevo la situación.

Mickey le tocó tímidamente el pelo. Nikki suspiró y se lo cambió de brazo. Mucho se temía que aquel verano iba a perder parte de su corazón.

Trace detuvo el coche ante su casa bastante más tarde de lo que había esperado. La visión de una luz en el interior le produjo una extraña sensación de calidez. Echaba de menos aquel indicio de regreso al hogar.

Pensar en la señorita Rhodes esperándolo dentro le produjo una calidez de otra índole. Pero aplacó de inmediato aquella improcedente atracción y salió del coche.

La señorita Rhodes estaba tan alejada de sus posibilidades que lo mismo daría que estuviera en Marte.

Cuando entró en la casa fue recibido por un delicioso aroma a pollo asado. Su estómago gruñó, recordándole las muchas horas que habían pasado desde su última comida.

Dejó sus llaves en el aparador que separaba la cocina del cuarto de estar y vio una nota de Nikki en la que decía que había un plato esperándolo en el microondas.

Había cocinado para él.

Abrió el microondas. Dentro había un plato con pollo, arroz y vegetales. Tenía un aspecto delicioso. Al sentir de nuevo aquella misteriosa calidez en su interior masculló una maldición. ¿Acaso

empezaba a ablandarse a los treinta y cinco años? ¿Cómo era posible que una simple comida casera y el hecho de que hubiera un bebé en la casa lo desestabilizaran tanto? Tenía un hijo que criar… ¿y qué? Lo haría como hacía todo lo demás: con disciplina y organización.

Lo que no explicaba de ningún modo por qué había contratado a la señorita Rhodes.

Con sus pantalones cortos, sus sandalias y una ceñida camiseta azul oscuro, parecía más preparada para pasar un día en las carreras que para una entrevista de trabajo.

Pero había hecho que Carmichael riera.

Mientras probaba un bocado con el tenedor, Trace se acercó a la parte trasera del sofá y miró a Carmichael, que dormía en brazos de Nikki Rhodes. Les había llevado horas retirar los coches y documentar el accidente de tráfico que había tenido lugar en la autopista. Sus hombres habían sido los primeros en llegar y él había sido el responsable de controlar el tráfico y de ocuparse de los heridos.

La muerte. Nadie escapaba de ella.

Pero él ya estaba acostumbrado a perder de una forma u otra. Perdió a su esposa en un accidente muy parecido a aquél. Su madre también lo abandonó cuando tenía diez años. Y su padre murió dos años antes de que se casara con Donna.

Su padre, un hombre incapaz de mostrar su sentimientos, se lo enseñó todo sobre la integridad y el honor, pero detestaba cualquier muestra de emoción. Ése fue el motivo de que lo abandonara la madre de Trace. De que los abandonara. Solía decir que él era como su padre.

No sabía cómo amar.

Él no había buscado el matrimonio con Donna, pero ella había insistido y el había aceptado. Era una persona cordial y se entendían de maravilla en la cama. Trace pensó que era lo mejor que iba a conseguir.

Pero ella empezó a pedir más de lo que él podía darle. Comenzaron las discusiones. Luego Donna empezó a pensar en tener un bebé. Con su padre como ejemplo de la clase de padre que podría ser él, Trace se opuso. Pero Donna se quedó embarazada de todos modos.

Tras su enfado inicial, acabó por conformarse con la situación. Donna estaba muy ilusionada y Trace supuso que con un bebé en el

que centrar su atención se relajaría. Estaba convencido de que Donna merecía un hombre mejor a su lado.

Nunca debería haberse casado. No volvería a cometer aquella equivocación.

Simuló que aquel pensamiento no tenía nada que ver con el hecho de que su mirada buscara insistentemente a Nikki Rhodes. Envidiaba la tranquila expresión de su hijo mientras dormía acurrucado entre sus brazos.

La piel de porcelana de Nikki parecía tan suave como la del bebé. Trace tuvo que reprimir el afán de tocarla, de probar personalmente. Pero no era posible. Como empleada suya estaba fuera de los límites permisibles.

Pero aquello no debería suponer un problema. Era él quien controlaba su cuerpo, no sus hormonas. Raramente hacía nada sin planificarlo cuidadosamente.

Y no debía olvidar que necesitaba a la señorita Rhodes.

Había logrado que Carmichael sonriera, incluso que riera. Sólo por eso estaba dispuesto a superar cualquier incomodidad que pudiera sentir. ¿Qué clase de padre sería si pusiera su bienestar personal por encima de las necesidades de su hijo?

Tendría que haber una serie de reglas básicas.

Nikki Rhodes era un espíritu demasiado libre y, aunque apreciaba la franqueza de que había hecho gala, lo imprevisible de sus reacciones podía acabar volviéndolo loco. Lo atípicamente extrovertido que se había mostrado con ella revelaba la facilidad con que lo había liado.

El amor no era una respuesta automática. Cuando miraba a su hijo no se ponía sensiblero y se ablandaba como la mantequilla; sentía que tenía un deber para con él. Había tenido un hijo y estaba dispuesto a hacer lo mejor para él. Aunque ello no incluyera el amor. Él había sobrevivido sin el amor, y lo mismo haría su hijo.

# CAPÍTULO 3

–YA ESTÁ en casa –la adormecida voz de Nikki llegó desde las profundidades del sofá. Trace miró sus ojos color miel, sintió que la temperatura de su cuerpo subía y se apartó.

–Sí. Gracias por haberse quedado –miró su plato vacío y lo dejó en la encimera–. Deje que lleve a Carmichael a la cama.

–El pobre lo ha echado de menos esta noche –Nikki se irguió con Carmichael en su regazo–. No quería dormirse en la cuna. Creo que le ha desconcertado que hubiera una desconocida aquí a la hora de acostarse.

–No ha sido por usted –Trace tomó al niño en brazos, asegurándose de no despertarlo–. No ha dormido bien desde que está aquí. Un momento, enseguida vuelvo.

Trace fue a la habitación del niño, lo metió en la cuna y, tras comprobar que seguía dormido, volvió al cuarto de estar.

Afortunadamente, había hecho transformar a tiempo el garaje trasero de la casa en un apartamento independiente, lo que serviría para dos propósitos. Por un lado, preservaría su reputación y la de la mujer que fuera a contratar y, por otro, definiría la barrera entre jefe y empleada y establecería fronteras para el espacio personal.

Encontró a Nikki en la cocina, fregando.

–Déjelo –dijo–. Ya me ocuparé yo después.

Nikki miró por encima del hombro y sonrió.

–Ya he terminado –abrió el armario que había encima de fregadero y dejó las cosas dentro. Luego se volvió mientras se secaba las manos con un paño–. No ha sido nada.

–Tenemos que hablar.

Nikki asintió mientras seguía a Trace al cuarto de estar.

–Es bastante tarde. Ha debido ser una mala noche.

–Bastante –Trace apartó de su mente el accidente que había segado dos vidas. Una agente de la ley no podía tomarse aquello como algo personal–. Pero no es de eso de lo que tenemos que hablar.

–Por supuesto –Nikki se inclinó hacia delante–. Carmichael es un niño encantador, pero muy triste. Debe echar mucho de menos a sus abuelos.

–Pregunta por ellos. Han sido una constante en su vida, pero tendrá que superarlo.

–Y lo hará en cuanto sienta que usted los sustituye en sus afectos.

Trace sintió un momento de pánico ante la perspectiva de convertirse en la referencia emocional de alguien. Pero estaban hablando de su hijo, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera por él.

–Le llevará un tiempo establecer lazos, sobre todo con un horario de trabajo tan imprevisible como el suyo.

Trace se encogió de hombros, dolido.

–Hago lo que puedo.

–¿En serio? –Nikki se ruborizó y alzó una mano en un gesto apaciguador–. Lo siento. Ya sé que el suyo no es un trabajo de nueve a cinco, pero resultaría de gran ayuda que encontrara algún hueco a lo largo del día para estar con su hijo. Normalmente es más fácil hacerlo durante las comidas, o a la hora del baño, o a la de acostarse.

–Sé lo importante que es establecer un programa y un horario –respondió Trace, que no sabía cómo había acabado poniéndose a la defensiva.

–Seguro que lo sabe. Y estoy segura de que encontraremos un sistema que funcione para todos nosotros. –Siéntese, señorita Rhodes. Tenemos que hablar de algunas normas básicas.

–Por supuesto.

–En primer lugar, nada de tocarse. No habrá ningún contacto físico. Nikki frunció el ceño con gesto interrogante. –Usted es una mujer atractiva y yo un adulto saludable –aclaró Trace–. He notado que es muy efusiva. Habla con sus manos y expresa sus emociones tocando. Necesitamos mantener una relación profesional, de manera que no nos tocaremos.

Nikki asintió despacio.

–Supongo que eso tiene sentido. ¿Qué más?

–No necesito ni quiero que cocine para mí. Nada de sobremesas íntimas en torno a la mesa ni de siestas en el sofá.

–¿Sobremesas íntimas? –Nikki pareció ligeramente ofendida mientras se cruzaba de brazos–. Tengo que cocinar para el bebé y para mí. De hecho, resulta más complicado cocinar para uno y medio que para tres. No incluirlo a usted sería una pérdida de tiempo. Si no quiere que le deje la comida calentándose en el horno, de acuerdo. La guardaré en el fondo de la nevera y usted

puede sacarla. En cuanto a lo de dormir en el sofá… ha llegado tarde y me he quedado dormida. Y ya que, dado a su trabajo, eso podría volver a suceder, ¿cómo sugiere que abordemos el problema?

–Pondré una cuna de viaje en su habitación. Si le entra sueño, puede llevar a Carmichael con usted y yo iré por él cuando llegue a casa.

–Las interrupciones del sueño no son buenas para el desarrollo de los niños.

–Sí –Trace deslizó la mirada desde las uñas de los dedos de los pies de Nikki, pintadas de rosa, hasta los aros de oro que colgaban de sus orejas–. Pero creo que será lo mejor. También me gustaría que llevara uniforme. No tiene por qué ser formal, basta con que sea negro y blanco.

Nikki permaneció cruzada de brazos.

–Tal vez debería ponerme por escrito todas esas reglas para que no las olvide.

Trace alzó una ceja al percibir el matiz irónico de su tono.

–Voy a pasar eso por alto porque es tarde y ambos estamos cansados. Pero le diré algo: no creo en la táctica de ignorar los problemas. Creo en abordarlos directamente para evitar que surjan otros.

–Yo tengo otra filosofía. Hay algunos problemas que es necesario abordar de inmediato, pero hay otros que, al ser ignorados, desaparecen.

–O algún otro se ocupa de resolverlos.

–A veces, y es estupendo cuando sucede. Otras veces surge nueva información que cambia la situación y hace que el problema original desaparezca –Nikki se levantó, tomó su bolso y se encaminó hacia la puerta, donde se detuvo y se volvió para mirar a Trace a los ojos–. No creo que tenga que preocuparse por la posibilidad de que nos pongamos demasiado íntimos en torno a la mesa –añadió mientras se colgaba el bolso del hombro–. Hasta mañana.

A la mañana siguiente, Nikki se presentó en casa de Trace a las siete en punto. Ni un minuto antes, ni uno después. Había aprendido su lección de puntualidad en lo referente al sheriff Oliver.

Con el magnífico aspecto que tenía, volver a encontrarlo

semidesnudo haría que se tambalearan más de una de sus reglas.

Pero no tendría por qué haberse preocupado. Trace le abrió la puerta totalmente vestido. Tomó sus maletas y las pasó al interior.

–Carmichael aún está dormido –dijo–. Yo he recibido un llamada de comisaría y tengo que irme –tomó sus llaves del aparador de la entrada y se encaminó hacia la puerta trasera.

Estaba realmente atractivo con su uniforme color caqui. La confianza y seguridad que emanaban de él hicieron que Nikki experimentara un inquietante cosquilleo por todo el cuerpo.

Trace se volvió a mirarla.

–Le enseñaré sus habitaciones esta noche.

Nikki asintió.

–¿Cuándo piensa pasar un rato con Carmichael?

–Tendrá que ser esta noche –contestó Trace mientras abría la puerta–. Trataré de llamar a lo largo del día para ver cómo van las cosas. He dejado mi número junto al teléfono por si surge alguna emergencia

La puerta se cerró tras él y Nikki se encontró a solas en la silenciosa casa. Las cosas no habían ido como esperaba.

***

Aquella noche, Nikki siguió a Trace hasta el garaje que había en la parte trasera de la casa. Mientras lo hacía no pudo evitar fijarse en sus anchos hombros, en sus estrechas caderas…

–Éstas serán sus habitaciones –Trace abrió la puerta y señaló el interior.

Al pasar junto a él, Nikki aspiró su aroma a jabón, a menta y a hombre, una embriagadora mezcla. Fue lo suficiente para distraerla de su entorno, hasta que las ruedas de su maleta chocaron contra el umbral de la entrada. Dio un pequeño tirón y pasó al interior.

Trace se había mostrado amable pero distante desde que había llegado a casa. Ya que Mickey estaba dormido, había aprovechado la oportunidad para enseñarle dónde iba a alojarse.

El garaje había sido transformado en un apartamento estudio. La zona de estar incluía una pequeña cocina en un extremo. Un baño completo ocupaba la esquina izquierda y un armario separaba el dormitorio de la zona de estar. Como en la casa, el mobiliario era moderno, sencillo, de tonos grises y burdeos.

Nikki pensó que unos toques femeninos podrían hacer que alcanzara al menos el nivel de una impersonal habitación de hotel.

Sus cosas animarían el espacio y le darían una calidez de la que carecía por completo en aquellos momentos.

Al pasar junto al armario se vio reflejada en el espejo de cuerpo entero que incluía en sus puertas. Decidida a promover la relación profesional que habían acordado, se había puesto una falda tubo negra que terminaba cinco centímetros por encima de sus rodillas, una ceñida camiseta del mismo color y una blusa blanca con volantes en el cuello y en las mangas. Completaban su atuendo unas sandalias negras.

Al ver el reflejo de Trace tras ella sintió algo parecido a un puñetazo en el estómago. Tenía tan buen aspecto como aquella mañana, o mejor aún.

Apartó rápidamente la vista y fijó de nuevo su atención en el apartamento.

–Es un lugar muy agradable. ¿Hay leña para la chimenea? –preguntó, como si hiciera falta leña en pleno junio.

–Junto al cobertizo de fuera, a la izquierda. Pero no creo que siga aquí el tiempo necesario para usarla.

–¿Por qué dice eso? –preguntó Nikki, ofendida–. Le aseguro que me preocupo por Mickey y estoy decidida a quedarme hasta…

Se interrumpió justo a tiempo. No podía decirle a Trace que tenía intención de quedarse hasta que se hubiera desarrollado un auténtico vínculo entre padre e hijo. Sabía que se lo tomaría mal, con reticencia y sin la más mínima gratitud por el esfuerzo implicado. Sólo aceptaba su presencia en la casa porque sabía que a Mickey le gustaba.

–¿Hasta qué, señorita Rhodes? ¿Hasta que empiece el colegio? ¿Hasta que se pueda quedar solo en casa? ¿Hasta que pueda conducir? En realidad no creo que vaya a durar aquí ni un año.

Nikki dejó su maleta junto a la pared, se sentó en un sillón gris, apoyó los codos en los brazos de éste y fue directa al grano.

–¿Por qué me ha contratado si está tan dispuesto a echarme?

Trace la sorprendió renunciando a su situación de poder y sentándose frente a ella.

–En primer lugar porque es profesora y no niñera. Volverá a la enseñanza a la primera ocasión que surja. Se nota que le encanta su trabajo cuando habla de él. En segundo lugar, ya he notado que se preocupa por Carmichael, y que a él le gusta. Pero no nos engañemos. Tiene usted una clara tendencia a entrometerse, señorita Rhodes. No puede evitarlo. Y yo no tolero que traten de

manipularme. Tengo un trabajo peligroso y de alta tensión. Necesito estar seguro de que se trata a mi hijo siguiendo mis especificaciones y cuando vuelvo a casa al final de la jornada lo que busco es paz y tranquilidad.

De acuerdo, Nikki reconocía su perspicacia y comprendía su necesidad de tranquilidad en el hogar. Su madre siempre había buscado la misma tranquilidad, pero Nikki consideraba que dicha tranquilidad estaba sobrevalorada. Ella prefería el bullicio y el amor. Y las risas no podían ser silenciosas.

En cuanto a lo de entrometerse… Trace tenía razón. No podía negarlo. Pero aquel hombre tenía serios problemas emocionales. Tenía intención de ayudar a padre e hijo a establecer una conexión real. Si Trace prefería que fuera franca al respecto, podía serlo.

–Yo prefiero interpretar mi entrometimiento como preocupación por las personas. Me preocupo por Carmichael. Ni siquiera ha pasado a verlo esta tarde. De manera que sí, tengo intención de entrometerme. El niño lo necesita, así que, ¿qué va a hacer falta para conseguir que se convierta en una referencia segura para él?

Trace frunció sus oscuras cejas.

–Se está excediendo, señorita Rhodes.

Nikki hizo caso omiso de su irritación.

–Me ha contratado para ocuparme de Carmichael. Para mí, eso significa algo más que cambiar pañales y calentar biberones. Su bienestar emocional es tan importante como su bienestar físico. ¿Por qué le asustan tanto las emociones?

Trace la sorprendió con su inmediata respuesta. –No me asustan las emociones; simplemente, no se me dan bien.

Nikki parpadeó ante la inesperada respuesta. Qué triste si aquello era cierto… La total falta de sentimiento en la expresión de Trace le reveló que así lo creía él al menos.

–¿Y es más fácil echarse atrás que intentarlo?

–Lo he intentado –una sombra de dolor cruzó por un instante la expresión de Trace–. Por eso sé que no se me dan bien.

–Puede que haya llegado el momento de intentarlo de nuevo. ¿Puedo ser sincera con usted? El desarrollo de Mickey está estancado. Ya le dije que tengo un master en Desarrollo Infantil. Está retrasado en sus habilidades motoras y de lenguaje.

Trace entrecerró los ojos.

–¿Está diciendo que mi hijo tiene problemas de aprendizaje?

–No. Es un niño listo y capta rápidamente las cosas. Pero se limita a estar sentado y siempre quiere que lo tomen en brazos.

–Su abuela lo protegía mucho –dijo Trace, pensativo–. Cuando iba a visitarlos lo tenía siempre en brazos. Yo pensaba que se debía a que temía que me lo llevara. Ha debido mimarlo hasta el punto de no dejarle hacer nada por sí mismo.

–Es triste, ¿verdad? –dijo Nikki, compasiva–. Perdió a su hija. Su nieto era todo lo que le quedaba de ella. Supongo que se aferró a él con todas sus fuerzas y acabó retrasando su desarrollo.

–Y lo ha retrasado hasta tal punto que puede que lo haya perjudicado para siempre. Eso no es triste. Es pura negligencia. Y yo permití que sucediera.

–No es necesario buscar culpables –dijo Nikki enfáticamente–. Lo que importa es lo que vaya a hacer ahora. Su hijo lo necesita. Hemos hablado de reservar algo de tiempo para que hagan algo juntos. ¿Cuál sería el mejor momento del día?

–Ya le he explicado que mi horario es muy caótico. Tengo un horario, pero siempre debo estar disponible. No puedo fijar una hora concreta para estar con mi hijo.

Nikki suspiró.

–Eso es una evasiva.

–Cuidado, señorita Rhodes –advirtió Trace con cara de pocos amigos.

–Los buenos padres sacan tiempo de donde sea para sus hijos.

–Lo sé, pero…

–Nada de «peros». Todo el mundo está ocupado. Podemos ir buscando hasta encontrar el momento adecuado. Empecemos por el desayuno. ¿Qué tal suena huevos con beicon?

Trace negó con la cabeza.

–Normalmente desayuno algo en comisaría.

–Bien. Así podrá centrar su atención en Mickey. Puede tomar una taza de café aquí mientras le da el desayuno.

–Yo soy el jefe, señorita Rhodes. Yo pongo las reglas.

–Sí, ya he notado que se le dan bien las reglas.
Todo se basa en la organización y el control, ¿no? Por tanto, entenderá lo beneficioso que puede resultar para su hijo un horario regular.

Trace frunció el ceño, pero Nikki notó que estaba sopesando sus comentarios. Eso estaba bien. Se levantó y fue hasta la puerta.

–Gracias por enseñarme mis habitaciones. Ahora me gustaría

organizar mis cosas, pero nos veremos a la hora del desayuno. A las siete en punto. Yo me ocupo de prepararlo.

Trace volvió a dejarla plantada a la mañana siguiente. Cuando Nikki entró en la casa lo encontró poniéndose el cinturón, listo para salir.

–Carmichael sigue dormido –dijo a la vez que señalaba el monitor–. Es la primera vez que duerme toda la noche de un tirón desde que ha venido. Ahora tengo que irme.

Nikki se puso en jarras.

–¿Y nuestra cita?

Trace le dedicó una penetrante mirada con sus ojos verdes y Nikki se reprendió en silencio por haber utilizado aquella palabra.

–Nuestra «cita» tendrá que esperar hasta mañana. El alcalde ha llamado para reunirse conmigo durante el desayuno. ¿Qué tenía que haber hecho? ¿Decirle que no podía ir porque tengo que dar de comer a mi hijo?

–Lo dice como si dar de comer a su hijo no fuera algo importante. ¿Le ha sugerido la posibilidad de mantener la reunión a otra hora? –preguntó Nikki mientras se acercaba a la mesa por el monitor del niño.

–No. Solemos reunirnos a la hora del desayuno.
Somos hombres muy ocupados y es más fácil resolver los asuntos temprano.

–Eso estaba muy bien cuando no tenía un hijo que necesitaba su atención.

–Obtendrá mi atención mañana –Trace tomó sus llaves y se encaminó hacia la puerta. Se puso unas gafas de cristales ahumados que acentuaba la dureza de su rostro–. No trate e interferir en mi trabajo, señorita Rhodes. No le gustarían las consecuencias.

Nikki echaba humo cuando fue a la cocina. Iracunda, empezó a recoger la mesa cuando de pronto recordó algo.

–¡Un momento!

Cuando salió corriendo de la casa ya era tarde. El SUV de Trace ya se alejaba por la calle.

Su tozudo jefe había logrado irritarla por la noche y también aquella mañana y había olvidado preguntarle dónde estaba el asiento para el coche de Carmichael. Había supuesto que estaba en el coche de Trace porque no lo había visto en la casa. Tampoco había cochecito, ni andador, ni corral. Lo único que había era la

cuna, el cambiador y una silla alta.

Trace tenía que recoger todo aquello de casa de sus suegros o comprar otras, porque Mickey y ella estaban prisioneros sin todo aquello. También tenía que comprar comida. Empezó a organizar la tarde.

Había algunos grandes almacenes abiertos las veinticuatro horas en el país… y Trace y ella iban a visitar alguno antes de que la noche acabara.

# CAPÍTULO 4

NIKKI ya estaba lista cuando Trace llegó a casa a las siete de la tarde. Estaba sentada a la mesa del cuarto de estar, con el bolso y un recipiente con comida ante sí. El escurridizo Russ estaba jugando con Mickey en su habitación.

No quería que Trace tuviera ninguna excusa para no salir de compras. Mickey era un bebé encantador, pero quería que lo tuviera en brazos todo el rato, y así no había forma de hacer nada. Y sin cochecito y un asiento para el coche estaba prisionera en la casa.

Tal vez era injusto esperar que Trace fuera de compras después de una jornada de doce horas, pero tampoco era justo esperar que ella se ocupara del bebé sin el equipo necesario.

Trace dejó sus llaves en el aparador y miró a Nikki.

–¿Qué sucede? ¿Va a algún sitio? Siento haber llegado tarde –se pasó una mano por la nuca con gesto de cansancio–. El tiempo se esfuma. ¿Está dormido Carmichael?

–No. He llamado a Russ para que se ocupe de él esta noche. Carmichael necesita algunas cosas y usted y yo vamos a comprarlas.

–Esta noche no. Estoy cansado y tengo hambre. Iremos mañana.

–Iremos esta noche –insistió Nikki–. Sólo llevo aquí dos días y ya sé que no puedo fiarme de las promesas para mañana.

Trace frunció el ceño, pero no podía negar aquello.

–Creí que había dejado bien claro que no me gusta que me manipulen.

–En ese caso no me obligue a hacerlo –Nikki palmeó el recipiente con comida y recitó la lista de cosas que necesitaba Carmichael–. Le he preparado algo de comer. Le aseguro que no le pediría que saliéramos si no necesitara urgentemente esas cosas. Yo también estoy cansada, pero tenemos que ir esta noche. ¿Cómo consiguió traer a Carmichael sin un asiento para el coche?

Trace pareció un poco arrepentido.

–Había una. Era demasiado pequeña, de manera que la llevé a la comisaría para tenerla a mano en caso de una emergencia –suspiró–. ¿Tengo tiempo para darme una ducha y cambiarme de

ropa?

Aliviada al ver que estaba dispuesto a cooperar, Nikki sonrió.

–Si se da prisa…

–¿Quiere un corral o bastará con la cuna portátil? –preguntó Trace en uno de los pasillos de la sección de bebés de los grandes almacenes.

–¿Tienen corrales aquí? –preguntó Nikki–. ¿Dónde? ¿Vienen las medidas?

–No las veo aquí. Un amigo tiene uno. Puedo averiguar dónde lo consiguió, o encargarlo por Internet, pero habrá que esperar.

Nikki miró los dos carritos llenos. Contenían una fortuna.

–No tenemos por qué comprarlo todo hoy. No estaba pensando en los gastos.

–Deje que yo me preocupe por los gastos –replicó Trace, herido en su orgullo–. Prefiero terminar de hacer las compras hoy. Puedo permitirme todo lo que mi hijo necesite.

–Por supuesto. No pretendía sugerir lo contrario –Nikki pensó que podía utilizar aquel orgullo herido para motivar a Trace emocionalmente–. Gracias por haber accedido a venir esta noche. Lo cierto es que llevaba dos días sin saber qué hacer. Carmichael es un bebé encantador, pero…

–Pero quiere que lo tengan en brazos todo el rato –concluyó Trace por ella–. Lo sé.

–Vayamos a la zona de los juguetes. Carmichael necesita desarrollar actividades que estimulen su atención. Russ ha traído algunos de los bloques de construcción de su sobrina. Dice que Carmichael jugará con ellos durante una hora o más.

–¿Ah, sí? –Trace simuló encaminarse con especial interés hacia los juguetes–. Vamos por algunos de eso bloques.

Nikki rió y lo siguió.

–¿Cuándo piensa comprar el resto de las cosas?

–¿A qué cosas se refiere?

–A las cosas de Michael. Para su cuarto. Juguetes, animales de peluche, pósteres para las paredes. Cosas con colores y formas para estimular su mente.

–Oh. No había nada de eso entre lo que trajeron mis suegros.

–Eso es triste –entristecida por la revelación, Nikki habló sin pensar, pero lamentó haber dicho aquello en cuanto vio lo serio que se ponía Trace. Trató de salvar el momento–: Pero eso significa

que usted puede elegir sus cosas.

–¿Yo? No sabría por dónde empezar.

–Es fácil. ¿Qué tenía en su cuarto cuando era pequeño? –Mi cuarto era muy parecido al que tiene Carmichael ahora, excepto con una cama en lugar de una cuna. –Oh, Trace –susurró Nikki–. Me está rompiendo el corazón.

La mirada de Trace se suavizó cuando la miró.

–No se echa de menos lo que nunca se ha tenido.

Nikki se acercó instintivamente a él.

–Ahora tiene la oportunidad de darle algo que usted no tuvo. Trace asintió y bajó la mirada. –Me está tocando, señorita Rhodes. Así era. Nikki lo había tomado instintivamente por el brazo con ambas manos. Sintió como se flexionaban sus músculos cuando Trace lo retiró.

–Lo siento.

–Sí –Trace tomó una caja de bloques de construcción de la estantería para cambiar de tema.

Aliviada, Nikki le siguió la corriente. Para tener un carácter tan duro, Trace se mostraba vulnerable en los momentos más extraños. Estaba claro que necesitaba a Mickey tanto como Mickey lo necesitaba a él.

Parpadeó para alejar las lágrimas. Debía ser fuerte si quería ayudar a padre e hijo a encontrarse.

De vuelta en casa, Nikki fue a ver a Mickey mientras Trace y Russ sacaban todo del coche.

–¿Cómo se las arreglaron las otras niñeras sin todo lo que hemos comprado hoy? –preguntó Nikki cuando Russ se fue.

Trace se encogió de hombros.

–No duraron mucho.

–Por las normas, ¿no? Probablemente las asustó con ellas –bromeó Nikki, aunque estaba hablando en serio–. Prefiero trabajar en uno entorno con comunicación abierta, más de dar y tomar.

–¿Dar y tomar? –Trace repitió aquellas palabras como si nunca las hubiera puesto juntas en la misma frase.

–Sí. Usted es el jefe y yo la empleada, pero hablamos de las cosas y llegamos a un consenso de lo que es más conveniente para el bebé.

–¿Un consenso?

–Sí. Ya ha dejado claro que prefiere que el bebé duerma por la mañana cuando se va a la comisaría. Ése es su punto de vista y

podríamos hacer eso, por supuesto. Pero también está mi punto de vista.

–¿Tiene un punto de vista?

–Claro que lo tengo –Nikki sonrió y trató de hablar con suavidad–. Para mí es muy importante conseguir que pase tiempo con Carmichael. O acepta el plan que acordamos y desayuna con él por las mañanas, o puede buscarse otra niñera.

El silencio que siguió a sus palabras fue ensordecedor. Nikki se clavó las uñas en la palma de la mano para no retorcerse bajo la feroz mirada de Trace.

–No me gustan las amenazas, señorita Rhodes.

–No me sorprende escuchar eso –Nikki alzó levemente la barbilla antes de añadir–: A mí tampoco me gusta que se ignoren mis opiniones.

–Señorita Rhodes… –advirtió Trace en tono gélido.

–Señor Oliver –interrumpió Nikki con firmeza. Necesitaba hacerle saber que hablaba en serio–. Considérelo parte de mi contrato. Y no es negociable.

–Eso es un farol. Usted misma ha dicho que se preocupa realmente por Carmichael.

–Precisamente por eso es tan importante. No pienso quedarme a ver cómo se deteriora aún más por carecer de una influencia constante en su vida.

–Pero…

Nikki alzó una mano para interrumpir a Trace.

–Ya hemos dejado claro que no voy a pasar aquí más de unos meses. Carmichael necesita a la persona que estará aquí cuando sea su primer día de escuela, cuando aprenda a conducir, cuando cumpla dieciocho… Y ése es usted, señor Oliver.

Incapaz de discutir aquella verdad, Trace permaneció en silencio, aunque parecía a punto de echar humo por la cabeza.

–Las sesiones matinales con su hijo son una oportunidad perfecta para que empiecen a conocerse mejor. Préstele atención y obtendrá su amor incondicional. Es muy difícil estropear eso.

–¿Y si lo estropeo? –preguntó Trace con una preocupación que reveló la vulnerabilidad que ocultaba su adusta actitud.

El corazón de Nikki se encogió al ver el temor que sentía ante la posibilidad de fallar a su hijo. No encontraba otro motivo para que un hombre tan encerrado en sí mismo y de voluntad tan firme estuviera dispuesto a abrirse a ella.

–Yo lo ayudaré a que todo vaya bien –dijo con suavidad–. Lo primero que tiene que hacer es quitarse la camisa –abrió un recipiente de comida para bebés y vertió el contenido en un cuenco. Lo dejó en la mesa junto a Mickey, que, aún adormecido, estaba sentado en su silla alta.

Trace suspiró pacientemente.

–¿Es necesario repetir las reglas otra vez, señorita Rhodes? Nikki lo miró con gesto impaciente. –¿Es que sólo sabe pensar en una cosa? Yo estaba pensando en la limpieza, no en sus viriles músculos. Puede quitarse la camisa ahora o cambiarse luego. Ésta es la primera lección a la hora de alimentar a su hijo: los bebés no son limpios.

–Gracias por la advertencia –Trace se quitó la camisa y la dejó sobre el respaldo del sofá.

–Estoy aquí para ayudar.

Nikki admiró la ceñida camiseta blanca con que Trace regresó del dormitorio y luego movió la cabeza, consciente de cómo iba a acabar.

–Siéntese a un lado de la silla y yo me sentaré al otro –ocuparon sus asientos a ambos lados de Mickey–. Ahora déle una cucharada. La segunda lección es que nunca se debe dejar de prestar atención a un bebé que está comiendo, o uno acaba teniendo que limpiar toda la cocina.

Trace tomó el cuenco de crema de puré de melocotón, hundió la cuchara y se la ofreció a Mickey.

El niño miró de la cuchara a Trace y luego a Nikki. No abrió la boca.

–Acérquele la cuchara. Así –dijo Nikki cuando Trace acercó la cuchara a la boquita de su hijo–. A veces hay que meterla dentro, pero sería mejor que esta primera vez sea él quien acuda a la comida.

En lugar de tomar el bocado, el niño se apartó y apoyó la cabeza en el respaldo de la silla.

Trace miró a Nikki con expresión de no saber qué hacer.

–Puede que no le gusten los melocotones –sugirió.

–Gran parte de la comida de los bebés es de color naranja. Puede que, si no le gustó alguna, su abuela no volviera a darle comida de ese color. ¿No le dieron una lista de sus preferencias?

–No. Mi suegra no estaba en condiciones de darme nada y mi suegro estaba demasiado afectado como para hacer algo más que

devolverme a Carmichael. En su bolsa sólo había preparados para biberones y cereales. Están en el armario.

–Si su abuela aún le estaba dando biberones es posible que aún no hubiera empezado a darle comida de bebés. La norma general es que el primer año toman biberones, añadiendo cereales a los tres o cuatro meses y comida para bebés y otros sólidos entre los siete y nueve meses.

La expresión de Trace reveló enfado y vergüenza a la vez, y Nikki supo que se estaba culpando a si mismo ante aquella nueva evidencia de la influencia de su suegra.

–Sólo son normas generales –dijo Nikki–. Como suele decir mi hermana, hay tantas teorías al respecto como doctores. Mickey no sufre de malnutrición. La verdad es que alimentar a un bebé puede ser una experiencia caótica. La mayoría se muestran muy suspicaces ante cualquier cambio en sus dietas. Algunos prueban cosas nuevas con facilidad, pero otros hay que presentarles las novedades varias veces y de distintas formas antes de que las acepten.

Trace frunció el ceño, como si le costara pensar en ello, y luego cuadró sus impresionantes hombros.

–Ya que no planeo rebajarme al nivel de Carmichael, estoy seguro de que nos las arreglaremos bien.

–El truco consiste precisamente en una actitud positiva –aseguró Nikki, consciente de que algunas cosas sólo se aprendían con la experiencia–. También ayuda una sonrisa. Ya sabe lo que suele decirse: que nunca te vean sudando.

Trace alzó una ceja.

–Estamos hablando de un bebé.

–Exacto. No hay que olvidar que son capaces de sentir el miedo.

Trace murmuró algo y volvió a ofrecerle la cuchara a Mickey. El niño no quiso saber nada. Volvió la cabeza a la izquierda y, cuando su padre lo siguió con la cuchara, la volvió repentinamente a al derecha a la vez que apartaba de un empujón la mano de Trace. El contenido de la cucharada acabó aterrizando en medio del pecho de éste, que bajó la mirada hacia su ex inmaculada camiseta.

–Es una suerte que se haya quitado la camisa del uniforme –dijo Nikki para animarlo. Sus esfuerzos fueron recompensados con un gruñido.

Trace siguió insistiendo y finalmente logró introducir una cucharada en la boca de Mickey. El niño empujó de inmediato hacia afuera la comida con la lengua y luego sopló, rociando a Trace de brillantes puntitos naranjas.

Nikki reprimió una sonrisa mientras padre e hijo se miraban con idéntica expresión de tozudez.

–Usted es el mayor –recordó Nikki a Trace, y no pudo evitar una risita cuando ambos la miraron con el ceño fruncido–. No irá a renunciar ahora, ¿no?

–No –Trace entrecerró los ojos mientras la miraba, pero Nikki captó un destello de humor en ellos–. De acuerdo, muchacho. Basta de escupir. Los melocotones son buenos para ti, así que abre la boca.

Antes de sumergir de nuevo la cuchara, Trace se chupó un resto de melocotón que había caído en su pulgar. Mickey lo imitó de inmediato llevándose el puño a la boca y chupeteando los restos que tenía en él.

–Mmm, mmm –lo alentó Nikki a la vez que sonreía para animarlo a seguir. –Mmm –repitió el niño, y volvió a deslizar la lengua por su mano. Emocionada, Nikki tomó a Trace del brazo y lo zarandeó. –Mire. Mickey lo está imitando. Le gusta. Déle otra cucharada.

Trace bajó la vista hacia la mano de Nikki. La acalorada mirada que le dirigió a continuación hizo que se quedara sin aliento.

–Nada de tocar.

Nikki apartó la mano de inmediato.

–¿Habla en serio? ¡Pero si está dando de comer a su hijo!

La mirada que le dedicó Trace fue sensual como una caricia, y, tan intensa que Nikki sintió que toda la piel le cosquilleaba.

Trace se volvió hacia Mickey y le dio otra cucharada de melocotón.

–¿Y qué? Ya conoce las estadísticas. Los hombres pensamos en el sexo cada pocos segundos. Si no estamos manteniendo relaciones, estamos pensando en ello.

Asombrada, Nikki se apoyó contra el respaldo de la silla y se cruzó de brazos.

–¿Y resulta que soy yo la que tiene que seguir todas las reglas?

La boca de Trace se curvó ligeramente, pero respondió con un cambio total de tema. –Por cierto, señorita Rhodes, mi hijo se llama Carmichael –dijo en tono de reproche. Nikki hizo una mueca,

consciente de que se le había escapado «Mickey» en varias ocasiones.

–Lo siento –murmuró, pero enseguida decidió hablar claro. La sinceridad hacía que la vida resultara más sencilla–. Lo cierto es que no puedo llamarlo Carmichael. No pretendo ser irrespetuosa ni llevar la contraria. Sin duda, Carmichael es un nombre muy respetable, pero a mí me suena frío y duro. Y con todos los cambios por los que está pasando, creo que Mickey necesita calidez, amor y aceptación más que ninguna otra cosa.

Nikki recibió una auténtica muestra de las técnicas de interrogatorio de Trace cuando éste posó su mirada láser en ella, una mirada que pareció alcanzar su alma. Calculó, evaluó y sacó conclusiones sin pronunciar palabra o cambiar de expresión.

Finalmente, Trace apartó la mirada y se ocupó de limpiar el rostro de su hijo con la servilleta.

Libre por fin para volver a respirar, Nikki aguardó ansiosamente su respuesta. Esperaba que pudieran resolver el asunto amigablemente, porque no podía prometer que iba a llamar al bebé Carmichael. Probablemente no fuera a hacerle ningún daño a aquella edad, pero el niño había reaccionado cuando lo había llamado Mickey en lugar de Carmichael, y eso resultaba muy revelador.

–Leslie Trace –dijo Trace.

Nikki lo miró con expresión perpleja, sin entender qué quería decir.

–Ése era el nombre que utilizaba mi madre cuando me portaba mal –explicó Trace. El humor y la comprensión habían sustituido su tono de censura.

–Así que Leslie. Eso debió doler –bromeó Nikki.

El humor desapareció de la expresión de Trace.

–Súmele a eso el hecho de ser hijo de un militar. Cuando mi madre se fue, le dije a mi padre que quería llamarme Trace a secas. No puso ninguna objeción.

–¿Cuántos años tenía cuando murió su madre?

–No he dicho que muriera. Pero fue como si se hubiera muerto. Yo tenía diez años cuando nos abandonó.

–Eso debió ser muy duro –dijo Nikki. Tras una pausa, añadió–: Supongo que mantiene una relación cercana con su padre.

–Murió antes de que me casara con Donna. Pero no manteníamos una relación cercana. Mi padre no era una persona

especialmente efusiva o expresiva.

–De ahí le viene –Nikki se arrepintió de haber pronunciado aquellas palabras en cuanto salieron de su boca.

Un destello de emoción cruzó la expresión de Trace antes de que desapareciera de ella todo rastro de sentimiento. Se puso en pie y apartó su silla de la mesa en dos breves y controlados movimientos.

–Sí, de ahí me viene –Trace miró un momento a Mickey antes de volverse–. Tengo que cambiarme.

–Trace… –Nikki se puso en pie, pero él ya se había ido. Volvió a sentarse y miró a Mickey, que parecía un tanto confuso–. Sí, lo sé. La he fastidiado.

# CAPÍTULO 5

TRACE miró en informe que tenía sobre el escritorio mientras esperaba a que la recepcionista le diera su cita con el pediatra. Darse cuenta de que apenas sabía nada sobre la salud de su hijo había supuesto un duro golpe aquella mañana. Cuando había dejado a Mickey en manos de Fran, su suegra, había creído que era una decisión justificada. Fran y Owen acababan de perder a su única hija; necesitaban algo, alguien que colmara el vacío de sus corazones, de sus vidas. ¿Y quién mejor que un nieto?

Con qué facilidad se convenció a sí mismo de que los abuelos de Mickey estaban mejor preparados para ocuparse de él que un inspector de homicidios sin un horario fijo y carente de toda experiencia en lo referente a los niños.

Se había esforzado en visitarlo y apoyarlo económicamente, y también se había trasladado a Paradise Pine con intención de ocuparse de él, pero lo cierto era que había abandonado a su hijo en manos de una mujer que estaba sufriendo terriblemente a causa de la pérdida de su propia hija.

No dudaba de que su hijo había sido amado y mimado, pero Fran siempre lo tenía en brazos o sentado a su lado. Siempre insistía en ser ella la que le diera el biberón porque decía que al niño le alteraba que se lo diera otro. Había protegido a Mickey hasta tal punto que había frenado su desarrollo.

La voz de la telefonista al otro lado de la línea lo distrajo de sus pensamientos. Confirmó rápidamente la cita parea el jueves a las dos y colgó. Bien. No podía hacer nada por cambiar el pasado, pero sí podía asegurarse de tener un nuevo comienzo.

Tomó nota mental para comunicar a Nikki la cita con el médico.

Y, hablando de nuevos comienzos, Trace sabía que estaba metido en un buen lío. No sabía si había tomado la mejor decisión de su vida o si había cometido un grave error. Nikki Rhodes amenazaba todo aquello en lo que creía: orden, disciplina, consistencia.

¿Por qué tenía que ser aquella mujer precisamente lo que más necesitaba su hijo en aquellos momentos?

Apoyó la espalda contra el respaldo de su silla y miró hacia la zona de recepción de la pequeña comisaría que dirigía. En lugar de a Lydia, su eficiente recepcionista, con un corazón de oro, visualizó la dorada belleza de su personal «Atila».

¿Cómo había perdido el control de su hogar con tanta rapidez? De su hogar y de su vida. Las mañanas nunca volverían a ser iguales… aunque reconocía que se había sentido muy orgulloso cuando Mickey había tomado su primer bocado. Menudo logro. Se habían sonreído mutuamente, tan eufóricos como si hubieran ganado una final de algo, y luego, aún se encogía al recordarlo, ambos se habían vuelto hacia Nikki como buscando su aprobación.

Y ella no había dejado de prodigarles alabanzas. ¡Cielo santo!

¿Dónde estaban su disciplina, su orgullo?

Había perdido totalmente el control. Ante un bombón de falda ceñida y volantes.

Era cierto que ella le había dado un ultimátum, exigiendo que participara en la alimentación de Mickey; pero sólo necesitaba reorganizar su agenda, planificar de nuevo las cosas. Admitía que había duda ante la perspectiva de pasar ratos con el niño. Pero el desayuno de aquella mañana había demostrado que no tenía nada que temer. Podía manejar a su hijo.

Con algunos consejos prácticos acabaría siendo bastante eficiente. Luego despediría a la perturbadora señorita Rhodes. Ambos serían más felices cuando volviera a la enseñanza.

«El beneficio de la comunicación abierta es que no tienes que hacerlo todo solo», había dicho la señorita Rhodes, y debía reconocer que había agradecido su ayuda durante el desayuno. Él podría haberse ocupado solo del asunto, pero tener a alguien al lado había sido… agradable.

Recordó otra de sus frases: «La buena noticia es que, una vez que consiga el afecto de Mickey, será casi imposible que lo pierda. El amor incondicional es algo muy poderoso».

Sonaba bien. Demasiado bien para un hombre que no sabía nada del amor.

Nikki estaba sentada en uno de los sitios que más le desagradaban del mundo: la consulta del médico. Una de las desgracias de los hijos de los militares era el servicio de salud militar. En cada visita se encontraban un nuevo rostro, una nueva persona que te atizaba y pinchaba.

Tras la sesión del desayuno del día anterior, no le había sorprendido que Trace hubiera insistido en que llevaran a Mickey a hacer una revisión médica. La posibilidad de que hubiera podido sufrir de algún modo lo volvía loco.

Miró al niño, que jugaba tranquilamente en su sillita. Estaba un poco delgado, pero no creía que estuviera desnutrido. No había recibido una dieta variada, pero sí suficiente cantidad de comida. A pesar de todo, no le vendría mal una revisión.

Se inclinó hacia Mickey.

–Sólo estoy aquí por ti –dijo–. Pero que quede claro que no quiero tener nada que ver con agujas. Si hay alguna inyección implicada, tu papá tendrá que ocuparse a solas del asunto… a no ser que me pida ayuda. De lo contrario, prefiero permanecer al margen.

–Papá –dijo el niño, sonriente.

–Eso es. Tú y tu papá formáis un equipo.

Mickey se distrajo con sus bloques y Nikki volvió a hojear distraídamente la revista que tenía en las manos. Había otras tres mujeres esperando en la sala con sus hijos.

La puerta se abrió y Nikki se volvió a mirar. Como el de todas las demás mujeres que había en la sala, su corazón latió más rápido cuando vio a Trace. Sus anchos hombros y estrechas caderas llenaron el umbral de la puerta. Su aire de autoridad y control, realzados por su uniforme, lo precedieron en la habitación… e hicieron que subiera la temperatura de todas las mujeres presentes.

Nikki pensó que era una lástima que el hombre más atractivo en cincuenta kilómetros a la redonda tuviera que ser su jefe. Aquello lo ponía fuera de su alcance… al margen de que Trace pareciera totalmente ajeno a la idea del compromiso.

Suspiró y se resignó a ser tan sólo su amiga.

El reloj que había sobre la cabeza de la recepcionista dio las dos y cuarto. La animada rubia se puso en pie y sonrió directamente a Trace. –¿Sheriff Oliver? El doctor ya puede ver a Carmichael.

Nikki miró a Trace mientras se ponía en pie. El destello de pánico que vio en su expresión, tan poco típico de él, reveló una vulnerabilidad que no pudo ignorar.

–¿Quiere que entre con usted? –Sí, por favor –Trace se hizo cargo del cochecito y siguió a la enfermera a la consulta.

Una vez sentados, Trace expresó sus preocupaciones al doctor

Wilcox, un hombre mayor de pelo gris que lo escuchó asintiendo ocasionalmente..

–Veamos como está el pequeño –el doctor sonrió a Mickey, que frunció el ceño. Con razón. El doctor pidió a Nikki que desnudara al bebé y comenzó su examen.

Para ser un niño tan dócil, Mickey manifestó claramente su desagrado retorciéndose hasta el punto de que Nikki casi no pudo sujetarlo.

–Yo me ocupo.

Trace sustituyó a Nikki y sujetó al niño con firmeza, pero éste alargó los bracitos hacia él.

–Papá…

La mandíbula de Trace se endureció, pero siguió sujetándolo.

Afortunadamente, el médico no tardó en terminar su revisión.

–Ya puede vestirlo. ¿Sabe qué vacunas le han puesto?

Mientras Nikki se ocupaba de vestir a Michael, Trace buscó algo en un bolsillo de su pantalón.

–He pasado por casa de mis suegros esta mañana y he encontrado algunas cosas. Ésta es una lista de las vacunas que le han puesto. También he llamado al pediatra que lo atendía y he pedido que le envíe una copia de su archivo con los datos de mi hijo.

–Eso será útil –el doctor Wilcox miró la lista que le alcanzó Trace–. Esto parece en orden. No tiene por qué preocuparse. Mickey está en buena forma. Los músculos de sus piernas no están desarrollados del todo, lo que avala su teoría de que lo han tenido demasiado en brazos, pero sus huesos son fuertes y no hay ningún indicio de desnutrición.

Nikki y Trace se miraron, aliviados.

–Sigan dándole alimentos sólidos y hagan que utilice sus músculos. Cuando reciba los informes los llamaré, pero no creo que necesiten traerlo antes de la revisión de los dieciocho meses.

–Gracias, doctor Wilcox. Son buenas noticias –dijo Trace.

–Su hijo es un regalo precioso, sheriff. Cuídelo como se merece.

Trace volvió la mirada hacia su hijo, al que Nikki ya había sentado en su cochecito, y asintió lentamente.

–Por supuesto.

Tras una semana de viajes a la tienda de la esquina, Nikki logró arrastrar finalmente a Trace al supermercado el sábado por la

tarde.

Tras montar a Nikki en un carrito, entraron en el supermercado y ambos suspiraron agradecidos por el aire acondicionado. –Eso está mejor, ¿verdad, peque? –Nikki retorció juguetonamente la nariz de Mickey.

El pequeño sonrió y trató de agarrarle la nariz.

Nikki se inclinó hacia él y arrugó su nariz.

–A que no me atrapas –dijo, y se apartó rápidamente cuando el niño volvió a intentarlo. Trace frunció el ceño. –¿Se está burlando de un bebé de dos años? Nikki sonrió. –Ya hemos jugado a este juego antes. Mickey suele lograr tocarme la nariz un par de veces antes de que lo dejemos.

Trace gruño y miró a su alrededor.

–Será mejor que acabemos con esto cuanto antes. Sugiero que nos dividamos y nos encontremos en la caja dentro de veinte minutos.

Nikki lo observó un momento. Tranquilo y seguro de sí mismo, vestido con unos vaqueros y una camisa azul, se notaba claramente que no quería estar allí. Aquel hombre definía el término solitario. Durante la semana que llevaba viviendo en su casa, Nikki no había tomado ni un solo recado telefónico para él. Sabía que no había hablado de la existencia de Mickey con nadie. Aparte de la cita con el médico, aquélla era su primera aparición pública con su hijo en la comunidad. Pero más le valía espabilarse porque, como sucedía en todos los pueblos pequeños, todo el mundo acabaría estando muy pronto al tanto de sus asuntos.

–No hay que comprar mucho, así que no tardaremos tanto tiempo. Además ayer no estuvo en el desayuno, de manera que tiene que compensar a Mickey dedicándole algo de tiempo y ésta es una oportunidad perfecta. Si nos dividimos, él se va con usted.

Trace se encogió de hombros.

–De acuerdo.

La facilidad con que accedió no engañó a Nikki. Nunca se sentía cómodo manejando a Mickey a solas, aunque nadie lo diría viéndolos juntos. Aunque siempre delicado y paciente, la necesidad de control de Trace le impedía mostrar sus sentimientos, o de lo contrario ya se habría ganado el amor de Mickey.

–De acuerdo. Va a querer cosas que no puede comer y va a tocar todo lo que tenga al alcance de la mano, así que sea firme y manténgase en medio del pasillo.

–Creo que puedo manejar sin problemas a un niño de un año en una tienda, señorita Rhodes.

Nikki alzó una ceja con expresión escéptica.

–Eso fue lo que dijo la primera vez sobre alimentarlo. Trace apoyó las manos en las caderas y la miró a los ojos con expresión retadora.

–Precisamente por eso lo digo.

Nikki ladeó la cabeza y lo miró pensativamente. Al margen de la camiseta manchada de melocotón, debía reconocer que Trace había perseverado hasta que Mickey se había tomado todo el recipiente. Desde entonces había perfeccionado el arte de dar de comer al niño sin acabar con la mitad de la comida en la ropa.

–Tiene razón –dijo Nikki, pero antes de darle el carro necesitaba hacerle otra advertencia–. Hay otra cosa que…

–Yo puedo ocuparme desde aquí, señorita Rhodes –interrumpió Trace.

–Pero debería saber que…

–No tendremos ningún problema –Trace tomó la lista que sostenía Nikki y la partió en dos–. Nos vemos en la caja en veinte minutos.

Nikki movió la cabeza y se fue por otro carrito. Sólo pretendía advertirle que un hombre solo con un niño en un supermercado era un imán para las mujeres. De hecho, eso era cierto en cualquier lugar, pero especialmente en los supermercados. O eso le había contado al menos un papá soltero.

Pero tal vez aquello era precisamente lo que necesitaba Trace. Conocer algunas mujeres disponibles. Hacía catorce meses que era viudo. Y tenía que pensar en Mickey.

Pero Trace era un hombre listo y probablemente ya sabía a qué se exponía llevando a Mickey consigo en el carrito.

Ambos merecían algo de felicidad después del año que habían pasado. Entonces, ¿por qué se le encogía el corazón al pensar que pudiera haber otra mujer en sus vidas?, se preguntó mientras entraba en el pasillo en que estaban los zumos.

Cinco minutos después vio a Trace y a Mickey cruzando rápidamente el pasillo en que se encontraban, pero cuando Trace la vio giró rápidamente hacia ella. Se detuvo a su lado y, sin decir nada, trasladó las cosas del carrito de Nikki al suyo antes de apartarse y cederle el sitio ante el asiento del niño.

Nikki se situó ante el niño y miró a Trace de reojo.

Él se cruzó de brazos y la miró con cara de pocos amigos.

–Eso ha sido una jugarreta.

–¿Qué? –Nikki trató de no reír ante su contrariada expresión.

–No se haga la inocente. No le pega.

Nikki sonrió.

–Había tratado de advertirle.

–Sí, pero la próxima vez que corra el riesgo de ser devorado por las pirañas le agradecería que me lo advirtiera.

Rodearon la esquina en la que estaban las carnes. Trace seleccionó algunas chuletas mientras Nikki se ocupaba del pollo y el cerdo. Mientras se acercaban a la sección de lácteos se atrevió a abordar el tópico de su vida amorosa.

–¿Así que no está interesado en conocer alguna mujer con la que pasar el rato?

–No –contestó escuetamente Trace.

–¿Es demasiado pronto? –continuó Nikki al ver que no añadía nada–. Debió amar mucho a su esposa.

Trace evitó su mirada mientras tomaba una porción de queso.

–Lo que sintiera por mi esposa carece de importancia ahora. Necesito centrarme en criar a mi hijo.

–Por supuesto. Pero no debería negarse una relación satisfactoria. Que tuviera una compañera también sería beneficioso para Mickey.

–¿Y por qué no está casada usted, señorita Rhodes? –preguntó Trace a la vez que la miraba de arriba abajo.

Nikki se ruborizó. Aquellos ojos verdes le producían un efecto asombroso. Casi podía sentir que Trace veía hasta el fondo de su alma.

–He tenido ofertas –pero ninguna por la que hubiera merecido la pena renunciar a su libertad.

–Seguro que sí. Sin embargo, sigue soltera. No es malo conocer las propias fuerzas y debilidades.

–Es cierto –Nikki se preguntó si Trace habría deducido aquello sólo con mirarla a los ojos. ¿Era su necesidad de independencia un indicio de fortaleza o una debilidad?

Desconcertada, giró en el siguiente pasillo y se encontró ante una hilera de comida para perros. –¿Ahora resulta que tenemos una mascota y yo no lo sabía? –preguntó Trace en tono irónico.

Nikki carraspeó y siguió avanzando.

–No sea tonto.

–No sé –continuó Trace–. Ha introducido tales cambios en la organización de mi casa que cualquier cosa es posible. Seguro que piensa que Nikki necesita un compañero de juegos y piensa ir a la perrera municipal.

–Nunca haría algo así sin consultarlo antes con usted.

Trace rió abiertamente.

–Gracias por la concesión.

–No sería yo quien tendría que ocuparse de sacar al perro a pasear en plena noche. –Comprendo. Nikki sonrió. –Será mejor que de momento dejemos estar lo del perrito.

–Estoy de acuerdo. Mickey ya ocupa toda mi atención.

–¡Hola! Hola, sheriff Oliver. Soy Mavis Day, de la Sociedad Histórica –una mujer de pelo gris azulado vestida con una camisa rosa brillante se acercó a ellos. En el asiento para niños de su carrito llevaba un diminuto caniche blanco metido en una bolsa roja.

–Por supuesto, señora Day –saludó Trace–. ¿Cómo está?

–Sufriendo el calor, como la mayoría de la población. Mi Pebbles no soporta estas temperaturas. Es una excusa perfecta para venir a disfrutar un rato del aire acondicionado del supermercado.

–Buscamos el alivio donde lo encontramos –dijo Trace con una amable sonrisa–. No hay ninguna ley que lo impida.

–¡Ninguna ley! –gorjeó Mavis–. ¡Qué gracioso es usted!

–Lo intento ocasionalmente –Trace se volvió para presentar a Nikki y ésta notó que dudaba. No debió dolerle, pero le dolió.

–No se preocupen por mí –dijo–. Es evidente que la señora Day quiere hablar de algo. Yo voy a la sección de comida para bebés.

Trace frunció el ceño.

–Oh, no, querida, no tiene por qué irse –dijo la señora Day–. Sólo quería darle las gracias al sheriff por haber sugerido que organicemos una comida para la reunión de la comunidad del próximo miércoles. Es una forma inteligente de lograr que la gente se implique en los asuntos de la comunidad. Pero no quería interrumpir su cita con su nueva amiga y la preciosa hija de ésta.

Nikki miró de reojo a Trace y vio que entrecerraba los ojos, pero, antes de que pudiera corregir a la mujer, ésta continuó hablando.

–No puedo esperar a contárselo a mis amigas de la Sociedad Histórica. Admito que disfruto compartiendo cotilleos alegres.

La impaciencia de la mirada de Trace reveló lo poco que le

gustaba la idea de ser el centro de cualquier clase de cotilleo.

–Le seré sincera –continuó la señora Day–. Hemos estado preocupadas por usted en la Sociedad Histórica. Muchas de nosotras somos o hemos sido viudas, y sabemos lo difícil que es continuar, volver a tener citas. Pero ya ha pasado un año…

–Señora Day –interrumpió Trace con voz ahogada. La señora Day palmeó la mano que Trace apoyaba en el carrito.

–No se preocupe, sheriff. Es importante aceptar la vida como viene. Llega un momento en que hay que lanzarse, o de lo contrario se pierde la oportunidad de un futuro feliz.

Nikki temió que aquella conversación no terminara bien. La señora Day no podía conocer al sheriff tan bien como creía, o no habría dicho aquello.

La mujer asintió con expresión de sabiduría.

–Si no lo hubiera atrapado yo, la viuda Thompson me habría quitado a mi Mike. Es un buen hombre. Le gustan esos olorosos puros, pero sale a fumarlos fuera –se volvió hacia Nikki–. Como ya sabrás, una mujer aprecia los pequeños detalles como ésos.

Nikki contempló el asombrado rostro de Trace y tuvo que morderse el labio para no romper a reír.

–Ha sacado una impresión equivocada, señorita Day –dijo Trace–. Éste es mi hijo, Carmichael, y ella es su niñera, Nikki Rhodes.

–Oh –la mujer parpadeó y luego sonrió a la vez que agitaba una mano–. Su hijo. Por supuesto. Y es un encanto. Esos ricitos me han engañado por un momento. Y no se preocupe por la relación. Pasará. Intuyo algo respecto a ustedes dos.

En aquella ocasión Nikki ni se atrevió a mirar a Trace… que se había quedado mudo. Para sumarse al ridículo de la situación, el caniche asomó la cabeza y ladró dos veces.

–Shh, Pebbles –la señora Day miró por encima de su hombro–. Va a oírte el señor Wilson –sonrió a Trace–. No voy a entretenerle más. Tengo que ponerme en marcha. El señor Wilson y Pebbles mantienen una relación de amor odio. A ella le gusta el aire acondicionado del supermercado y él odia el hecho de que sea una perra. Oh, ahí está Millie. ¿Se ha enterado de que su madre se ha roto una pierna? Le encantan los cócteles, pero espero que no hubiera bebido uno antes de subirse a la escalera.

La señora Day volvió a guardar a Pebbles en su bolsa y maniobró su carrito en torno a Nikki.

–Voy a ofrecerle mis condolencias.

–Lleve a Pebbles a casa, señora Day –dijo Trace en su tono más oficial–. No querría que tuviéramos que volver a vernos porque Pebbles y el señor Wilson se han metido en un altercado.

La mujer rió e hizo un gesto con la mano.

–Qué gracioso es usted, sheriff.

Trace observó cómo se alejaba hacia su siguiente víctima y luego se volvió hacia Nikki con una ceja alzada.

–Cree que estoy bromeando.

Estaba claro que la señora Day no lo conocía. Trace no bromeaba sobre la ley y el orden.

–Relájese, sheriff –dijo Nikki–. No siempre tiene que seguir las reglas.

# CAPÍTULO 6

TRACE dejó las llaves en el aparador y miró la hora en el reloj de la cocina: las doce y media de la noche. Se encaminó directamente a las habitaciones de Nikki para recoger a Mickey.

Todo el pueblo estaba al tanto de sus asuntos. No paraban de preguntarle por su hijo… o peor aún, por su hija. También le preguntaban por su niñera. Algunos incluso habían llegado a ofrecerle a su hija, a su hermana, a su sobrina…

Quería que aquello acabara. Nunca habría querido que empezara. Pero eso no era realista, y la dolida expresión de Nikki cuando no la había presentado a la señora Day aún lo perseguía.

Le debía una disculpa. No era culpa suya que su intimidad hubiera quedado hecha trizas.

Llamó a la puerta una vez y luego otra. Nikki abrió al cabo de un minuto. Tenía el pelo revuelto y vestía unos pantalones cortos y una camiseta sin mangas que dejaban al descubierto un montón de piel. Trace había pasado un par de noches por allí a recoger a Mickey, pero nunca tan tarde. Era evidente que la había despertado.

–Hola –saludó Nikki, que dio un bostezo a la vez que se apartaba–. Llega tarde.

–Sí. Siento haber estropeado su día libre.

–Ha sido inevitable. Mickey ha sido todo un éxito en las clases preparto de mi hermana.

Trace prefirió no imaginar la escena.

–Seguro.

Iluminada a contraluz, Nikki parecía adormecida… y tan suave. Con una intensidad que lo dejó sin aliento, Trace deseó tomarla en brazos, llevarla al sofá y sentirse envuelto en toda aquella suavidad. Lo único que deseaba en aquellos momentos era olvidar los horrores de la noche en la ternura de sus brazos.

–Adelante –Nikki dio un paso atrás y Trace pasó junto a ella para recoger a Mickey del parque que estaba junto al sofá.

Tras haber pasado horas ocupado con un accidente, la dulzura del aroma de la piel de Nikki estuvo a punto de hacer que Trace cayera de rodillas.

–Esta mañana ha llamado el doctor y le he dado su número –añadió Nikki.

–Sí, he hablado con él.

–¿Qué ha dicho?

Trace negó con la cabeza. Era muy peligroso para él seguir allí.

–Hablaremos por la mañana.

Tomó a su hijo en brazos. Mickey abrió los ojos, lo miró, sonrió, se acurrucó entre sus brazos y volvió a quedarse dormido.

La confianza del gesto resultó especialmente conmovedora en medio de una noche en que había sido testigo de una inútil muerte más. ¿Cómo iba a mantener a su hijo a salvo en un mundo tan descontrolado?

–¿Te encuentras bien? –Nikki lo tuteó por primera vez mientras deslizaba con delicadeza una mano por el antebrazo de Trace. Como éste había supuesto, la caricia liberó parte de su sensación de desesperación. Para alejar aquella ilusión, se apartó y miró hacia la puerta. –Nada de tocamientos –trató de sonar despreocupado, pero no lo logró.

Nikki sonrió.

–Éstas son mis habitaciones. Aquí no se aplican las reglas.

–Las reglas se aplican siempre –Trace sabía que si no hubiera reglas no tendría motivo para no saborear aquellos sensuales labios… lo que implicaba que no tardaría en tener que buscar otra niñera.

Nikki negó con la cabeza.

–No siempre. ¿Ha comido? ¿Qué le parece si me visto y le caliento algo de comer mientras me cuenta lo que ha dicho el doctor?

–Estoy bien –la idea de comer sonaban bien, pero supondría demasiado jaleo a aquellas horas–. Tomaré una ducha y luego me meteré en la cama. Buenas noches.

Diez minutos después se estaba duchando tras haber dejado a Mickey dormido en su cuna. Acababa de salir cuando oyó que llamaban a la puerta trasera. Sólo podía ser Nikki. Se planteó la posibilidad de ignorar la llamada. Ya se había enfrentado a suficiente tentación por una noche. Pero estaba en deuda con Nikki por su rudeza de hacía un rato.

Suspirando, se puso una camiseta y unos pantalones de chándal y fue a abrir. Nikki sostenía en las manos un humeante plato del que llegaba un aroma delicioso.

Nikki ladeó la cabeza y sonrió.

–Va en contra de mi deber cívico permitir que el sheriff se acueste con hambre –vestía unos pantalones de chándal cortos y una camiseta rosa que dejaba expuesta una franja de su cremosa piel.

Además del hambre, aquella visión despertó otros apetitos de Trace. –Son macarrones con queso, tomate y salchichas –añadió Nikki a la vez que le ofrecía el plato.

–De acuerdo, puede pasar –Trace tomó el plato y dejó que Nikki lo siguiera–. ¿Cómo se las ha arreglado para cocinar algo así teniendo tan sólo una cafetera y un microondas?

–Son los restos de la comida de mi hermana. Es una receta de mi madre. A mí me sale mejor.

–Esto tiene muy buena pinta –Trace pinchó un trozo de salchicha con el tenedor–. Tendrá que darle las gracias a su hermana. Debió ser duro para ambas perder a sus padres a la vez.

–Sí –Nikki se sentó a la mesa y apoyó ambas manos en ella, frente a Trace –. Pero ellos lo habrían querido así. Mi madre era una buena esposa de militar y acudía sin rechistar allí donde mi padre era destinado. Se querían mucho. Mi hermana y yo completábamos el círculo, pero para cada uno de ellos lo más importante era el otro.

–Debe ser bueno tener unos cimientos emocionales tan sólidos.

–También tenía sus inconvenientes. Mamá sobrellevaba todos los traslados organizando lo que ella podía controlar: la familia.

Nikki deslizó una mano hacia la de Trace, pero al darse cuenta de lo que estaba haciendo se detuvo.

–¿Ha sido una mala noche? –preguntó con cautela.

–Ha habido dos muertos en un accidente. Un hombre que se ha dormido mientras conducía y su hija mayor. La mujer ha sobrevivido, pero seguro que preferiría haber muerto.

–Oh, Trace. Lo siento. Debe ser difícil sobrellevar algo así después de haber perdido a su mujer a causa de un conductor borracho.

–Tuve que dejar Homicidios. No era capaz de enfrentarme a la muerte a diario. Esto es mejor. También hay muertes, pero no tan a menudo. Y no son el centro de lo que hago.

–Supongo que no había reuniones de la comunidad cuando trabajaba en homicidios, ¿no? Una semisonrisa curvó los labios de Trace. Nikki sabía hacerle reír.

–No, claro que no. Me estaba preguntando cómo se supone que voy a mantener a Mickey a salvo en el mundo de hoy. Hay tanta violencia, accidentes, desastres… Más o menos cada mes hay un accidente grave en la autopista. Con el casino tan cerca, no paramos de ver borrachos, jugadores, turistas del este, emigrantes ilegales que se hielan o mueren de calor al tratar de cruzar las montañas… Yo soy todo lo que tiene. ¿Qué será de él si me sucede algo?

–No puede centrarse en lo negativo, Trace. Aproveche al máximo lo que tiene. Construya su propia base emocional con Mickey. Amanda y yo sabíamos que nuestros padres nos querían, y eso es muy importante, sobre todo cuando hay muchos cambios y desconocidos en tu vida.

Trace asintió lentamente.

–Y yo soy el actual desconocido en la vida de mi hijo.

–No. Es la nueva constante en su vida –dijo Nikki con una sonrisa–. Es lógico que después de lo sucedido lo vea todo negro, pero seguro que mañana se siente mejor.

–Tal vez –contestó Trace. Pero no sería menos responsable de Mickey ni estaría menos solo. Apartó el plato vacío–. Estaba muy bueno. Su funcionario estatal se lo agradece.

Nikki sonrió, tomó el plato y lo llevó al fregadero.

–Ya sabe que no está solo –tomó un vaso del armario, lo llenó de leche y lo dejó en la mesa ante Trace–. Sus suegros están en la Costa Oeste, no están muertos.

–Creo que ya han hecho suficiente daño.

–¿Y sus padres? ¿No podrían echar una mano?

–¡Ja! –rió Trace sin humor–. Mis padres hacen que los de Donna parezcan los padres del año. Al menos éstos erraron por el lado de preocuparse en exceso –era posible que lo avanzado de la hora le hubiera hecho bajar las defensas, o que se hubiera ablandado después del plato caliente que acababa de comer, pero Trace se encontró hablando abiertamente con Nikki–. Mi madre era lo contrario a la vuestra. No quería seguir a mi padre de un lado a otro, pero él insistía. Quería que yo estuviera con él. No sé porqué . No era un hombre expresivo, ni efusivo. El caso es que, para cuando cumplí los diez años, mi madre ya había tenido suficiente y nos dejó.

–Oh, Trace –conmovida, Nikki olvidó las reglas, cubrió la mano de Trace con la suya y lo volvía a tutear–. Eso es muy triste… ¿Tu

padre estaba en el ejército cuando conoció a tu madre?

El contacto de su mano reconfortó a Trace aún más que su compasión. Tal vez por eso había sido capaz de abrirse a ella aquella noche; porque esperaba que su recompensa fuera la misma ternura que le veía mostrar con Mickey a diario.

–Sí. Un año después de dejarnos volvió a casarse.

Nikki estrechó la mano de Trace con fuerza.

–Espero que sepas que ella no fue la víctima. Ya sabía que tu padre era militar cuando se casó con él. Fue ella quien quiso cambiar las reglas.

–Lo que sé sobre las emociones lo aprendí de mi padre. Mi madre solía decir que mi padre no tenía sentimientos y que yo era como él. No éramos suficiente para ella.

–¿Dijo que carecías de emoción y luego te dejó? –un destello de enfado e irritación brilló en los ojos de Nikki, haciendo que brillaran como oro líquido–. Estúpida mujer.

Trace rió… algo que habría considerado imposible aquella noche.

Nikki le hacía sentirse bien. Su humor, su compasión, su afán de pelear por él hicieron que su melancólico estado de ánimo se transformara en algo distinto.

Algo más peligroso.

–Me gustas, señorita Rhodes –dijo, pero su intento de aligerar el ambiente falló. Sus palabras surgieron roncas, como un gruñido de deseo.

La emoción había empujado a Nikki a apoyar ambos codos en la mesa a la vez que se inclinaba hacia él, de manera que sus rostros estaban a escasos centímetros uno de otro.

Trace contempló la delicada curva de sus labios, la sedosa delicadeza de su piel… y tuvo que hacer un esfuerzo desesperado por controlarse.

Nikki sonrió tímidamente y apartó la mirada de la boca de Trace. Cuando sus miradas se encontraron, se humedeció instintivamente los labios.

–Tú también me gustas, sheriff Oliver –susurró.

Trace habría querido moverse los escasos centímetros necesarios para saborearla. En lugar de ello, se apartó de la mesa para poner distancias.

–Deberías irte.

Nikki entró en la casa por la puerta trasera.

–Soy yo –anunció, aunque dudaba que Trace hubiera podido escucharla por encima de los gritos que llegaban desde el baño. De todos modos siguió hablando–. Vengo a recoger algo de ropa.

Se detuvo ante la entrada del baño. A Mickey no le gustaba mojarse. Cuando llegaba la hora del baño, el niño dulce y tranquilo que solía ser se transformaba en un pequeño salvaje.

Trace estaba arrodillado junto a la bañera, empapado desde los hombros hasta las rodillas.

Tenía muy buen aspecto con la camiseta mojada y pegada al cuerpo, definiendo los fuertes músculos que había debajo.

Al notar que estaba disfrutando en exceso del espectáculo, llamó a la puerta.

–¿A qué viene todo este jaleo?

–Sálvate. Este lugar no es seguro –Trace miró por encima del hombro y Nikki pudo ver su expresión de enfurruñada frustración–. Y menos mal que aún no habla…

–¡Niii! ¡Niii! –al ver a Nikki, Mickey renovó sus esfuerzos por liberarse del baño y alargó los bracitos hacia ella.

–Quédate quieto. Eres más escurridizo que una anguila –dijo Trace–. Te sacaré en cuanto termine de lavarte el pelo.

–Un momento –Nikki fue rápidamente al cuarto del niño y volvió con un perrito de plástico azul. Se arrodilló junto a Trace–. Sujétalo con firmeza –dijo, y luego miró a Mickey, sonriente–. Papá no conoce el truco, ¿verdad? –situó el perrito ante el lloroso niño y lo agitó–. Antes hay que lavarle la cabeza al perrito.

Mickey se tranquilizó cuando Nikki tomó un poco de espuma y empezó a frotarla en la cabeza del perrito. Distraído, alargó la mano hacia el juguete.

–Muy bien. Estamos lavando el pelo del perrito. Y luego lavaremos el tuyo –Nikki dio un ligero codazo a Trace–. Sonríe –murmuró entre dientes–. Supongo que esa expresión de ferocidad es muy útil con los delincuentes, pero no con los niños asustados.

El ceño de Trace se relajó de inmediato y sus ojos incluso parecieron sonreír.

Nikki rió.

–Alcánzame la jarra de la estantería –dijo. Cuando Trace se la dio, la llenó de agua y vertió ésta sobre el muñeco.

Trace la miró de reojo.

–Primero comida de perro y ahora un perrito de plástico en la

bañera. Estás empeñada en que le compre un perrito al niño, ¿no?

–Me declaro no culpable –dijo Nikki–. Siempre quise un perro cuando era pequeña, pero mi madre decía que nos trasladábamos demasiado a menudo como para crear un buen hogar para un perro, que no sería justo. Tenía razón.

–¿Piensas que no estamos listos para tener un perrito? –No. Tú mismo dijiste que necesitabas centrarte en cuidar a Mickey, y estoy de acuerdo contigo.

–Entonces, ¿nada de perro?

–Todavía no –Nikki volvió a centrar su atención en el niño–. Buen chico. Y ahora ha llegado la hora de lavar tu pelo. Cierra los ojos –cerró los suyos un momento, para enseñarle a qué se refería. Mickey la imitó y Nikki aprovechó el momento para echarle agua en la cabeza. El pequeño empezó a lloriquear–. Un momento, cariño. Sólo una vez más.

Acabó rápidamente y Trace apareció enseguida a su lado con una toalla para secar el rostro de Mickey. –Buen trabajo –dijo mientras sacaba a su hijo del agua y lo envolvía en la toalla–. Gracias por la ayuda. –De nada –Nikki se encogió de hombros–. Los adultos tenemos que permanecer unidos.

–Creía que tenías una clase de preparto con tu hermana esta noche –desde el día anterior habían empezado a tutearse y Trace no había puesto ninguna objeción–: ¿Qué haces aquí?

–La clase no empieza hasta las ocho. He venido a recoger algunas cosas que dejé en el cuarto de la lavadora

–En agradecimiento por tu ayuda, estás invitada a cenar. Sólo hay perritos calientes y judías, pero voy a encender la parrilla.

–Gracias, pero no puedo quedarme. Ya que tiene permiso del doctor para asistir al curso preparto, mi hermana ha decidido aprovechar la salida para que cenemos juntas. Pero es una oferta muy tentadora.

Más tentadora de lo debido. Un perrito caliente en compañía del bebé con el que se pasaba todo el día. Como Amanda, debería sentirse encantada ante la posibilidad de salir. Pero cuando se alejó de padre e hijo se sintió extrañamente abatida.

–De acuerdo –dijo Trace en tono desenfadado–. Gracias por la ayuda.

–Buenas noches –Nikki fue a sacar sus cosas de la secadora y salió por la puerta trasera.

¿Era su imaginación o el tono de Trace la había sonado

realmente decepcionado?

# CAPÍTULO 7

–TRACE, han llamado de la oficina del alcalde –Lydia asomó la cabeza por la puerta del despacho–. El consejo municipal va a reunirse en Sampson Hall veinte minutos antes de la reunión de la comunidad.

Trace asintió, comprobó en su reloj que aún le quedaba una hora y volvió a centrarse en su informe. Le estaba costando concentrarse. Su mente no dejaba de regresar a la escena que tuvo lugar dos noches antes. Había estado a punto de comportarse de un modo muy poco profesional con su niñera.

Pero no podía seguir por ahí.

Mickey la necesitaba. Más allá de eso, Nikki era una complicación que no podía permitirse.

Se abrió la puerta de la comisaría dando paso al objeto de sus pensamientos. Nikki empujaba el cochecito del niño con una larga bolsa colgada de la capota.

El cuerpo de Trace reaccionó al instante ante la visión de sus largas piernas ceñidas por unos vaqueros negros y el escote de su camiseta rosa.

¿Pero qué hacía allí?

Se levantó y rodeó el escritorio mientras observaba a Nikki charlando y riendo con Lydia. No quería que estuviera allí. Aquel lugar le pertenecía a él… bueno, y a los ciudadanos de Paradise Pines. La cuestión era que necesitaba un lugar en el que refugiarse de su embriagadora presencia. Pero, entrometida como era por naturaleza, había tenido que invadir su lugar de trabajo.

No había duda de que estaba metida en un buen lío.

En cuanto salió de su despacho percibió el aroma a pollo frito, lo que le recordó la cena de la comunidad que iba a tener lugar aquella noche, cena a la que cada miembro de la comunidad aportaba algún plato. Él mismo había encargado una ración de pollo frito que iba a recoger de la cafetería. El aroma se volvió más intenso según se acercaba al mostrador, pero se distrajo con las presentaciones de Nikki.

–Es muy agradable ponerle un rostro a un nombre. Siempre es bueno saber cuándo va a retrasarse Trace. ¿Conoces ya a su hijo

Mickey?

Lydia tenía los codos apoyados en el mostrador y se inclinó para poder ver a Mickey. El niño le dedicó una mirada seria. Luego dirigió la vista hacia Trace, frunció el ceño y se retorció en su asiento, buscando la reconfortante presencia de Nikki. En cuanto ésta se situó junto a la sillita, el niño se tranquilizó. Luego señaló la cesta que había en el mostrador.

–Hola –Nikki acompañó su saludo con una sonrisa.

–Tu niñera acaba de presentarme a tu hijo, Trace –dijo Lydia–. Ni siquiera sabía que tuvieras un hijo. Yo no he parado de hablarte de mis nietos todo este tiempo y tú ni siquiera has mencionado que tuvieras un hijo –añadió en tono de cariñoso reproche–. Es precioso.

Precisamente por aquella clase de momentos le gustaba a Trace mantener su vida pública separada de su vida privada. Los intercambios personales acababan resultando demasiado emocionales. ¿Qué más daba que de vez en cuando se sintiera muy solo? Prefería mantener las cosas sin complicaciones.

–Gracias. Lleva conmigo poco tiempo. Su abuela se ha estado ocupando de él mientras yo me instalaba –Trace odiaba dar explicaciones, exponer su vida personal, pero, o lo hacía, o Mickey y él se verían sometidos al demoledor cotilleo público, algo que no podía tolerar.

–Seguro que lo has echado mucho de menos –dijo Lydia, compasiva.

–Ha sido duro, pero ahora estamos juntos –reconoció Trace antes de volverse hacia Nikki–. No esperaba vuestra visita.

–Han llamado de la cafetería para decir que tu pedido estaba listo –Nikki señaló la cesta que había sobre el mostrador, cubierta por una servilleta de cuadros rojos y blancos–. Mickey y yo no teníamos nada mejor que hacer y hemos decidido ahorrarte el viaje.

Trace ni siquiera sabía que tenía una servilleta como aquélla.

–No tenías por qué haberte molestado –dijo.

–Lo sé –Nikki miró a Lydia y se encogió de hombros–. Es el jefe perfecto. Nunca quiere que me tome la más mínima molestia por él.

–Eres una niñera, no una asistenta –murmuró Trace, viéndose obligado a dar más explicaciones. Todo habría sido más fácil si Nikki se hubiera quedado en casa.

Donna jamás había ido a visitarlo al trabajo, y no recordaba que su madre hubiera ido nunca a visitar a su padre mientras estaba trabajando. Sin duda, si hubiera mostrado más interés en lo que hacía su marido, si le hubiera hecho hablar de vez en cuando de sus cosas, tal vez a su padre no le habría costado tanto expresarse en otras circunstancias. Y si a su padre se le hubiera dado mejor la comunicación, era posible que a él también se le hubiera dado mejor comunicarse.

–No te preocupes, no voy a cargarte ningún extra –Nikki hizo un gesto de despreocupación con la mano. Luego sonrió y miró a su alrededor con evidente curiosidad–. Lo único que quiero a cambio es que me enseñes tu lugar de trabajo. Nunca había estado en una comisaría. ¿Tenéis calabozos?

–Hay un par de celdas –dijo Trace, pensando que no estaría mal encerrarla en una de ellas para que lo dejara en paz. Se hizo cargo del cochecito de Mickey y lo empujó hacia el pasillo trasero–. Toma la cesta del pollo. Empezaremos por mi despacho.

–No olvides tu cita en el Ayuntamiento antes de la reunión con la comunidad –dijo Lydia tras ellos.

Trace asintió sin mirar atrás.

–Me apetece mucho ver la comisaría, pero si no tienes tiempo de enseñármela hoy no te preocupes. Se que tu cita es dentro de una hora. Si quieres podemos dejarlo para otra ocasión.

Lo que Trace habría querido habría sido aprisionarla con su cuerpo contra la pared de su despacho, con la puerta cerrada y las cortinas corridas…

Estuvo a punto de tropezar con sus propios pies debido a las imágenes que evocó aquel pensamiento.

–¿Estás bien? –preguntó Nikki al ver que Trace se detenía en seco.

–Sí… sí, claro –contestó Trace mientras se preguntaba de dónde había salido aquello–. Pero, pensándolo bien –añadió mientras giraba en dirección contraria a su despacho–, será mejor que antes dejemos el pollo en la cocina.

La visión que había tenido estaba mal desde cualquier punto de vista que la analizase, pero había sido tan real que prácticamente había podido saborear los labios de Nikki en los suyos.

Él era el sheriff, aquélla era su comisaría y ella era su empleada. Y ésas eran tan sólo las objeciones más obvias. También tenía un hijo del que preocuparse… un hijo que necesitaba en

aquellos momentos a Nikki más de lo que él necesitaba que despertaran su libido.

Y aunque nada de aquello existiera, tampoco podría seguir los impulsos de su deseo. Sabía que lo más importante para Nikki eran el amor y el compromiso, y él ya había demostrado que apenas sabía nada de todo aquello.

–¿Siempre quisiste ser policía? –preguntó Nikki cuando estaban terminando la improvisada visita a la comisaría.

El orgullo que sentía por lo que hacía había quedado patente en cada palabra de Trace mientras le enseñaba su lugar de trabajo.

–Al principio fui marine, como mi padre. Pero decidí que me gustaba tener más control sobre mi vida, de manera que sólo estuve cuatro años. La elección más lógica fue la policía.

–Estructura y disciplina, como a ti te gusta, ¿no?

Trace miró a Nikki de reojo, obviamente molesto por haber sido definido con tal precisión en un simple comentario. De hecho, había logrado sorprenderla. Era obvio que Nikki no había esperado que se mostrara tan cómodo, e incluso gracioso, mientras le enseñaba la comisaría. Allí era donde él se sentía como en su casa.

–Como profesora de un grupo de treinta niños de cinco años, supongo que también te atraen los entornos controlados –replicó.

Nikki rió. –Como profesora de treinta niños pequeños lo que sé es que el control es una mera ilusión.

–Pero si sueles darme un programa diario de lo que tiene que hacer Mickey –protestó Trace–. Has convertido la rutina en una auténtica ciencia.

–Claro que me interesan las estructuras y la rutina –admitió de inmediato Nikki. Aquéllas eran las armas esenciales de un maestro. Pero su versión y la de Trace eran completamente distintas–. Pero en las clases el día transcurre de un momento caótico al siguiente. Cuando se trabaja con niños hay que ser flexible. Nunca se sabe qué va a pasar, de manera que hay que estar preparado para cualquier cosa. Supongo que tus días son parecidos.

Trace movió la cabeza, incrédulo. –¿Estás comparando una clase de infantil con un grupo de criminales?

–Claro que no –aseguró Nikki–. Pero compartimos la necesidad de mantener la paz, observar el comportamiento y tratar con las diferencias culturales. Todo eso forma parte de nuestra rutina.

–Nunca lo había visto desde ese punto de vista.

–La mayoría de la gente no lo ve así, pero una clase es un microcosmos en miniatura. ¡Oh! –Nikki se fijó en una pila de álbumes de fotos que había en una estantería–. ¿Son fotos de criminales? ¿Puedo mirar?

–Son fotos antiguas. Las actuales están informatizadas. Pero no puedo dejarte verlas. Lo siento –Trace se encogió de hombros–. Hoy en día todo el mundo tiene derecho a preservar su intimidad. Incluso los delincuentes conocidos.

–Es lógico –Nikki pasó un dedo por el canto de uno de los libros–. Suelo revisar en la Web las páginas publicadas con los nombres y las fotos de los agresores sexuales. Algunos sólo aparecen debido a alguna indiscreción hecha pública.

–Déjame adivinar –Trace apoyó las manos en las caderas–. ¿Te parece injusto clasificar como agresor sexual a alguien por gastar una broma estúpida como enseñarle el trasero a alguien que pasa en coche a su lado?

–No –respondió Nikki, sorprendiéndolo, sin duda. Respiró profundamente y trató de no pensar más allá de la conversación que estaban manteniendo–. Es una frontera difícil de trazar, pero un comportamiento como ése podría ser precursor de actos futuros más agresivos. En lo referente a la seguridad de los niños, cualquier precaución es poca.

Nikki volvió instintivamente la mirada hacia Mickey. Dormía pacíficamente en su cochecito. La dulzura de la imagen que ofrecía ayudó a Nikki a alejar los fantasmas de sus recuerdos.

Cuando se volvió de nuevo hacia Trace vio que éste se había acercado a ella.

–Lo siento –dijo él con suavidad.

–¿Por?

–¿Has tenido que tratar con alguna víctima de abusos sexuales?

Nikki tragó con esfuerzo. Era evidente que no había logrado ocultar sus sentimientos como esperaba. Asintió lentamente.

–Fue lo más duro que he tenido que soportar en mi vida. La impotencia que sentí fue abrumadora.

–Nikki… –Trace la tomó por la barbilla y apartó con el pulgar una solitaria lágrima de su mejilla–. Seguro que serviste de ayuda.

–Demasiado poco y demasiado tarde –por un momento, Nikki apoyó la cabeza en el hombro de Trace y absorbió su fuerza y su calidez–. Era tan pequeña, tan buena… ¿cómo es posible que alguien quisiera hacerle daño?

Trace la abrazó con fuerza.

–No se le puede buscar ningún tipo de lógica a esa clase de casos –murmuró–. Se ayuda lo que se puede y se convive con lo que no se puede cambiar.

Nikki movió la cabeza. –Nunca había experimentado tanto odio. No puedo pensar en ello sin ponerme furiosa.

Trace le hizo alzar el rostro y Nikki miró sus intensos ojos verdes, tan cercanos que casi pudo ver las cicatrices de su alma, y supo que él lo sabía.

–Tienes que centrarte en el bien que hiciste. No puedes permitir que el odio triunfe, o la pequeña de la que has hablado no sería la única víctima.

–Eso fue lo que dijo el orientador, y casi todo el tiempo lo logro. Comprobar la información en la red me da la sensación de estar haciendo algo práctico. Ocuparse de niños pequeños es una responsabilidad terrible, y quiero poder protegerlos cuando están bajo mi cuidado. Si puedo reconocer a un abusador antes de que perjudique a un niño, merece la pena el esfuerzo.

–Creo que eres brillante. Y ahora, ¿qué puedo hacer para que recuperes la sonrisa? –Trace se apartó, pero mantuvo una mano apoyada en la espalda de Nikki–. ¿Quieres ver cómo funcionan mis esposas?

–No –murmuró Nikki mientras tomaba el pañuelo que le ofreció Trace. Mientras se secaba el rostro se dio cuenta de hasta qué punto se había dejado llevar por la emoción. Qué bochorno. Trace debía querer estar en cualquier sitio menos allí. Pero cuando lo miró comprobó que no parecía en lo más mínimo aterrorizado.

–Nikki –dijo. Su nombre. Nada más. Pero lo hizo con una suavidad, con una intimidad, que rompió la barrera que su persistente formalidad solía alzar entre ellos.

Incluso mientras su mente le advertía que no era buena idea, Trace volvió a acercarse a ella, inclinó la cabeza y reclamó su boca. Nikki se abrió a él y Trace profundizó el beso a la vez que pasaba un brazo por su cintura y la atraía hacia sí. Nikki sintió que su fuerza y seguridad creaban una mezcla embriagadora mientras se derretía entre sus brazos.

Ignorando las advertencias que sonaron en su cabeza, se rindió a la pasión y buscó con su lengua la de Trace en una deslizante danza de deseo.

Era tan maravilloso ser abrazado, poder apoyarse aunque sólo

fuera un momento en alguien fuerte y generoso…

Aquel pensamiento le hizo apartarse, le hizo reconocer por encima de su pasión la falacia de aquella circunstancia. No tenía derecho a apoyarse en Trace. Aquél era un momento fuera del tiempo para ella. Para él.

Estaba segura de que Trace se sentiría tan consternado como ella en cuanto recuperaran el control. Dio un paso atrás y carraspeó mientras buscaba algo que decir.

Lo cierto era que Trace había sido maravilloso con ella. La había ayudado hablar con alguien que sabía de qué estaba hablando. Pero ya era hora de dejarlo.

–Creo que no estoy lista para las esposas –dijo con voz ligeramente ronca, pero puedes dejarme disparar tu pistola.

Los ojos verdes de Trace parecieron brillar con más intensidad. Le llevó un momento recuperar la calma y regular su respiración. Parpadeó y apoyó las manos en el cinturón de su pistola.

–¿Quieres disparar mi pistola?

–Sí, por favor.

Trace miró a Mickey, que seguía dormido en su sillita, y luego a Nikki. –Éste no es el momento ni el lugar para hacer prácticas de tiro.

–Tal vez podríamos ir algún día al campo de tiro.

–Las pistolas no son juguetes.

–Ya lo sé. Mi padre era un mando de la marina. Me enseñó a disparar. Solíamos ir al campo de tiro juntos.

–¿En serio? –claramente sorprendido, Trace miró a Nikki con un renovado interés–. En ese caso, tenemos una cita.

–¿Te ha pedido una cita? –susurró Amanda, asombrada–. Sabía que tener un jefe tan atractivo te iba a traer problemas. ¿Y tú qué le has dicho? ¿No vas a contarme los detalles?

–En realidad no me lo ha preguntado. Y no hemos hecho planes definitivos. Afortunadamente. Ya te dije que la agencia prohíbe las relaciones románticas entre las niñeras y sus clientes. No quiero perder el trabajo cuando te queda menos de un mes para dar a luz.

Amanda movió la cabeza mientras se apoyaba contra el respaldo de la silla metálica que ocupaba. Estaban sentadas en la sala Sampson, esperando a que comenzara la reunión de la comunidad. Mickey seguía dormido en el cochecito. Tras su visita a Trace, Nikki había ido a dar un paseo al parque para tranquilizarse.

El beso que habían compartido, y la mención de Trace de una cita, habían hecho que su corazón enloqueciera. Llevaba varias semanas haciendo esfuerzos por comportarse profesionalmente, por impedir que la fuerza y la vulnerabilidad de Trace la afectaran.

Pero no pensaba contarle a su hermana lo del beso. Necesitaba que la ayudara a resistir, no a perseguir al enemigo. Mickey ya le había robado el corazón; no podía permitirse entregárselo a Trace. Aquel camino sólo la llevaría al sufrimiento.

–Mi marido ha vuelto a irse después de haber estado fuera cinco meses, y yo estoy más gorda que un elefante –Amanda suspiró y se palmeó la barriga con una mezcla de amor y resignación–. Por lo menos podías contarme lo que ha pasado para entretenerme un poco.

Nikki frunció el ceño.

–No vas a entretenerte a mi costa. Lo cierto es que ni siquiera deberías estar aquí.

–No quería perderme la reunión, y además estoy sentada. Vamos, dame algunos detalles. Necesito algo con que distraerme. No puedo creer cuánto deseo que todo acabe a la vez que me aterroriza que llegue el momento del parto.

Nikki estrechó la mano de su hermana.

–Seguro que lo harás de maravilla.

–Lo haría mejor si Dan estuviera aquí.

Nikki se ablandó al escuchar el tono lloroso de su hermana. Amanda necesitaba algo con que distraerse y ella necesitaba hablar. –De acuerdo, la verdad es que he sido yo la que le ha pedido salir.

–¿Qué? –exclamó Amanda, haciendo que Mickey se sobresaltara en su sueño–. ¿Y las normas de la agencia? Creía que estabas decidida a mantener las distancias.

Nikki acarició el estómago de Mickey hasta que volvió a quedarse dormido.

–Lo estaba. Lo estoy. Pero parece que mantener mi objetividad está resultando más difícil de lo que había anticipado.

–No me extraña. Tu jefe está como un tren.

–También es inteligente, valiente, responsable y cariñoso, aunque se esfuerza mucho por ocultar esto último.

Amanda miró a su hermana con expresión preocupada.

–Te estás enamorando de él. ¡Oh, Nikki! Tienes que parar.

–No seas ridícula.

–Os conozco a ti y a tu blando corazón. El niño y su padre te están afectando demasiado. ¿Por qué si no ibas a pedirle a Trace que saliera contigo?

Nikki trató de quitar importancia al asunto con un ademán.

–No ha sido así. Estábamos en medio de un momento… especial. Sólo quería distraerlo.

–¿Pidiéndole una cita? ¿Te has vuelto loca? –Amanda se movió en la incómoda silla–. ¿Qué pasó en ese momento «especial»?

Nikki habló del complejo tema de conversación que había surgido mientras Trace le enseñaba la comisaría, aunque pasó por alto la parte del beso.

–Se estaba esforzando tanto por hacerme sentir mejor… Yo sólo quería cambiar de tema.

–¿Y por eso le pediste que saliera contigo?

–Le dije que quería disparar su pistola.

Amanda miró a Nikki mientras movía lentamente la cabeza con gesto incrédulo.

–Dime que estás bromeando.

Fue el turno de Nikki de negar con la cabeza.

–¡Ha podido interpretarlo de muchas maneras! –exclamó Amanda.

–No ha sido así –dijo Nikki, pero sabía que había sido exactamente así–. No va a surgir nada de esto, de manera que no hay motivo para andar dando vueltas al asunto.

–Pensaba que me necesitabas precisamente para hablar del asunto y convencerte de no hacer locuras.

–Digamos que ya me has convencido –dijo Nikki mientras se levantaba–. Voy por algo de comer. Tú quédate aquí y vigila a Mickey.

–Mickey quiere pastel de chocolate –dijo Amanda, esperanzada, mientras su hermana se alejaba.

–Lo siento, pero su médico ha dicho que hay que controlarle el peso.

Mientras Amanda se quedaba murmurando algo sobre la maldad de los médicos, Nikki se encaminó hacia la mesa en que estaba el bufé.

Había un pequeño grupo de mujeres reunidas en un extremo.

–Yo lo haría, pero he prometido a varios vecinos que abordaría el tema de las tierras –dijo una mujer delgada y rubia.

–Yo tengo que tomar notas para mi vecina porque trabaja hasta

tarde –añadió una pelirroja–. Voy a ocuparme de su hijo y del mío. Esperaba dejar a los dos a cargo de Cindy.

–Debería habernos avisado antes de que no podía venir –la dueña del restaurante más popular del pueblo apoyó ambas manos en las caderas y miró a su alrededor–. Todas queremos información sobre la donación Anderson. Sé que los hombres querrán la tierra para otro circuito deportivo, cuando sería la ocasión ideal para traer algo de cultura a Paradise Pines. ¿Y tú sobrina, Sarah? ¿No puede venir a ocuparse de los niños? –preguntó la rubia.

La pelirroja negó con la cabeza.

–Este año está trabajando en el teatro, en El Cajón.

Nikki se acercó al grupo.

–Tal vez yo pueda ayudar. No me importa cuidar a los niños durante la reunión.

Las tres mujeres le dedicaron una esperanzada mirada.

Trace estaba en una esquina, observando a la multitud mientras hablaba con un par de hombres de negocios locales. La conversación se interrumpió cuando Nikki apareció a su lado.

–Caballeros –Nikki dedicó a los hombres una sonrisa mientras entregaba a Trace una plato con comida y un vaso de ponche–. Adelante –dijo mientras giraba sobre sus talones y volvía al bufé.

Cuando Trace volvió a mirar a los hombres con que estaba hablando, vio que éstos seguían atentamente con la mirada las curvas blancas y negras de Nikki.

–¿Por qué recibes ese trato especial? –preguntó Cord Sullivan, alcalde y dueño de la guardería local.

Trace dedicó una severa mirada a su amigo.

–De manera que ésa es la niñera, ¿no? Muy agradable –añadió Parker, el peluquero local, un hombre basto y vocinglero por naturaleza que siguió contemplando el curvilíneo trasero de Nikki.

–Aparta tu vista de ahí, Parker –dijo Trace con cara de pocos amigos–. Es mi empleada.

–Qué bien te lo montas.

Trace se inclinó hacia Parker.

–¿Qué has dicho?

Parker parpadeó y dio un paso atrás.

–Sólo estoy diciendo que está muy bien –volvió a mirar a Nikki–. Si no estás interesado, puede que la llame yo.

«Por encima de mi cadáver», pensó Trace. Como si Nikki fuera

a molestarse en dedicar más de una mirada al peluquero.

–No te molestes –dijo con dureza.

Parker asintió y guiñó un ojo.

–De acuerdo. Mensaje recibido.

Trace movió la cabeza, pero no corrigió al peluquero. Mejor si pensaba que Nikki y él se traían algo entre manos. Así la dejaría en paz.

No es que estuviera celoso.

No tenía derecho a estarlo.

«Tenemos una cita». Las palabras resonaron en su mente y se preguntó una vez más en qué estaba pensando cuando las había pronunciado.

Y aquel asombroso beso…

Lo sucedido evidenciaba que no había estado pensando con el cerebro. No recordaba la última vez que su cuerpo había prevalecido sobre su mente. Lo más probable era que la soledad y la falta de sexo hubieran acabado por afectarlo.

Nikki había absorbido por completo sus pensamientos durante la breve reunión que había tenido con los miembros del Ayuntamiento. Afortunadamente ya estaba al tanto de lo que iba a anunciar el alcalde, o de lo contrario habría acudido a la reunión con los vecinos sin saber de qué iban a hablar.

No podía salir con su niñera. Sería una locura salir con Nikki Rhodes. Él nunca podría llegar a alcanzar sus niveles emocionales.

Sólo tenía que recordar la última vez que permitió que sus sentimientos de soledad guiaran sus actos. Había acabado con un matrimonio forzado, un hijo al que apenas conocía… y una tentadora niñera en su garaje.

Debía permanecer con los pies en la tierra y no dedicarse a admirar la fortaleza y energía ocultas bajo los frívolos volantes y encajes de Nikki. Además, eran totalmente incompatibles. A ella le gustaba hablar y a él le gustaba el silencio. A ella no le gustaba el control y a él le gustaba estar a cargo. A ella le encantaban los niños y él apenas era capaz de relacionarse con su hijo.

Lo cierto era que no tenía nada en común con la afectuosa y entregada señorita Rhodes.

Si Donna hubiera vivido, estaba convencido de que habrían acabado contribuyendo al aumento del número de divorcios. Como su padre y su madre.

Mejor olvidar por completo que había mencionado una cita.

Además, lo más probable era que Nikki ya no siguiera allí para aceptar una invitación. Si surgía un puesto de maestra, no dudaría en aceptarlo, y Mickey y él tendrían que dedicarse a recoger los trozos de sus vidas sin ella.

No… un momento. Aquello era lo que había hecho su madre.

Obviamente estaba metido en un buen lío. No era buena señal que estuviera comparando a su niñera con su madre.

# CAPÍTULO 8

–YA ESTAMOS en casa, pequeño –dijo Nikki mientras entraba en casa con el cochecito.

Como de costumbre, se acercó al sofá a dejar la bolsa de los pañales… y se detuvo justo a tiempo para no dejarla caer sobre Trace. Estaba tumbado de espaldas, profundamente dormido.

–Oh –susurró–. Papi está dormido. No era nada habitual que Trace estuviera en casa a mediodía.

Aún con el uniforme, incluido el cinto de la pistola, daba la impresión de que se había sentado al llegar y se había quedado fundido.

–¿Papi? ¿Papi? –dijo Mickey.

–Shh… papi está durmiendo.

No queriendo despertar a Trace, Nikki llevó a Mickey a la cocina y lo sentó en su silla alta con unas uvas para que se entretuviera. Miró su reloj. Habían estado dos horas fuera. ¿Cuánto tiempo llevaría Trace allí? ¿Y cuánto podría quedarse?

Tras asegurarse de que Mickey estaba bien, tomó el teléfono y llamó a la comisaría. Cuando Lydia contestó, le explicó la situación.

–Sólo quería asegurarme de que no tiene ninguna cita o algo por lo que haya que despertarlo.

–Tiene una reunión, pero puedo llamar y retrasarla a mañana. Déjale dormir. Ha pasado un par de noches duras.

–Sí, ayer eran más de las once cuando tuvo que traerme a Mickey. Me quedé con él el resto de la noche, así que no sé a qué hora volvió Trace a casa.

–Tuvo que atender un problema de violencia de género. Acompañó a la mujer y a los hijos al hospital y luego a acomodarlos en un refugio. El marido irá a la cárcel si la mujer presenta cargos.

–Tiene un trabajo duro –dijo Nikki. Admiraba a Trace por su fuerza y valor. No tenía un trabajo fácil, pero sí necesario, y lo llevaba a cabo con calma y eficiencia.

–Desde luego –replicó Lydia–. Dile que se olvide de venir a no ser que lo llame. Los demás agentes se ocuparán de cubrir su turno.

Trace se merece un descanso.

–Se lo diré –contestó Nikki–. Pero no puedo prometer nada.

Lydia rió.

–Te comprendo. El sheriff puede ser realmente testarudo.

–El deber es su vida.

–Pero la vida no tiene por qué ser todo deber –tras aquella críptica frase, Lydia colgó.

¿Había pretendido decir que el deber no tenía por qué ser siempre una pesada carga? ¿Que el aspecto más ligero de la responsabilidad eran el compañerismo y el cariño?

Nikki estaba segura de que Trace no lo veía así. Ahora que padre e hijo habían llegado a conocerse y que ya no huían el uno del otro cada vez que se veían, había llegado el momento de que empezaran a disfrutar de su mutua compañía.

Tras acostar a Mickey en su cuna para su siesta matutina, fue a poner la lavadora. Mientras ésta lavaba y giraba, ella tramó un plan.

Una barbacoa podía ser el plan ideal. Los chicos podían ocuparse de preparar la carne mientras ella preparaba la ensalada. Canturreando, fue a la cocina y sacó dos chuletas del congelador.

Algo suave y húmedo aterrizó en la mejilla de Trace y luego se deslizó hacia la comisura de sus labios. Abrió un ojo y vio a Mickey en su andador, junto al sofá.

–Hola, amigo –Trace bostezó. El niño estaba muy guapo, pero sus rizos habían crecido demasiado. Tomó nota mental para decir a Nikki que tenía que llevarlo a la peluquería.

Mickey le dedicó su sonrisa de cuatro dientes y volvió a palmearle la mejilla.

–¿Papi dormir?

Trace se estiró y miró por la ventana. ¿Tanto había dormido? El sol aún brillaba, pero las sombras indicaban que era más tarde de lo que creía.

–Sólo era una siesta –se irguió y se frotó el rostro con las manos–. Ahora papá tiene que volver al trabajo.

–No, no –Mickey dio unos saltos en su andador, permaneció un momento de pie y luego volvió a saltar–. No, no.

–Buen chico. Es bueno que trabajes tus músculos –lo animó Trace.

Cuando miró su reloj, masculló una maldición.

–Vaya. He perdido mi cita con el director.

–No, Lydia la ha retrasado a mañana –dijo Nikki tras él.

Trace se volvió hacia ella con el ceño fruncido. Estaba junto a la mesa de la cocina, doblando ropa. Tomó una de las camisetas de Trace, la dobló cuidadosamente y la dejó sobre una toalla limpia que había puesto sobre la mesa.

–¿Cómo lo sabes?

–Cuando hemos vuelto estabas dormido como un tronco. No quería despertarte a menos que tuvieras alguna cita importante, así que he llamado a Lydia. Ha dicho que la cosa estaba tranquila y que no te molestaras en ir a menos que te llamara. Iba a ocuparse de que algunos de los agentes se ocuparan de tu turno.

–Esa mujer cree que dirige la comisaría. Los horarios intempestivos van incluidos en mi trabajo.

–Lydia te ha reorganizado la agenda –Nikki miró a Trace con un gesto de complicidad–. Lo que sucede es que temes que tus compañeros piensen que eres débil por haber venido a casa a echar una siesta.

–No he venido a echar una siesta. Anoche traje un archivo a casa para repasarlo antes de mi reunión de hoy y esta mañana lo he olvidado aquí.

–Entonces has vuelto, te has sentado un momento y te has quedado dormido. Eso significa que estabas realmente agotado.

Trace tomó un par de bloques de plástico del suelo y los colocó en la bandeja del andador de Mickey. El niño tomó uno en cada mano y comenzó a golpear uno con otro.

Cuando Nikki tenía razón, la tenía. Decidiendo abandonar una discusión que no podía ganar, Trace abordó otro asunto.

–Te dije que no te molestaras en hacer mi colada.

–No estoy haciendo tu colada. Estoy haciendo la de Mickey –replicó Nikki mientras tomaba otra camiseta extra grande de Trace, la doblaba y la dejaba sobre las otras.

–O ésas son mis camisas, o estás saliendo con un hombre llamado Mickey.

Nikki sonrió.

–Son tus camisas. Pero sólo las he metido en la lavadora porque necesitaba llenarla un poco más. No querrás que me dedique a gastar tontamente nuestros recursos naturales, ¿no?

–Siempre tienes una respuesta para todo, ¿verdad?

Trace se puso en pie y pasó una mano por el pelo de Mickey,

que en aquellos momentos trataba de comerse los bloques.

–Soy maestra. Se supone que tengo las respuestas.

Trace ocultó una risa con una tos. No convenía alentar a aquella mujer que no dejaba de retar su autoridad a cada instante. Pero le hacía reír.

–¿Y las toallas? –dijo a la vez que señalaba el montón que había junto a las camisetas.

Nikki se encogió de hombros.

–Me encanta el olor de las toallas recién sacadas de la secadora. Es un pequeño placer. Pensé que no te importaría.

–Mentirosa.

–¿Yo? –preguntó Nikki con expresión inocente–. No mentiría sobre algo así.

–Me está mimando demasiado, señorita Rhodes –Trace tuvo que contenerse para no alargar una mano y apartar un rizo de la frente de Nikki–. Y me gusta demasiado.

Los ojos de Nikki parecieron destellar.

–Creía que ya habíamos superado la fase de «señorita Rhodes». –Tal vez sería prudente volver a ella. –Me temo que ya es tarde para eso. –¿Lo dices por el beso? –preguntó Trace. Por supuesto que era por el beso. Aún podía saborearla, sentirla entre sus brazos…

–Sí –Nikki lo miró a los ojos y luego miró un momento a Mickey–. ¿Quieres hablar de ello? –preguntó, sorprendiendo a Trace.

–Desde luego que no. De hecho me estoy esforzando por olvidar lo que pasó. Nikki le dedicó una tímida mirada tras sus oscuras pestañas.

–¿Y te funciona?

–No. Pero es prudente intentarlo.

–Hmm. Pensaba que creías en abordar los temas de frente, cara a cara. –Pero no paro de aprender cosas nuevas de ti todo el rato, maestra. Trace sonrió y Nikki puso los ojos en blanco. Al ver que seguía doblando la ropa, Trace suspiró.

–¿Y tú? ¿Quieres hablar del beso?

Nikki arrugó el ceño mientras pensaba en la pregunta. Las miles de emociones que cruzaron sus ojos dorados reflejaron las de Trace: confusión, atracción, pesar…

–Sí –contestó finalmente. Pero se mordió el labio inferior sin añadir nada más, buscando las palabras adecuadas.

–No tienes por qué preocuparte –dijo Trace a la defensiva–. Prometo que no volverá a suceder.

Nikki asintió.

–No puede volver a suceder. Es algo más que un problema de ética profesional; está escrito en mi contrato. Además, tengo que permanecer cerca de Aman-da por si me necesita. No puedo arriesgarme a perder este trabajo.

–Por supuesto –Trace sintió que la tensión de sus hombros disminuía al comprender que Nikki no había encontrado su beso censurable. Era la situación lo que le preocupaba.

–También hay que pensar en Mickey, por supuesto –añadió Nikki con expresión preocupada–. Podría sentirse desconcertado por un cambio en nuestra relación. Está haciendo muchos progresos y no queremos hacer nada que pueda poner en peligro su desarrollo.

–Puede que tengas razón.

–Es prudente –Nikki repitió con una sonrisa la recomendación previa de Trace–. Hay algo más de lo que me gustaría hablar –añadió–: Si no vas a volver a trabajar, he pensado que podías asar unas chuletas para que las comamos fuera mientras charlamos.

–Debería volver –Trace miró su reloj y vio que sólo le quedaba una hora de jornada. Había trabajado muchas horas extra aquellos últimos días, de manera que no necesitaba justificarse. La perspectiva se sentarse a comer y charlar con Nikki resultaba muy tentadora… y tal vez precisamente por eso debería volver al trabajo.

–Voy a llamar a Lydia. Si todo va bien, me quedo a asar esas chuletas.

–Estupendo –Nikki sonrió, satisfecha, mientras se encaminaba a la habitación de Mickey–. Voy a guardar esta ropa antes de ponerme a preparar la ensalada.

Trace se sentó en el sofá para hacer su llamada. Miró a su hijo.
–Hagas lo que hagas, no nos dejes solos esta noche.

La atracción que sentía Nikki por el atractivo sheriff no hacía más que crecer a diario. Cuanto antes conectaran padre e hijo de manera que ella pudiera trasladarse, mejor. Para ellos. Y para ella.

Miró por la ventana mientras los chicos se ocupaban del asado. Trace se había puesto un polo azul claro que enfatizaba sus anchos hombros y unos pantalones cortos caqui que dejaban sus poderosas pantorrillas expuestas. Tenía un aspecto realmente atractivo.

Mientras manejaba la espátula, Trace instruía a su hijo sobre los aspectos principales de la ciencia de la barbacoa. Mickey escuchaba atentamente mientras mordisqueaba su galleta para la dentición.

Vinculación afectiva masculina. Justo lo que Nikki había planeado. Lo que no había planeado ni esperado era sentir tanta alegría por estar disfrutando de aquel momento familiar.

Para ser un hombre tan distante, que aseguraba carecer de capacidad para la emoción, Trace era asombrosamente perspicaz y considerado. Nikki intuía que el problema no era que no fuera capaz de reconocer sus sentimientos, sino que sentía las cosas con demasiada intensidad; si se permitiera sentir, no podría hacer el trabajo que hacía sin quedar destrozado.

Alzó la vista y sus miradas se cruzaron a través de la ventana. Él sonrió y el estómago de Nikki se llenó de mariposas. No era buena señal.

–Las chuletas están listas –anunció Trace.

Nikki agitó una mano, puso las patatas asadas y la ensalada en una bandeja y se reunió con los chicos fuera.

La brisa resultaba agradable bajo la sombrilla del jardín. –Has tenido una buena idea –dijo Trace mientras dejaba la bandeja con las chuletas en la mesa..

Charlaron despreocupadamente mientras comían. Nikki averiguó que compartían el gusto por la películas de acción y las biografías, pero no por la música y la comida china. El creciente sentido del humor de Trace encantó a Nikki.

Hablaron un poco sobre el anuncio hecho en la reunión de la comunidad. Nikki se había estado ocupando de los niños, pero su hermana le había puesto al tanto sobre el legado Anderson, las propiedades y terrenos cedidos para el desarrollo de Paradise Pines.

–¿Es cierto que los hombres ya tienen planes para que se construya un nuevo complejo deportivo?

–No es más agresivo que el plan de las mujeres de contratar a un arquitecto para hacer un museo.

–Vamos, Trace. La relevancia cultural de un museo no es comparable con la de un parque deportivo.

–Los niños quieren ir al parque, pero hay que obligarlos a ir a un museo.

–Eso no significa que la necesidad de cultura sea menos importante en su desarrollo.

–Veo que te pones del lado de las mujeres –dijo Trace en tono irónico.

Nikki arqueó una ceja.

–Soy una mujer y me gano la vida ayudando a madurar la mente de los niños. No puedo creer que no seas capaz de valorar la importancia de incluir otros aspectos culturales, al margen del deportivo, en su desarrollo.

–Las estadísticas muestran que los niños que practican algún deporte son más aptos socialmente y muestran menos tendencia a caer en el alcohol, las drogas y la delincuencia. Sí soy capaz de valorar eso.

–Sí, pero ya tenemos un parque deportivo y no tenemos un museo –viendo que Trace estaba a punto de replicar, Nikki decidió cortar–. Da igual. Tenemos que trabajar juntos. Es mejor aceptar cuanto antes que tenemos puntos de vista distintos sobre ese asunto.

–Buena idea. Es una lástima que no haga lo mismo todo el pueblo. Me temo que el asunto podría ponerse bastante feo.

–Tendrás que mantener la paz –Nikki sonrió–. Para eso te pagan tus buenos billetes.

–Ja, ja. Los billetes vienen del seguro de vida de mi padre. Y heredé el fondo de fideicomiso que mi mujer recibió de su abuela materna. Yo no quería nada de eso

¡Guau! Aquel arranque emocional fue tan atípico de Trace que Nikki se quedó momentáneamente desconcertada.

–Pero supongo que te ayudó a trasladarte y Paradise Pines y a comprar esta casa.

–Puedo permitirme ofrecer un hogar a mi hijo –dijo Trace con expresión seria.

Nikki reconoció que no había hecho el comentario más adecuado.

–No me refería a eso. Sólo estoy diciendo que el dinero no puede sustituir a las personas que hemos perdido, pero sí nos ayuda a adaptarnos a la vida sin ellas. Mi madre insistió en que tanto mi padre como ella tuvieran seguros de vida. Sin éstos, ni mi hermana ni yo habríamos podido acabar los estudios.

–Eso es distinto.

–¿Por qué? ¿Por qué éramos chicas solas en el mundo en lugar de hombretones como tú? –Nikki alzó un dedo admonitorio–. Ese comentario no sólo es machista, sino irrespetuoso con los muertos.

Quienes van a morir se relajan si saben que aquéllos a los que quieren van a estar bien cuando ellos se vayan. Estoy segura de que ya habrás pensado algo para Mickey.

Trace apartó la mirada. –Ya he puesto a su nombre el fondo de fideicomiso de su madre. –¿Lo ves? Seguro que a ella le habría gustado ese gesto.

–Sí –Mickey dejó caer su taza de plástico y Trace se agachó a recogerla. Cuando volvió a sentarse su tensión era evidente–. ¿Cómo es posible que puedas leerme tan bien?

–Simplemente escucho –replicó Nikki en tono desenfadado–. Mi madre siempre dijo que era un don. Tengo talento para escuchar a la gente. Ella pensaba que eso me ayudaría a ser una buena profesora. Y no resulta especialmente difícil leerte a ti –sin poder contener su franqueza, añadió–: Eres un hombre honorable, que pone el deber por encima de todo lo demás.

Trace asintió secamente, como manifestando su acuerdo.

Nikki sabía que debía parar, pero algo la empujó a seguir. Quería saber más sobre él, y aquella situación ofrecía muchas posibilidades.

–¿Quieres saber qué más veo? Por lo poco que has dicho, tengo la sensación de que tu matrimonio había empezado a fallar. Pero no soportas pensar que no fuiste capaz de proteger a tu esposa, de mantenerla a salvo de los peligros del mundo que se llevó su vida. No fue idea tuya tener un hijo, pero Mickey es tu hijo, de manera que harás lo correcto y lo protegerás por encima de todo.

–Ya puedes dejarlo –Trace se puso en pie de forma casi explosiva y empezó a caminar de un lado a otro–. ¿Cómo puedes saber todo eso? –preguntó en tono gélido–. ¿Has estado husmeando en mis cosas?

–No. Claro que no –ofendida, Nikki se cruzó de brazos–. Sabes que nunca se me ocurriría invadir tu intimidad de ese modo.

–Lo que sé es que estás hablando de cosas que no son asunto tuyo –Trace se pasó una mano por la parte trasera del cuello–. Nunca he hablado de la madre de Mickey. ¿Cómo puedes haberme escuchado decir algo sobre ella?

Nikki se frotó los brazos. No esperaba aquella virulenta reacción de Trace.

–Tienes razón. Creo que será mejor que lo dejemos –miró a Mickey para comprobar cómo estaba reaccionando ante la repentina tensión. Afortunadamente, se había quedado dormido–.

Creo que debería llevar dentro a Mickey.

–No –Trace volvió a ocupar su silla y apoyó ambos codos en la mesa –. Responde a mi pregunta.

Aquello había llegado demasiado lejos. Se notaba que estaba disgustado. Nikki había pretendido averiguar algo más sobre él, tal vez provocarlo un poco, pero no hasta ese punto.

–Lo siento, Trace.

–No quiero una disculpa. Quiero una respuesta.

–Creo que deberíamos dejarlo.

–Nikki…

–De acuerdo. No es lo que dices, sino lo que no dices. Nunca hablas de tu esposa excepto en relación con Mickey, y siempre te refieres a ella como la madre de Mickey, o a veces utilizas su nombre.

–Soy un hombre celoso de su intimidad. No hablo sobre mí mismo. Eso no significa nada.

–No, pero, habitualmente, quienes han perdido un ser querido suelen hablar sobre él. Es una manera de mantenerlos con nosotros aunque se hayan ido. Pero no pasa nada –añadió con suavidad–. No tienes por qué simular sentimientos que no tienes.

Trace se apoyó contra el respaldo de su silla y se cruzó de brazos.

–No me digas lo que debo sentir.

–Y tú no me hables en ese tono porque no te guste lo que estás escuchando. Tengo razón, ¿verdad? O casi. De lo contrario te estarías riendo de mis comentarios.

–Creo que va siendo hora de que te retires.

–Dices que no te van las emociones. Te equivocas. Hierves de emociones. Simplemente no te quieres enfrentar a ellas, de manera que las entierras en lo más profundo. No amabas a tu esposa; tampoco es para tanto. Suele suceder. Te sientes culpable de su muerte, pero no fue culpa tuya. Supéralo.

–Buenas noches, señorita Rhodes.

Nikki se levantó con la barbilla alzada y se puso a recoger los platos para llevarlos dentro.

–Enseguida vengo por Mickey.

–Deja los platos y olvídate de él. Simplemente vete.

De acuerdo. Se iría. Pero no antes de luchar un poco más por Mickey.

–Las emociones no son algo que se te da bien o mal. Son algo

que simplemente se sienten. Lo que supone una diferencia es cómo reaccionas ante esos sentimientos. Si no logras encontrar la forma de abrir tu corazón a tu maravilloso hijo, será él quien acabe sufriendo.

Trace no dijo nada, pero la gélida expresión de su mirada dio paso a otra de ardiente calor esmeralda. Bien, que se quedara rumiando sobre aquello.

Haciendo un esfuerzo por contener las lágrimas, Nikki entró en la cocina y se encaminó rápidamente hacia sus habitaciones. Pero se detuvo a medio camino y decidió irse a casa de su hermana. Que Trace se buscara la vida si la necesitaba en plena noche. Pero al menos debía decírselo.

Cuando volvió al jardín lo encontró exactamente donde lo había dejado.

–Voy a pasar la noche en casa de mi hermana. Puedes localizarme allí si me necesitas.

Trace no se movió. Ni siquiera la miró.

–No te necesitaré.

Nikki no supo por qué, pero aquellas palabras le dolieron en lo más hondo.

–Claro que no. Tú no necesitas a nadie.

A continuación giró sobre sus talones y se fue.

# CAPÍTULO 9

TRACE detuvo el coche ante la entrada de su casa y luego tomó la bolsa llena de sándwiches, fruta y ensalada que estaba a su lado. Se sentía un poco tonto planeando aquella salida sorpresa, pero ya que había pasado a la fase de ejecución, lo mejor era entrar en acción. Repasó mentalmente su agenda.

Recoger la comida: hecho.

Llenar la nevera portátil de hielo y zumos: hecho

Llevar un manta en la que sentarse: hecho.

Convencer a Nikki de que los acompañara a Mickey y a él al parque: pendiente.

Disculparse por haber sido un cretino: dos días de retraso.

A lo largo de aquellos dos días Nikki apenas le había hablado. Llegaba cuando él había terminado de dar el desayuno a Mickey y se iba en cuanto él llegaba a casa por la tarde.

La echaba de menos.

Echaba de menos su parloteo matutino, su sonrisa cuando le daba los buenos días. Echaba de menos su forma de escucharlo cuando le contaba cómo había ido el día y cómo se iluminaban sus ojos cuando se reían de las locuras que hacía la gente.

No se había dado cuenta de la facilidad con que se había colado bajo su guardia hasta que había dejado de tenerla cerca. Quería recuperar a su amiga.

Le debía una disculpa. Dos de las cosas que más admiraba de ella eran su franqueza y su perspicacia. Había sido totalmente irracional por su parte enfadarse con ella por el hecho de que hubiera empleado aquella cualidades con él.

Nikki tenía razón, y la precisión de sus análisis había hecho que él se pusiera a la defensiva. Se había sentido expuesto y había experimentado unas emociones que apenas podía identificar. Culpabilidad, miedo, inadaptación, enfado y otras, hasta que su orgullo había estallado, echándola de su lado.

El tiempo lo había ayudado a ver la discusión con más claridad, a comprender que Nikki sólo trataba de ayudarlo.

Utilizó su llave para entrar. En el interior reinaba una gran quietud, pero también había un delicioso aroma a chocolate y

vainilla, como si Nikki hubiera cocinado. Aquello alentó las esperanzas de Trace. Si Nikki estaba de humor para cocinar, tal vez tendría más oportunidades. Dejó la bolsa en la mesa y fue en busca de su fam…

Interrumpió aquel pensamiento en seco. Nikki no era de su familia. Quería volver a besarla, a acariciarla, a abrazarla, pero no podía ser. Aquello no podía volver a suceder. A Mickey le gustaba y él la necesitaba demasiado para su hijo como para arriesgarse a liar las cosas por ponerse tierno con ella. Lo único que tenía que hacer era disculparse.

Lo mejor era que siguieran siendo amigos.

Y si llegaba a controlar su libido tal vez lograría que aquello funcionara. Avanzaba por el pasillo cuando escuchó rumores procedentes de la habitación de Mickey.

Se asomó a la puerta. Nikki tenía a Mickey en el cambiador. Parecía que acababa de cambiarlo y estaba manteniendo una profunda conversación con él para convencerlo de que tuviera las manos quietas.

–Escucha, jovencito; el hecho de que tenga que inclinarme para cambiarte los pañales no significa que puedas tirarme del pelo –le dio una suave palmada en el estómago–. Mantén las manos quietas, amiguito.

Trace no culpó a su hijo por aprovechar la oportunidad para echar mano de aquel suave y lustroso pelo.

–Hola –saludó con suavidad.

Nikki se volvió a mirarlo por encima del hombro. Su expresión se animó un momento al verlo, pero enseguida recordó su enfado y volvió a ponerse seria.

–Hola –replicó, también con suavidad.

Otra buena señal. Uno sabía a qué atenerse con Nikki. Cuando estaba muy enfadada era todo frialdad y torvas miradas… después de haberte dicho lo cretino que estabas siendo.

Donna solía encerrarse en sí misma y enfurruñarse, y la mitad de las veces él ni siquiera solía saber por qué. ¿Era de extrañar que hubiera dejado de intentarlo?

–Papi, papi –Mickey agitó las piernas mientras trataba de sentarse y Nikki se esforzaba por terminar de cambiarlo.

Trace se acercó con la esperanza de que se tranquilizara.

–Quieto, pequeño pulpo –dijo Nikki mientras le ponía unos diminutos vaqueros azules–. Ya está –alzó las manos como si

acabara de lograr atar a un novillo.

Mickey giró hasta lograr sentarse y sonrió a Trace a la vez que alzaba los bracitos hacia él. Trace dudó sólo un momento antes de tomarlo en brazos. El niño le rodeó con los brazos por el cuello y apoyó la cabecita en su hombro. Trace le palmeó la espalda.

–¿Tiene sueño?

–No. Sólo se alegra de verte.

–Oh, bien –Trace siguió palmeando la espalda de niño–. ¿Tienes algún plan para esta tarde?

Nikki lo miró con cautela.

–Puedo ocuparme de Mickey si lo necesitas.

–Lo cierto es que nos gustaría que vinieras con nosotros al parque.

–¿Vas a llevar a Mickey al parque? –preguntó Nikki, entre sorprendida y esperanzada.

–Sí –Trace hizo un gesto con la cabeza hacia la cocina–. Ya tengo la comida y todo listo.

–Hmm –Nikki se quedó mirándolo, pensativa, y luego salió del cuarto. Él la siguió hasta el comedor, donde ella se detuvo a mirar el interior de la bolsa de picnic–. Sándwiches, manzanas, uvas y ensalada de pasta –se volvió hacia Trace y lo miró con expresión especulativa–. Un montón de cosas ricas para comer, pero falta el postre.

Fue hasta la encimera y tomó una fuente cubierta con papel de aluminio. Lo acercó a Trace y alzó un borde para enseñarle las galletas de chocolate que había dentro.

–¿Crees que esto servirá?

Trace tuvo que contenerse para no alargar las manos hacia ella. En lugar de ello, se inclinó a oler las galletas.

Se irguió con una sonrisa de oreja a oreja.

–Por supuesto que servirá.

***

Nikki cruzó las manos tras su cabeza y suspiró. Las cosas no podían mejorar mucho: una cálida tarde de verano, un buen lugar en la hierba, y la vista de padre e hijo dando de comer a los patos.

Trace entregó a Mickey una migas y el niño las lanzó al agua, donde cinco coloridos patos se abalanzaron sobre ellas. Mickey rió y aplaudió y el proceso volvió a repetirse.

Nikki había dispuesto la comida sobre el mantel rojo y blanco

que había llevado Trace.

–La comida está lista –dijo.

Trace asintió y un momento después padre e hijo se reunían con Nikki en torno a la comida. –Tiene un aspecto magnífico –dijo Trace. –Eres tú el que lo ha preparado. Yo me he limitado a sacarlo.

Trace dejó a Mickey entre ellos y le puso su babero.

–Vamos a darle unas uvas para empezar. Le daré de comer después de que hayamos comido nosotros –dijo Nikki.

–Buena idea –replicó Trace, que a continuación tomó gran bocado de un sándwich de pavo.

Nikki empezó por la ensalada de pasta y unos trozos de manzana y observó a Trace mientras comía. Le debía una disculpa, e iba a hacer falta algo más que unas galletas de chocolate para calmar su conciencia.

No sabía cómo se había torcido tanto la conversación la otra noche, pero sabía que había sido culpa suya. Su franqueza la llevaba a veces por mal camino. ¿Cuándo aprendería la virtud del tacto?

No podía entrometerse en la intimidad de Trace, en cómo superaba sus problemas, en el ritmo con que lo hacía.

–Lo siento.

La disculpa surgió con fuerza, tensa, sincera, pero no de los labios de Nikki, sino de los de Trace.

–Sólo tratabas de ayudarme y yo salté como una fiera. No debí hacerlo, y espero que me perdones.

–Sólo si tú me perdonas primero. No tenía derecho a…

–Para. No te disculpes nunca por haberte preocupado por otros. Al menos, no conmigo –la vehemencia de Trace sorprendió a Mickey, cuya barbilla empezó a temblar hasta que Nikki le sonrió y acarició su mejilla. Mickey le devolvió la sonrisa y tomó una uva.

–Estando en el ejército, y luego en la policía, he visto más situaciones de las que puedas imaginar que se habrían superado si alguien se hubiera preocupado un poco de antemano, si alguien se hubiera mostrado más cariñoso –Trace miró a Nikki a los ojos hasta que ella tuvo que parpadear debido a la intensidad de su mirada–. Desde el principio te he hablado de cosas de las que no hablo con nadie. Es porque en tus preciosos ojos se percibe el auténtico cariño con el que tratas a los demás.

Pensaba que sus ojos eran preciosos.

–No soy una rareza entre las demás personas, Trace. Hay mucha gente cariñosa que se preocupa por los demás.

–Eres más especial de lo que crees. Mira a Mickey –ambos volvieron la mirada hacia el niño, que se había hecho con una galleta aprovechando que ellos hablaban y que estaba cubierto de chocolate desde la barbilla hasta las cejas.

Nikki gimió.

–¡Te has puesto perdido! –se inclinó y besó a Mickey en la mejilla–. Pero sabes muy bien. A lo mejor te como entero –el niño rió y ella rió con él mientras sacaba una toallita húmeda de la bolsa–. Enseguida te limpio.

Trace tomó la toallita de su mano y se ocupó de limpiar la cara de su hijo.

–A eso me refería –dijo–. Hace un mes Mickey ni siquiera habría tocado la galleta, y ahora mira cómo se divierte. Antes parecía abatido y triste y ahora está feliz.

–Tú tienes que ver tanto como yo en su transformación.

–No creo.

–Pues deberías creerlo. Mickey sabe que está a salvo contigo. Tu firmeza y las rutinas que has establecido marcan las fronteras que necesita. Está floreciendo en el entorno que has creado para él.

–Ojalá pudiera creer eso.

–Puedes creerlo. Antes de que te des cuenta estará cuestionando esas fronteras, pero no importa. De hecho será una buena señal, porque significará que confía en ti.

Trace se apoyó sobre sus manos y estiró las piernas ante sí con expresión de duda.

–Sigo pensando que eres milagrosa. Mickey te adora. Yo soy totalmente secundario para él.

–Eso no es cierto. Además, Mickey no es el único que ha avanzado mucho en un mes. Tú también has dado pasos muy importantes –Nikki tocó con delicadeza una de las manos que Trace–. Mickey te quiere.

Una expresión de evidente anhelo alteró momentáneamente la expresión de Trace antes de que se cerrara a toda emoción. La falta de fe que demostraba en sí mismo rompió el corazón de Nikki.

–Te lo demostraré –dijo–. Voy a situar a Mickey en medio de la manta para ver a cuál de los dos elige.

Alzó a Mickey, lo sentó en un extremo de la manta ante ellos y rezó para que aquello funcionara. Estaba convencida de que el

pequeño quería a Trace, pero también la quería a ella. Lo cierto era que podía tomar cualquier dirección.

Se apartó de Trace de manera que cada uno quedó en una esquina de la manta.

–No me importa si se va contigo –dijo él.

Mickey permaneció en el extremo de la manta, feliz. Miró a Nikki. Ella le sonrió he hizo un sutil gesto con la cabeza en dirección a Trace. Mickey captó la señal y volvió la mirada hacia su padre.

Nikki contuvo el aliento, esperando que eligiera a Trace. Pero no fue así. El pequeño movió la cabeza atrás y adelante y luego empezó a hacer pucheros.

–Tranquilo, pequeño –dijo Nikki con suavidad.

–Hey, no trates de camelártelo desde la línea de banda.

Nikki puso los ojos en blanco.

–Por qué tendrás que ser tan «tío»…

La mirada que le dedicó Trace fue todo virilidad.

–Eso no lo olvides nunca.

Nikki pensó que había muy pocos probabilidades de que fuera a olvidarlo.

Mickey se puso de rodillas en aquel momento. Con un disimulado pero enfático gesto de la mano, Nikki lo instó a dirigirse hacia su padre.

Pero no lo hizo.

Y tampoco se encaminó hacia ella. Fue directamente hacia el centro, hacia las galletas de chocolate. –Oh, no, de eso nada –dijo Trace a la vez que tomaba al niño para ponerlo en pie.

Nikki rió.

–Vaya, vaya. De manera que ya es todo un diplomático. –Ése es mi chico. De pie ante Trace, Mickey empezó de inmediato con su nuevo juego favorito: saltar a la vez que daba gritos de alegría. –Está claro que ahora mismo eres su favorito –dijo Nikki. –Sí. Es una alegría verlo tan vital –Trace la miró por encima de la cabeza del niño–. Gracias.

–Somos un equipo, ¿no?

Trace se quedó muy quieto. Incluso Mickey dejó de moverse y miró a Nikki. –Me gusta cómo suena eso. Mickey alargó una mano hacia Nikki y ella alargó
la suya hacia él, pero antes de que conectaran el niño se apartó de Trace y dio un paso hacia ella.

–Mira, Trace –susurró Nikki en voz baja para no desconcentrarlo–. Está caminando –retiró la mano unos centímetros para animarlo a seguir. El niño dio un par de pasos más hasta caer en sus brazos–. ¡Oh, Trace! ¿Has visto eso? ¡Ha caminado! –emocionada, cubrió de besos el rostro del pequeño, que se agarró a su pelo riendo contagiosamente.

–¡Es genial! –Trace palmeó las manos, haciendo que Mickey riera y aplaudiera–. Veamos si vuelve a hacerlo.

–De acuerdo –Nikki sonrió a Trace y, al ver la orgullosa y maravillada expresión de su rostro, se quedó sin aliento. Hizo volverse a Mickey y lo puso de nuevo en pie.

–Ve con papi.

El pequeño no dudó. Alargó los brazos hacia su padre y recorrió tambaleándose la escasa distancia que los separaba. Al final estuvo a punto de caerse, pero Trace lo sujetó.

–Sospecho que no vamos a tardar en tener que andar corriendo tras él –dijo, orgulloso.

Nikki sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas. Aquélla era la primera vez que veía a Trace dando muestras de algo más que un desenfadado afecto físico por su hijo. Normalmente solía limitarse a palmear-le la espalda.

–Me alegra tanto que hayas asistido a sus primeros pasos –dijo, y apartó la mirada. Gimió en silencio, porque en aquel momento comprendió que, aunque Mickey no se hubiera caído, ella sí lo había hecho. Estaba enamorándose del padre de Mickey y probablemente nunca se recuperaría.

Resultaba irónico. Un espíritu libre colándose por un obseso del control. No podía decirse que fuera precisamente una pareja planeada en el cielo.

–Tienes razón –susurró–. La vida no volverá a ser igual a partir de ahora.

–Siéntate –dijo Trace al día siguiente. Dejó su plato de espaguetis en la mesa y se sentó–. Ahora puedes decirme lo que querías.

–Oh –repentinamente nerviosa por las noticias, Nikki decidió que tal vez sería mejor dejarlo para otro momento–. Acabas de llegar del trabajo y estás cansado. Podemos hablar mañana.

–Ya hemos retrasado varias veces esta conversación. Me has ablandado con uno de mis platos favoritos, espaguetis con

albóndigas. No podríamos encontrar mejor momento.

Nikki pensó que estaba metida en un buen lío si Trace empezaba a leerle la mente. Sonrió para darse ánimos y se lanzó de lleno al asunto.

–El día después de la reunión de la comunidad me enteré de que la actual profesora de preescolar dejaba su puesto. Me preguntaron si me interesaría el trabajo.

Trace pinchó una albóndiga, se la metió en la boca y la masticó sin dejar de mirar a Nikki. Finalmente la señaló con el tenedor.

–Tienes un trabajo.

–Sí. Cuando les expliqué que Mickey era mi prioridad me dijeron que no había ningún problema en que lo llevara conmigo a las clases.

–¿No te basta con un niño?

Nikki respiró aliviada al no encontrarse con una oposición cerrada. Trace no era un hombre machista, pero sí un obseso del control. Y un poco tradicionalista. Curiosamente, aquello le gustaba de él.

–Adoro a Mickey, ya lo sabes. Pero lo que me ofrecen no es un trabajo de canguro. Serían clases de preescolar en dos sesiones diarias, tres días a la semana. Lunes, miércoles y viernes de nueve a once y de una a tres, excepto los viernes, que sólo es de nueve a once.

–¿Sólo quince horas a la semana?

–No está mal, ¿verdad? Les advertí que estaba buscando un puesto de jornada completa y me dijeron que no había problema, que me aceptarían el tiempo que pudiera ofrecerles.

–Parece que estás deseando aceptar el trabajo.

–Así es –Nikki sonrió abiertamente. Parecía que Trace no iba a poner objeciones–. Estaban desesperados, de manera que acepté hacer la sesión de prueba. Hoy he dado el segundo turno. Hacerlo me ha recordado cuánto me gusta enseñar.

–¿Lo echas mucho de menos?

–En parte sí –admitió Nikki–. Estoy acostumbrada a niños un poco mayores, y éstos suponen un nuevo reto, pero desean tanto aprender… Absorben el conocimiento como esponjas.

–¿Entonces lo has pasado bien?

–Sí. Si no te importa, me gustaría aceptar el trabajo. Mickey podría estar conmigo y, como acaba de aprender a caminar, si se pone ansioso siempre puede ir a la guardería del centro a jugar con

otros bebés de su edad. Está en el mismo pasillo que mi clase.

Trace asintió.

–De acuerdo. Mientras Mickey obtenga la atención necesaria, no veo ningún problema para que aceptes el trabajo.

Nikki entró en la casa, acalorada tras haber hecho un viaje al pueblo para hacer unas compras. Su nevera no tenía congelador, de manera que había guardado unos helados en el de Trace.

–Toc, toc –dijo en voz alta para anunciar su presencia.

No hubo respuesta. Un olor intenso impregnaba el ambiente.

Nikki sabía que Trace y Mickey estaban en casa porque el coche estaba aparcado delante. Siguiendo un impulso, tomó dos helados del congelador y fue en busca de sus chicos.

Se detuvo al darse de cuenta de lo que acababa de pensar. Sus chicos. De momento, pero no a la larga. Los dos meses de plazo que se había dado estaban llegando a su fin. Trace ya no evitaba a su hijo. Y ella tenía que ir pensando en cómo evitarse un disgusto mayor.

Más le valía empezar a distanciarse de ellos. Era su día libre; no tenía un verdadero motivo para verlos.

El contagioso sonido de la risa de Mickey llegó por el pasillo, anulando su fuerza de voluntad. Siguió el sonido hasta su habitación.

Al entrar vio a Mickey en la cuna, arrojando juguetes al suelo.

–Si sigues tirando todo eso fuera no vas a tener con qué jugar –dijo Trace por encima de su hombro, atento a lo que estaba haciendo–. No pienso volver a recogerlos.

Lo que estaba haciendo Trace explicaba el olor. Olía a pintura. La variedad de colores primarios que había en la pared llamó la atención de Nikki.

Trace estaba pintando el cuarto de Mickey. Sobre un fondo azul claro había pintado a Mickey Mouse y sus amigos, todos vestidos con pantalones cortos y camisetas de deportes. Goofy tenía una pelota de baloncesto en las manos y el pato Donald una raqueta.

–¡Dios mío! –exclamó, maravillada por la calidad de los dibujos–. ¡Es fabuloso!

Trace se volvió al oírla y la miró de arriba abajo, recordándolo que sólo unos días atrás había estado entre sus brazos. A continuación parpadeó y dio un paso atrás para contemplar su obra.

–Parece que no va mal.

–¿Que no va mal? ¡Es genial! ¿Lo has pintado a mano? ¿Esta mañana?

–Sí. Garabateo mucho. Es una forma de pasar el rato durante las operaciones de vigilancia.

–Esto es más que garabatear. Esto es arte. Tienes mucho talento.

–Nunca había hecho nada tan grande. ¿Te gusta?

–Me encanta. Y a Mickey va a encantarle –Nikki entregó a Trace el segundo helado–. ¿Por qué has elegido a Disney?

Trace quitó el papel al helado.

–Primero pensé en algún tema deportivo, pero no quiero influir en Mickey siendo tan joven. Me ha parecido una buena elección.

–Es perfecta –Nikki arrojó el palo de su helado a la papelera–. Me encantaría ver tus dibujos alguna vez.

–Puede que en otra ocasión –contestó Trace con una sonrisa–. Ahora tengo que acabar esto.

¿Quién habría sospechado que Trace tuviera aquel talento oculto? Ello era prueba de una faceta sensible de su personalidad que Nikki había intuido desde el principio y que él se ocupaba de mantener bien oculta.

–El olor a pintura es muy intenso. ¿Crees que es seguro para el niño? –preguntó.

–Sí. He comprado una pintura segura para bebés y mujeres embarazadas.

–Bien –Nikki debería haberlo supuesto. Trace siempre cuidaba los detalles. Se agachó a recoger los juguetes de Mickey dispersos por el suelo–. Toma, cariño. ¿Puedo echar una mano? –preguntó a Trace.

–Es tu día libre. Deberías estar por ahí divirtiéndote.

–Eso será más tarde. Amanda va a preparar una barbacoa. Puedo concederos una hora. –No pienso rechazarla. ¿Sabes manejar un martillo? –Sí. Mi padre era aficionado al bricolaje y a mí me gustaba ayudarlo.

–Estupendo. Hay que colgar una estantería y un móvil. –Soy tu mujer. Trace dedicó una intensa mirada a Nikki al escuchar aquello, pero se limitó a señalar unas cajas apiladas en el cambiador.

–Gracias.

–Será divertido –Nikki fue al garaje por el martillo y unos

clavos y se puso a trabajar. Primero colgó el móvil bajo la atenta mirada de Mickey. –Ha quedado bien –reconoció Trace–. Tu padre te enseñó bien.

–Es cierto. Y a mí me encantaba ayudarlo.

–Por lo que me has contado, deduzco que en tu familia estabais bastante unidos.

–Sí. Cuando te trasladas muy a menudo de lugar necesitas contar con tu familia. Mi padre siempre encontraba tiempo para estar con nosotras. Era estupendo.

–Dijiste que tu madre controlaba a la familia. Supongo que cruzasteis espadas a menudo.

–No cuando yo era joven y estábamos viajando. Pero sí que era muy estricta. No nos permitía unirnos a equipos deportivos ni pasar la noche en casa de nuestras amigas. Amanda y yo aprendimos a confiar la una en la otra y llegamos a estar muy unidas. Mamá…– Nikki sintió que se le hacía un nudo en la garganta–. Ahora entiendo que estaba tratando de protegernos, de evitar que sufriéramos por haber hecho amigos en un lugar para luego tener que marcharnos y dejarlos atrás.

–A veces, las buenas intenciones tienen resultados desastrosos – dijo Trace, comprensivo.

–Sólo quería nuestro bien –el enfado y el sentimiento de pérdida y de culpabilidad hicieron que Nikki se volviera hacia Trace con más agresividad de la que habría querido–. No saques conclusiones sobre algo de lo que no sabes nada.

Trace se volvió lentamente, hasta que las orejas de Mickey enmarcaron su cabeza, pero fue la compasión de su mirada lo que hizo reaccionar a Nikki.

–Era una madre maravillosa. No hagas juicios sobre la mía sólo porque la tuya te abandonara. ¡Hizo lo que hizo porque nos quería!

–Nikki… –Trace dejó su paleta a un lado y acudió junto a Nikki. Apoyó una mano en su mejilla y frotó con el pulgar una solitaria lágrima–. Lo siento. Por supuesto que tu madre te quería.

–No, yo lo siento… lo siento tanto… No debería haber dicho eso sobre tu madre. Yo discutía con la mía –admitió Nikki–. Cuando cumplí dieciocho años y fui a la universidad descubrí una libertad que nunca había conocido y de pronto empecé a culpar a mi madre por todas las restricciones que nos había puesto durante la infancia.

–No seas dura contigo misma. Es un rito de la adolescencia

rebelarse en determinado momento.

–Pero ahora lo comprendo. Habría necesitado más tiempo con ella, pero murió…

–Tú misma lo has dicho, Nikki. Tu madre te quería y sabía que tú la amabas, y eso es lo que importa.

–No –Nikki apoyó la cabeza en el hombro de Trace para no tener que mirarlo mientras confesaba una verdad que aún atenazaba su corazón–. La última vez que la vi trató de darme algún consejo. No quise escucharla. Discutimos y me fui de casa, furiosa. Fue terrible. Y ése es el último recuerdo que tengo de ella.

–Te equivocas –dijo Trace mientras le acariciaba la cabeza–. Ése es sólo uno de los recuerdos que tienes. Por muchas discusiones que tuvierais, tu madre te quería y sabía que tú también la querías. Es eso lo que debes recordar.

–Tienes razón. Tengo muchos recuerdos –Nikki alzó el rostro para mirar a Trace–. Gracias. Él inclinó la cabeza y la besó delicadamente en los labios.

–De nada.

Nikki tomó el martillo que había dejado a un lado y, a base de martillazos, terminó de liberarse de sus emociones, la menor de las cuales no era precisamente la frustración que había despertado en ella aquel beso. Trace sabía que aquello haría que volviera a centrar sus pensamientos en él.

Se sintió mejor respecto a su madre, pero más confundida que nunca respecto a sus sentimientos por Trace. ¿Debía bendecirlo o maldecirlo?

# CAPÍTULO 10

TRACE se puso en pie al ver por la ventana que Nikki ser acercaba a la comisaría. Empujaba el cochecito de Mickey con una mano mientras con la otra sostenía el móvil y mantenía una animada conversación.

Se levantó rápidamente para ir a abrirle la puerta.

–Ahora voy a dejar a Mickey –estaba diciendo Nikki–. Sí, he vuelto a llamar a la consulta. Me han dicho que el médico se reunirá contigo en el hospital –miró a Trace mientras escuchaba y vocalizó–: Mi hermana está de parto.

Habiendo sido detective, Trace ya lo había imaginado.

Nikki parecía a la vez excitada y exasperada mientras hablaba con su hermana.

–No llames a un taxi. Deja que hable con Trace y en cinco minutos estoy ahí –saludó a Lydia con una mano al verla llegar–. Sí, sí, Amanda, ahora cuelgo. No olvides respirar como te han enseñado.

Tras colgar, sonrió de oreja a oreja y dio un saltito.

–Amanda está de parto. Voy a ser tía.

–Lo había deducido.

–Soy su compañera de parto y tengo que ir con ella –miró a Trace con expresión de disculpa–. He tratado de localizar a Josh, pero está trabajando y no sabía a quién más…

–No te preocupes. Tu hermana te necesita. Yo me ocupo de Mickey.

–Gracias por ser tan comprensivo. Aquí está la bolsa de los pañales. He dejado su sillita del coche junto a tu SUV.

–Vete tranquila –Trace tomó la bolsa de los pañales–. ¿Quieres que te lleve?

–No, gracias –la mirada de Nikki se suavizó–. Eres muy dulce por ofrecerte, pero estaremos bien. Y yo me sentiré mejor teniendo mi propio coche en caso de que necesite ir por algo. Además, si mi cuñado, Dan, no llega a tiempo, tendré que ocuparme de traer a Amanda de vuelta a casa. Se suponía que no volvía hasta el sábado, pero va a tratar de conseguir un permiso para venir antes.

–Esperemos que sea así. Llámame para contarme cómo van las

cosas, o si necesitas algo.

–Lo haré –dijo Nikki justo cuando su teléfono volvió a sonar–. Oh, tengo que irme. ¡Voy a ser tía! –abrazó a Trace, besó a Mickey y luego corrió hacia la puerta.

Una vez a solas, Trace decidió que apenas iba a poder hacer nada con Mickey en su oficina, y no era momento de ponerse a buscar una canguro.

–Papi –dijo Mickey a la vez que alzaba los bracitos hacia él.

Trace tomó al niño en brazos, dejó el cochecito en su oficina y se encaminó hacia la salida.

–Llámame si me necesitas –dijo a Lydia–. Voy a aprovechar para llevar a Mickey a la peluquería.

–Oh –lamentó Lydia–. Va a perder esos encantadores rizos.

–Exacto –replicó Trace.

Diez minutos después estaba en el desconocido mundo del nuevo salón de belleza del pueblo. Cruzado de brazos, se apoyó contra la pared mientras observaba a Mickey, que ocupaba uno de los asientos de la peluquería. Rodeado de mujeres, el pequeño se volvió a mirarlo con expresión de súplica. Trace lo lamentó por él, pero se mantuvo firme.

–Lo siento, amigo, pero esos rizos tienen que desaparecer. Me lo agradecerás cuando seas mayor.

–Pero son adorables –protestó una mujer con la cabeza llena de rulos–. ¿Cómo se le ocurre cortárselos?

El comentario provocó un murmullo generalizado de aprobación. Trace se encogió de hombros.

–Es un niño. Los niños no tienen rizos. No en mi familia.

Se dio cuenta de que acababa de sonar como su padre. Pero había ocasiones en que los padres sabían mejor que nadie lo que les convenía a sus hijos.

–Estoy cansado de que me digan que tengo una hija muy guapa.

Las risitas que provocó su comentario le hicieron ver que la multitud no entendía.

–De acuerdo, señoras. Para poder seguir trabajando necesito que vuelvan todas a sus asientos –dijo Dani Wilder la dueña del salón. La curvilínea pelirroja deslizó una mano por el pelo de Mickey–. Te estás portando muy bien, Mickey.

Su actitud y experiencia bastaron para tranquilizar al niño. Ése era el motivo por el que Trace había decidido echarle valor al

asunto y llevar a Mickey al salón de belleza en lugar de a la barbería.

–¿Lo quiere muy corto? –preguntó Dani.

–Quiero que parezca un chico.

–Es obvio que es usted un hombre de ideas claras, que sabe lo que quiere –dijo la peluquera mientras empezaba a trabajar con el pelo de Mickey–. ¿Cómo cree que debería emplearse la donación Anderson?

Varias mujeres volvieron la cabeza en dirección a Trace, a la espera de su respuesta.

–Mi trabajo consiste en mantener la paz, no en alentar la inquietud de la comunidad, de manera que será mejor que reserve mi opinión para las votaciones.

Dani le dedicó una fría mirada. –Lo que significa que está de acuerdo con los hombres.

–O no, aunque no permitirá que su opinión sea utilizada en la conversación en curso –dijo Matilda Sullivan, matriarca reinante del pueblo, desde dos asientos más allá–. El sheriff es un hombre listo y no le gusta hacerse notar. Y ha sabido buscar una muchacha bonita y lista como niñera para este pequeño.

Nikki no había mencionado a la señora Sullivan pero, como miembro del comité local, tenía que haber jugado un papel decisivo a la hora de aceptarla como maestra.

–Mantenga la mirada apartada de mi niñera, señora Sullivan.

Encantada, la pequeña mujer rió.

–No estoy seguro de poder prometerle eso. Sólo he estado con ella un momento, pero he visto sus referencias. Y mi bisnieto dice que es «impresionante».

–No hay duda de que es todo un partido –Trace lamentó de inmediato haber dicho aquello.

–Vaya, vaya… ¿Detecto un tono de interés personal, sheriff?

–No –contestó Trace con demasiada precipitación.

–No se avergüence, sheriff –la señora Sullivan sonrió con expresión cómplice–. Ya es hora de que empiece a salir de nuevo. Es duro después de su pérdida, pero tiene que pensar en su hijo. Usted y la señorita Rhodes harían una pareja encantadora. Personalmente creo que para un hombre con un cargo público es beneficioso tener una esposa. Si nuestro actual alcalde tuviera una esposa y familia, tal vez comprendería mejor la necesidad de una influencia cultural en nuestra ciudad.

Trace tuvo que hacer un esfuerzo para no sonreír.

–Nuestro actual alcalde es su nieto, señora Sullivan.

–Sí, y si Cord me hubiera hecho caso y se hubiera casado, estaría mejor cualificado para ocuparse de las necesidades de los habitantes de Paradise Pines.

–Señoras, me temo que están dando a este asunto más importancia de la necesaria… –Trace se interrumpió al notar que todas las mujeres volvían la mirada hacia él.

–¿Somos nosotras las que estamos dando más importancia de la necesaria al tema? –repitió la señora Sullivan en tono gélido.

–Sólo pretendía…

–Lo ha dejado bastante claro. Pero no somos nosotras las que ya teníamos planificada la construcción de un nuevo complejo deportivo antes del anuncio de la donación.

–Así es –asintieron todas las demás mujeres al unísono.

–Pensándolo bien, me alegra oír que no hay nada personal entre usted y Nikki Rhodes. Ella y mi nieto harían una pareja encantadora. Puede que una joven dulce con un máster en Desarrollo Infantil sea precisamente el arma que necesitamos.

–Ya está –anunció la peluquera en medio del tenso silencio reinante.

Trace agradeció la interrupción. Antes de que el ambiente se volviera más tenso, sentó a Mickey en su sillita, se despidió y prácticamente salió corriendo de la peluquería.

Nikki contempló a su sobrino a través del cristal que la separaba de la sala de recién nacidos. Anthony Amare había hecho pasar un mal rato a su madre, pero, por la plácida expresión con que dormía, nadie lo habría dicho.

Agotada, emocionada, se apoyó contra la pared. El parto había sido largo y al final habían tenido que practicarle una cesárea a Amanda. El bebé no estaba colocado como era debido y tenía el cordón umbilical enrollado en torno al cuello. Pensar en lo que podría haber pasado hizo que los latidos de su corazón arreciaran.

Pero al final todo había salido bien, y además Dan había llegado a tiempo. En aquellos momentos él estaba con Amanda y pronto irían a por el pequeño Anthony para que se reuniera con ellos. La familia merecía su intimidad, pero tras aquel largo y emocional día, Nikki no pudo evitar sentirse un poco sola.

Tampoco pudo evitar imaginar a Trace frente a una ventana

como aquélla, catorce meses atrás, conmocionado por la muerte de su esposa y abrumado por el nacimiento de su hijo.

Debió ser una pesadilla para un hombre convencido de que no se le daban bien las emociones.

No era de extrañar que hubiera aceptado la oferta de ayuda de sus suegros. Qué fácil debió resultar dejar que creciera la distancia entre él y Mickey… Y qué lástima, teniendo en cuenta cuánto se necesitaban mutuamente.

Pero finalmente se estaban encontrando.

Dentro de la sala, Anthony frunció el ceño y Nikki sintió que se le hacía un nudo en la garganta. No había duda de que era un pequeño Rhodes; tenía la misma expresión que su abuelo cuando fruncía el ceño. Cuánto le habría gustado que sus padres estuvieran allí para ver a su primer nieto…

–Estarías tan orgullosos –susurró–. No sabía lo grande que podía ser el amor por un bebé. No hasta que conocí a Mickey. Y ahora a Anthony. Sabía lo que era el amor, claro. Siempre contamos con el vuestro. Fue una constante en nuestras vidas. Pero esto es tan grande, tan maravilloso, que asusta. Mamá, sé que estás ahí arriba, mirándonos. Y que Trace tiene razón y probablemente ni siquiera recuerdes nuestra última discusión. Pero yo sí, y lo siento.

–¿Nikki? –Nikki sintió que alguien apoyaba la mano en su espalda–. ¿Estás bien?

Sorprendida, se volvió a medias… y se encontró con la verde mirada de Trace. Sin pensárselo dos veces, se arrojó en sus brazos.

–Me alegra tanto que estés aquí –murmuró. El hecho de que Trace tuviera a Mickey en brazos sólo hizo que el momento resultara aún más perfecto. Estaba con sus dos hombres. Nada podía ser mejor.

–¿Estás bien? –preguntó Trace a la vez que le hacía alzar la barbilla.

–Estoy bien, muy bien –Nikki pasó una mano por la cabecita de Mickey–. Vaya cambio.

–Lo necesitaba.

–Está muy guapo –Nikki señaló a Anthony a través del cristal–. La mamá y el bebé están bien. Dan ha llegado hace veinte minutos. La vida es buena.

–Entonces, ¿a qué vienen esas lágrimas? –preguntó Trace, preocupado.

–Nada de lágrimas –Nikki se frotó las mejillas–. Hoy no –añadió y, armándose de todo su coraje, se puso de puntillas, rodeó el cuello de Trace con los brazos y lo besó.

–Nikki… –murmuró Trace, y un segundo después le estaba devorando la boca con la suya.

Como estimulador, la pasión no tenía precio. Nikki dio todo lo que tenía, enlazando su lengua con la de Trace, saboreándolo, sumergiéndose en su abrazo.

Finalmente, sin aliento, apartó sus labios de los de él y se acurrucó contra su pecho. El bebé había nacido y Dan estaba de vuelta; por fin podía bajar la guardia y relajarse.

Trace le acarició el pelo, haciéndole sentirse querida.

–¿A qué ha venido eso? –el deseo hizo que su voz surgiera ronca y sensual.

Nikki sintió la tentación de decirle cuánto se alegraba de verlo, cuánto apreciaba que hubiera hecho un esfuerzo por acudir a verla. Pero probablemente lo asustaría, de manera que se encogió de hombros y dijo:

–Es un día para los milagros.

Trace alzó una ceja, pero no siguió insistiendo en el tema. En lugar de ello volvió a besar a Nikki con delicadeza en los labios.

–Felicidades, tía Nikki.

Nikki apoyó la cabeza en su pecho y saboreó el placer de estar en brazos del hombre al que amaba, robando aquellos preciosos momentos de toda una vida sin él. Consciente de que la relación de Mickey y Trace iba ya por buen camino, había enviado su currículum a varios colegios de San Diego y alrededores.

–No es que quiera quejarme, pero, ¿qué haces aquí?

–Recibí tu mensaje diciendo que ibas a quedarte en el hospital y te he traído algunas cosas.

–¿En serio? –Nikki miró a Trace y vio que estaba un poco colorado. ¿Sería por la excitación o estaría avergonzado? ¿Ambas cosas, tal vez?–. Eres tan dulce…

–No dejas de decir eso, pero no soy nada dulce. Soy práctico.

–¿Es práctico sacar a un bebé a las once de la noche de casa para traerme unas cosas?

–Sólo eran las nueve cuando he recibido tu mensaje –dijo Trace, aún más colorado.

–No luches contra ello. Eres dulce.

–Prefiero ser práctico. O duro. Incluso «rico» o «mono» es mejor que dulce.

–Eres todas esas cosas –admitió Nikki por seguirle la corriente, pero no podía mentir–. Y también eres dulce –rió al ver la expresión contrariada de Trace y luego palmeó sus bolsillos–. ¿Qué me has traído?

–Un momento. Está en una bolsa por aquí.

–¿Una bolsa? –Nikki dio un paso atrás para mirar y estuvo a punto de pisarla. Al volverse vio que era rosa y le llegaba casi hasta las rodillas–. ¿Qué hay dentro?

–He supuesto que habrías traído las cosas esenciales. Sólo son algunos complementos para hacer que la noche resulte un poco más cómoda. El regalo pequeño es para Amanda.

–Vamos a sentarnos en algún lugar cómodo para verlo.

Mientras se encaminaban a la sala de espera, Nikki informó a Trace de cómo había ido el parto y de la llegada de Dan.

–Ya que Dan está aquí, puede que me vaya a casa. Lo consultaré con Amanda, pero estoy segura de que preferirá quedarse a solas con Dan y su bebé.

–Siempre puedes regresar mañana –dijo Trace–. No te preocupes por Mickey. Ya le he buscado una canguro.

–¿No te importa que me tome otro día libre? –Nikki ocupó un sofá y palmeó a su lado para que Trace se sentara.

–Te has ocupado muchas veces de Mickey cuando lo he necesitado. Además, no todos los días se convierte en tía una niñera.

–Es cierto –dijo Nikki, sonriente–. ¿Qué me has traído? –rebuscó en la bolsa y encontró una manta, unas zapatillas y una almohada de viaje, todas de color azul claro–. Esto es demasiado, Trace. Ahora me siento mal por no necesitarlas.

–No seas tonta. Siempre estás esforzándote para que los demás estemos cómodos. Quería hacerlo. Puedes utilizarlas en casa, o incluso dárselas a Dan. No me sentiré dolido por ello.

–Gracias –Nikki no dejó que el hecho de que Trace le hubiera hecho el regalo por un sentido de obligación la disgustara. Al menos, no demasiado. Lo importante era que había hecho el esfuerzo–. ¿Tan fácil soy de leer?

–En absoluto –Trace rió–. Siempre me tienes adivinando, pero en algunas cosas, como la comodidad de aquéllos por los que te preocupas, eres muy predecible.

–¿Ah, sí? –Nikki volvió a guardar las cosas en la bolsas–. Oh, aquí está Dan.

Una vez hechas las presentaciones, Dan les contó cómo estaba Amanda.

–La han instalado en su habitación y le han llevado el bebé, así que está encantada. Quiere veros. Tú también deberías venir, Trace.

–Sí –dijo Nikki–. Tienes que darle a Amanda su regalo. Oh… Había olvidado que no se puede entrar con niños pequeños en maternidad. Me temo que no nos van a dejar entrar con Mickey.

Trace alzó una ceja.

–Tengo una insignia. No creo que nos pongan ningún problema.

# CAPÍTULO 11

–¿NO ESTABA radiante Amanda con su hijo en brazos? –dijo Nikki mientras regresaban a casa en el coche de Trace.

–La imagen de una madre con su bebé es algo muy hermoso –dijo Trace.

–Has estado maravilloso esta noche –Nikki apoyó una mano en su rodilla y Trace sintió que el calor le llegaba hasta el regazo. Como apenas había tráfico a aquellas horas de la madrugada, se arriesgó a mirarla… y se quedó petrificado.

Sus ojos parecía especialmente luminosos, brillantes de… ¿amor?

Por un instante, Trace sintió que la tierra giraba sobre su eje y que su mundo se volvía brillante y perfecto, como si finalmente hubiera encontrado su camino en la vida. Y Nikki iba a su lado.

No, tenía que estar equivocado. Nikki no lo amaba. Amaba a su familia. Eso era: el amor que iluminaba sus ojos era por la familia que acababa de dejar atrás. Eso lo explicaba.

Lo que suponía una alivio, ¿no? Y si era así, ¿por qué se sentía de pronto tan perdido y solo en el mundo?

–Has sido muy considerado viniendo al hospital después de lo que pasaste con tu mujer –continuó Nikki–. Supongo que la visita habrá despertado recuerdos dolorosos… ¿Estás bien?

–Ya te he dicho que nunca se me han dado bien las emociones. Mi matrimonio fue un ejemplo perfecto de ello. Éramos compatibles, ella quería casarse y yo acepté. Fue sencillo… hasta que las cosas se complicaron. Mi mujer empezó a quejarse de mis horarios y luego quiso dejar el trabajo para tener un bebé. Al principio me resistí, pero se quedó embarazada de todos modos.

–Debiste sentirte atrapado. Tu sentido del deber y del honor debió obligarte a permanecer con ellos.

Trace permaneció en silencio, recordando el dolor y la frustración que le produjo que no se hubieran tenido en cuenta sus sentimientos en una decisión tan importante. Pensó que Nikki lo había llegado a conocer mejor a lo largo del mes y medio que llevaba cuidando a Mickey que Donna en tres años de matrimonio.

–Al principio estaba enfadado. Pero tienes razón. El sentimiento

del deber intervino. Había prometido estar junto a Donna tanto en los malos como en los buenos tiempos, y pensé que un bebé haría que mejoraran las cosas. Con un hijo, Donna no se sentiría tan sola. Estaba muy animada ante la perspectiva de tenerlo y yo me alegré de volver a verla feliz y ocupada.

–Seguro que habrías logrado que acabara funcionando.

–Me gusta pensar eso –dijo Trace, pero sabía que no habrían bastado unos sentimientos mediocres para mantenerlos unidos a largo plazo–. Cuando nació Mickey y Donna murió sentí que todo era una especie de gran broma cósmica. Había muerto quien quería tener el bebé y éste se había quedado a cargo de un tipo hecho un lío que no sabía nada sobre criar bebés y menos aún sobre cómo ocuparse de su bienestar emocional. Supuso un enorme alivio que los padres de Donna se ofrecieran a cuidarlo, pero tampoco fue una buena decisión.

–Hiciste lo correcto en ese momento. Además cambiaste tu vida, tu trabajo, tu residencia y tu estilo de vida para crear un hogar para Mickey.

–Pero lo dejé con sus abuelos más tiempo del necesario.

–Porque sentías compasión por tu suegra.

–No sólo por eso. No estaba mejor preparado para ocuparme de un bebé recién nacido que de uno de un año. –Eso es algo que se aprende sobre la marcha, con la práctica.

–Eres demasiado blanda conmigo.

–Y tú eres demasiado duro contigo mismo.

Trace apoyó su mano en la de Nikki.

–Mickey y yo somos muy afortunados de tenerte. Vas a ser una tía maravillosa.

Veinte minutos después Trace detenía el coche ante su casa. Con un cansado suspiro, apagó el motor y se volvió hacia Nikki. Estaba apoyada contra la puerta, con una mano en la mejilla, profundamente dormida.

No quería despertarla después del largo y emocional día que había tenido, pero estaría más cómoda en su propia cama. La zarandeó con suavidad por el hombro. Nada. La zarandeó un poco más. Nikki se acurrucó aún más sobre sí misma. Decidió llevar primero a Mickey y volver luego por ella.

Tras acostar al pequeño, regresó al coche. Abrió con cuidado la puerta y sujetó a Nikki por el hombro para evitar que cayera hacia un lado. Ella murmuró algo, pero no se despertó.

–Despierta, Nikki. Estamos en casa.

–En casa –murmuró ella a la vez que apoyaba la cabeza en el hombro de Trace. –Vamos, cariño, despierta. –Hmm… –Nikki suspiró y se acurrucó aún más contra él. –De acuerdo –Trace la tomó en brazos y cerró la puerta con la cadera. Nikki se despertó cuando estaban subiendo las escaleras del porche. –Puedo caminar –murmuró mientras lo rodeaba con un brazo por el cuello.

–También puedes seguir en mis brazos –susurró Trace contra su pelo. Cuánto le habría gustado llevarla directamente a su cama, donde podría abrazarla durante la noche y despertar a su lado por la mañana…

En ese momento supo que Nikki había llegado a alcanzar partes de su intimidad a las que nunca había permitido acercarse a nadie. Ni siquiera a Donna. Sin embargo, podía imaginarse a sí mismo sentado con Nikki en el porche, con las manos unidas mientras contemplaban a sus nietos jugando en el jardín.

Obviamente, las cosas estaban yendo demasiado lejos. Nikki merecía algo mejor que una familia ya hecha con dos varones disfuncionales. Pero ser consciente de ello no evitaba que deseara desesperadamente atrapar el amor, llegar a conocer el verdadero sentido de la familia y el compromiso.

Una vez en el interior dejó a Nikki en el sofá mientras iba a buscar la llave de sus habitaciones. Cuando regresó la encontró tumbada y completamente dormida.

–Nikki –susurró a la vez que la alzaba por el torso y se sentaba a su lado para impedir que volviera tumbarse–. Es hora de ir a la cama.

Nikki abrió sus adormecidos ojos, parpadeó y sonrió.

–Quédate aquí –dijo a la vez que se acurrucaba entre sus brazos y volvía a estirar las piernas en el sofá–. En casa…

Se quedó nuevamente dormida antes de que Trace pudiera decir nada. Aunque tampoco habría puesto objeciones. La estrechó contra su pecho y estiró las piernas en el sofá a su lado.

Suspiró y dejó que su cuerpo se relajara. Rodeado por el dulce aroma de Nikki, se quedó dormido saboreando la deliciosa sensación de tenerla entre sus brazos.

Tras comprobar que no tenía cobertura, Nikki masculló una maldición y arrojó el móvil al asiento de pasajeros. Miró por el retrovisor para comprobar cómo estaba Mickey; parecía feliz en su

asiento, masticando una galleta para la dentición.

–No sé cómo puedes estar tan tranquilo. Tu padre va a enfadarse mucho conmigo si llega a casa antes que nosotros –tamborileó con los dedos sobre el volante. Debería haber llegado a casa hacía media hora, pero estaba metida en medio de un enorme atasco–. En la radio han dicho que un camión con remolque ha sufrido un accidente cerca de Lake Jennings y que las salidas cercanas están cerradas.

A Trace no le había hecho gracia su decisión de llevar en coche a Amanda al pueblo. Había habido un aviso de vendaval y tormentas y opinaba que aquel viaje era peligroso e innecesario. Por supuesto, aquello había hecho que Nikki se empeñara aún más en ir. Los partes meteorológicos de San Diego no eran precisamente de fiar.

La lluvia empezó a salpicar el parabrisas.

–Maravilloso. Esto es la gota que colma el vaso.

No iba a ser fácil calmar a Trace.

Nikki reconoció que su afán de llevar la contraria había podido con ella, pero no toda la culpa era suya. Valoraba mucho su independencia, y las sugerencias de Trace solían sonar a menudo a órdenes más que a sugerencias. Además, ya había prometido a Amanda que la llevaría al pueblo a reunirse con Dan. Era la primera salida de su hermana desde que había dado a luz y estaba muy ilusionada. Nikki no había querido decepcionarla.

Pero tampoco quería hacer daño a Trace. Tomó el teléfono de nuevo y comprobó que seguía sin cobertura.

Trace llegaría a casa en unos minutos y se preocuparía al no encontrarlos, sobre todo porque el tiempo estaba empeorando. Con un poco de suerte se habría enterado del accidente y deduciría que estaban en un atasco.

Había disfrutado de un profundo y dulce sueño entre sus brazos la otra noche. Cuánto le habría gustado que hubiera sucedido algo más… Pero Trace la había dejado dormir mientras se ocupaba de despertar y vestir a Mickey. No la había despertado hasta que había estado listo para irse.

Durmiendo entre sus brazos se había sentido querida y, por encima de todo, segura. Nada de interpretar el papel de hermana mayor, niñera, profesora y ama de casa. No durante las horas que Trace había protegido su sueño.

¿Significaba aquello que estaba interesado en ella como mujer

además de como niñera de su hijo?

Una traviesa sonrisa curvó sus labios. Claro que estaba interesado, pensó, pero se puso seria de inmediato. Esperaba que aquel incidente no lo estropeara todo.

–Trace, tienes una llamada por la línea tres –la voz de Lydia llegó a través del pasillo, claro indicio de que aún no se llevaba muy bien con la nueva centralita telefónica.

Trace descolgó el auricular.

–Aquí el sheriff Oliver.

–Buenos días, sheriff. Pertenezco a la escuela Irving Central. Necesito hacer unas averiguaciones sobre la señorita Rhodes. ¿Podría ayudarme?

–Sí, la señorita Rhodes trabaja para mí. ¿De qué se trata?

–Lo siento, pero no puedo…

Trace interrumpió las excusas de la mujer.

–Si llama de la escuela Irving Central imagino que será porque Nikki ha solicitado un trabajo en ella.

–No me está permitido hablar de los asuntos de los solicitantes –explicó la mujer–. ¿Estaría dispuesto a responder a unas preguntas? ¿Cuánto tiempo lleva la señorita Rhodes trabajando para usted.

Trace respondió las preguntas como un autómata, mientras pensaba en la posibilidad de perder a Nikki. ¿Por qué no le había dicho que había solicitado aquel trabajo? ¿Sería por algo que había hecho él? ¿O por algo que no había hecho?

Como tenerla en brazos toda la noche y no hacerle el amor. Lo más duro que había hecho en su vida había sido dejarla durmiendo sola a la mañana siguiente.

Y ahora se iba a marchar. Una fría sensación de temor se adueñó de él.

Sabía que Nikki tenía intención de volver a enseñar, pero también esperaba que lo avisara si iba a solicitar un trabajo. Pero no lo había hecho, y eso dolía.

–El currículum indica que también vive con usted. ¿Es correcto?

–Tiene un apartamento en mi propiedad, sí.

–Gracias, señor. Una última pregunta. ¿Se plantearía volver a contratar a la señorita Rhodes en el futuro?

¿Volver a contratarla? ¡No quería que se fuera!

Empezaba a llover cuando Trace detuvo el coche ante su casa. No le sorprendió no ver el coche de Nikki. Después de su conversación con la señorita de la escuela Irving la había llamado varias veces a casa sin ningún éxito.

Un sordo y creciente enfado se adueñó de él. Contradiciendo su opinión, Nikki había decidido llevar a su hermana Amanda en coche a reunirse con su marido, y seguro que en aquellos momentos estaba en el atasco de la autopista.

Esperaba que ése fuera el motivo de su retraso. Si Nikki quería arriesgar su cuello, él no podía evitarlo. Pero no tenía derecho a llevarse a Mickey con ella.

Intentó llamarla de nuevo al móvil, pero volvió a saltar el contestador.

Entró en la casa cuando la tormenta arreciaba. No había luces en el interior, ni la sensación de cálida bienvenida a la que se había acostumbrado desde que Nikki estaba allí.

Pero Nikki no había ido a su casa a quedarse; había ido a trabajar. Y ahora quería dejarlo, quería irse a trabajar a otro sitio.

Empezó a caminar de un lado a otro para aplacar su rabia.

¿Dónde estaba? ¿Y dónde estaba su hijo? Esperaba que no le hubiera pasado nada ahora que acababa de reencontrarse con él. Quería a Mickey con todo su corazón.

Necesitando hacer algo, llamó a la comisaría y pidió a Lydia que comprobara el tráfico y le diera un informe de los accidentes. Había habido un par de accidentes menores y estaban cerrados dos carriles donde el camión remolque se había accidentado. El tráfico ya había empezado a fluir.

Aliviado al saber que no había habido ningún accidente grave, colgó y fue a mirar por la ventana. Cinco minutos después, el coche de Nikki se detenía ante la casa. Cuando Trace salió, Nikki ya estaba sacando a Mickey de su sillita.

–Déjame –Trace la apartó a un lado para ocuparse del niño, que estaba dormido–. ¿Dónde diablos has estado? –preguntó y, sin esperar respuesta, añadió–: La próxima vez que quieras secuestrar a mi hijo, deja el móvil encendido.

–Sé que estás enfadado, pero te aseguro que he agotado todas las posibilidades antes de llevarme a Mickey conmigo.

–Seguro que te has esforzado mucho –Trace envolvió a Mickey en su mantita y se encaminó hacia la casa.

–Lo he hecho –contestó Nikki mientras lo seguía–, pero no he

logrado localizar a ninguna de las personas a las que permites quedarse con el niño.

–En ese caso no deberías haber ido. Nikki suspiró mientras Trace se dirigía a la habitación de Mickey para acostarlo.

–Amanda estaba tan emocionada con esta salida… Cuando le sugerí la posibilidad de no ir se echó a llorar. El médico le ha dicho que no conduzca durante unos días, pero yo sabía que lo haría si no la llevaba. Decidí que eso era más peligroso.

–No metas a tu hermana en esto. No quisiste escuchar una palabra cuando te mencioné el tiempo que iba a hacer.

–Eso es porque estamos en San Diego. Aquí siempre se equivocan respecto al tiempo.

Como para dar la razón a Trace, un rayo iluminó las ventanas, seguido casi al instante de un poderoso trueno.

Con la Naturaleza de su lado, Trace se limitó a mirar a Nikki con una ceja alzada.

Ella apoyó las manos en las caderas.

–En cualquier caso, el motivo de mi retraso no ha sido el tiempo, sino…

–El accidente del tráiler. Lo sé.

Nikki respiró, aliviada.

–Entonces, ¿estabas enterado? Bien.

–¿Bien? ¿Qué es lo que tiene esto de bueno?

–Que has deducido dónde estaba. No he parado de llamarte, pero no había cobertura para el móvil.

–¡No sabía dónde estabas! He especulado, he rezado, pero, por lo que sabía, mi hijo podía estar debajo de ese trailer.

Nikki se puso pálida.

–Es terrible que digas eso.

–Ha sido terrible pensar en esa posibilidad.

–Oh. Trace –Nikki dio un paso indeciso hacia él–. Ya sabes que adoro a Mickey. Preferiría morir antes de permitir que le sucediera algo.

El enfado de Trace se esfumó cuando escuchó aquellas palabras. Cualquier pretensión de que su preocupación había sido sólo por Mickey desapareció en cuanto reconoció su rabia por lo que realmente era: un pobre disfraz del temor que había sentido ante la posibilidad de perder a las personas que había llegado a amar, de perder a Nikki.

Recorrió en dos zancadas el espacio que los separaba y tomó su

rostro entre las manos.

–Esa no es una alternativa aceptable –dijo antes de reclamar sus labios con urgente necesidad.

# CAPÍTULO 12

LOS EXIGENTES labios de Trace se adueñaron de los sentidos de Nikki. Sus defensas se desmoronaron y le devolvió los besos apasionadamente. Trace la rodeó con los brazos por la cintura para llevársela por el pasillo. Nikki lo rodeó con los brazos por el cuello y se aferró a él. Una profunda y dulce sensación de alivio se sumó a la punzada de las lágrimas.

Trace tenía razón. A Nikki no le gustaba nada que le dijeran lo que tenía que hacer, pero se había equivocado, y lo sabía.

Pensar en Trace esperándola, preocupado ante la posibilidad de que su hijo hubiera sufrido un accidente, como le sucedió a su esposa, hizo que se le encogiera el estómago. No sólo se trataba de que fuera a hacer buen o mal tiempo; debería haber hecho caso de los deseos de Trace.

–No llores –Trace besó con ternura las mejillas de Nikki para secar sus lágrimas mientras la tumbaba en la cama.

El ritmo de sus caricias fue lento, relajado, pero no menos exigente que el beso inicial, y las llamas del deseo comenzaron a arder con creciente intensidad. Sólo se interrumpió un momento para preguntar si necesitaban utilizar protección.

El silbido del viento y el ritmo entrecortado de la lluvia contra los cristales, acompañados por el tambor de los truenos, pusieron música a la tempestad que se estaba generando en el bochornoso calor del dormitorio. Un poderoso rayo iluminó la habitación cuando sus cuerpos se arquearon en perfecta armonía, enfatizando el intenso gemido de placer que escapó de la garganta de Nikki.

Nikki puso mantequilla a una tostada mientras canturreaba una canción. Hacía un día precioso. Mickey estaba sentado a la mesa, comiendo trocitos de fruta y esperando a que Trace terminara de ducharse.

No era una mañana distinta a las demás… y sin embargo todo era diferente.

–Alguien está de buen humor esta mañana –dijo Trace mientras se acercaba a la encimera por un plato–. Hola, colega –frotó

cariñosamente la cabeza de Mickey mientras ocupaba su lugar habitual en la mesa.

–No voy a negarlo. Estoy de un humor fabuloso –dijo Nikki mientras dejaba un plato con tostadas en la mesa.

Se detuvo un momento junto a Trace para comprobar si iba a recibir un beso de buenos días, pero él se concentró en su plato sin mirarla.

–Y suponía que tú estarías de mejor humor –añadió mientras iba por otro plato.

Trace la miró al instante. Nikki no pudo interpretar su expresión, pero obtuvo una pista cuando él preguntó:

–¿No estás arrepentida?

–Me arrepiento de haberte preocupado –dijo Nikki mientras se sentaba junto a él–, pero no de haber pasado la noche contigo. ¿Y tú? Es cierto que ayer se nos fueron un poco las cosas de las manos… en dos ocasiones.

La tormenta había causado algunas inundaciones y Trace tuvo que irse poco después de haber hecho el amor por primera vez. Nikki se había quedado dormida en el sofá, esperándolo, y se despertó cuando Trace la tomó en brazos y la llevó al dormitorio para hacerle otra vez el amor.

–Exacto. No te di mucha opción.

–Oh, Trace –Nikki lo tomó de la mano–. ¿Es eso lo que te preocupa? Te aseguro que ayer estaba exactamente donde quería estar.

–¿Estás segura?

–Totalmente. He deseado estar contigo desde que me besaste en la comisaría. Trace miró a Mickey, como buscando su reacción. –No creo que tengas por qué preocuparte –comentó Nikki con una sonrisa–. Es demasiado joven para entender. Pero tengo la sensación de que eres tú el que está arrepentido.

–No, claro que no. Lo de anoche fue asombroso. Estuviste increíble –Trace giró su mano para enlazar sus dedos con los de Nikki–. Yo también llevaba tiempo deseando estar contigo.

–¿En serio? –Nikki se ruborizó, complacida.

–Oh, sí –Trace se llevó su mano a los labios para besarla–. Me has enseñado que hay ocasiones en que el control está sobrevalorado –soltó la mano de Nikki y se levantó–. Pero ahora tengo que irme.

–Oh. Por supuesto.

Tras ir a dejar su plato, Trace besó a Mickey en la frente y luego se acercó a la silla de Nikki. Le hizo alzar la barbilla y le dio un apasionado beso en los labios.

–Hasta luego –dijo con voz ronca.

Cuando salió, Nikki permaneció sentada, totalmente confundida. Por las rígidas respuestas de Trace había empezado a sospechar que lamentaba lo sucedido. Y entendía por qué, por supuesto.

El honor y el deber lo eran todo para Trace. La idea de haberse aprovechado de alguien que estaba bajo su cuidado y protección resultaría repugnante para él. A ella le gustaba pensar que su relación, meramente laboral en principio, había evolucionado hacia la amistad, y lo sucedido aquella noche no había sido más que el siguiente paso. Pero era lógico que Trace estuviera especialmente sensibilizado ante aquella nueva situación.

A pesar de todo, la mera posibilidad de que le avergonzara lo que para ella había sido una de las noches más maravillosas de su vida había estado a punto de romperle el corazón.

Esperaba haber aplacado sus preocupaciones.

Si su beso de despedida significaba algo, tenía que creer que Trace había aceptado que eran dos adultos capaces de manejar una relación íntima.

¿Pero sería ella capaz de manejar una relación con él?

Amaba a Trace. Le hacía sentirse viva y protegida. Amaba su sentido del honor, su valor, su seriedad, y el hecho de que creyera en lo que hacía. Además, funcionaban muy bien juntos. Sus ideas sobre la forma de criar a Mickey y llevar la casa encajaban tan bien que raramente se sentía agobiada por su necesidad de control. Trace no tenía por qué salirse siempre con la suya; cuando ella daba su punto de vista, la escuchaba. Era considerado, siempre la avisaba cuando se iba a retrasar, e inteligente, y la necesitaba para hacerle reír.

Oh, claro que lo amaba.

Y, después de lo de anoche, creía que él también sentía algo por ella. ¿Pero bastaría aquello para plantearse un futuro juntos?

–Entonces, ¿vas a aceptar el trabajo? –preguntó Amanda mientras amamantaba a Anthony sentada en el sofá del cuarto de estar de su casa.

Nikki terminó de dar los últimos toques a la ensalada de brócoli

que estaba preparando. Había recibido un mensaje de la escuela Irving. Cuando había devuelto la llamada le habían ofrecido una plaza de profesora.

–No sé –contestó–. Son niños de secundaria.

–¿Y? Sé que prefieres niños más pequeños, pero los de secundaria también necesitan buenos profesores.

–Por supuesto, pero… –Nikki se interrumpió, incapaz de encontrar una excusa para ocultar la verdad. No quería irse de allí.

–¿Pero? –insistió Amanda.

Nikki se limitó a negar con la cabeza.

–Oh, Nikki. ¿No estarás preocupada por dejarme sola, no? Irving sólo está a unas horas de aquí. Nos veríamos con frecuencia.

–Pero no como ahora –protestó Nikki–. Me perdería todos los momentos principales del desarrollo de Anthony.

–Te encanta enseñar, Nikki. Y con ese trabajo podrías permitirte comprar el apartamento que quieres. No puedo creer que no estés dando saltos de alegría ante esta oportunidad.

–No entiendes…

–Pues hazme entender. ¿Tienes otros planes? Siempre has sabido lo que querías para tu futuro. Esta indecisión no es habitual en ti.

–No es mi futuro lo que me preocupa ahora mismo. Es mi vida. Amanda entrecerró los ojos un momento y miró atentamente a su hermana.

–Oh, no…

–Estoy enamorada de Trace –confesó Nikki.

–Nikki, Nikki… –de pronto, Amanda abrió los ojos de par en par–. ¡Cielo santo! ¡Te has acostado con él! ¡Lo sabía! –exclamó.

Anthony, que se había quedado dormido en sus brazos, se despertó sobresaltado. Amanda lo tranquilizó mientras lo metía en la cuna.

–Tranquilo, pequeño. Todo va bien. Es sólo que tu tía Nikki se dio una fiestecita anoche…

–¡Amanda! –exclamó Nikki a la vez que miraba a Mickey, que jugaba tranquilamente en el suelo con unos bloques–. Hay niños delante.

–Sí, claro. Seguro que Mickey va a salir corriendo a decirle a su padre que estamos hablando de él. Vamos, dame los detalles. Ese hombre es puro fuego.

Nikki se abanicó la cara con una mano, totalmente de acuerdo

con su hermana. El recuerdo de las caricias de Trace, de sus exigentes y apasionados besos, hizo que la temperatura de su cuerpo subiera varios grados.

–Ésa es una forma de describirlo.

–No puedes dejarme a medias –insistió Amanda al ver que su hermana no añadía nada más.

–Digamos que es un hombre muy concienzudo en todo lo que hace.

–Entonces, ¿fue maravilloso?

–Oh, sí.

–Me alegro tanto por ti… –Amanda dio un rápido giro sobre sí misma para mostrar su alegría–. Lo cierto es que pienso que Trace te ha sentado muy bien.

–¿A qué te refieres? –preguntó Nikki, sorprendida por el comentario.

–Has cambiado estos dos últimos meses. Estás más serena, menos preocupada por los detalles y por defender tu libertad.

–¿En serio? –ahora que Amanda lo mencionaba, Nikki reconoció que últimamente se sentía más relajada, menos empeñada en ejercer su independencia… sin contar su arrogante actitud del día anterior. Otro indicio de que Trace era el hombre adecuado para ella.

–¿Trace te ha pedido que te quedes?

–Aún no le he hablado de esta oferta de trabajo.

–¡Nikki!

–No he escuchado el mensaje hasta esta mañana, cuando venía hacia aquí.

–¿Y crees que te lo pedirá?

Aquélla era la pregunta del millón.

Si móvil sonó antes de que pudiera contestar. Abrió su bolso y lo sacó. Colgó unos minutos después.

–Eso no ha sonado bien –comentó Amanda

–No –Nikki tuvo que carraspear para deshacer el nudo que se le había hecho en la garganta–. Era de la agencia de niñeras. Trace les ha llamado para pedir una nueva niñera.

Cuando Nikki detuvo el coche ante la casa de Trace estaba hecha una furia. Le sorprendió ver su coche en el sendero de entrada, pero se alegró de que estuviera allí, porque tenía unas cuantas cosas que decirle a aquel miserable cobarde. Además, así no tendría

que andar buscándolo para entregarle a Mickey.

El muy rata ni siquiera había tenido valor para decirle a la cara que se fuera. Miró a Mickey por el retrovisor. Se había quedado dormido.

Iba a echarlo mucho de menos.

Por su bien, debía procurar que la ruptura fuera rápida y discreta. Con aquello en mente, bajó del coche y se encaminó hacia la casa con Mickey.

Trace estaba en la cocina, preparando algo. Ignorándolo, Nikki llevó a Mickey a su dormitorio y lo acostó en la cuna. Con el corazón roto, acarició su cabecita.

–Te quiero, pequeño –susurró–. Que tengas una vida feliz. Cuando se volvió, Trace estaba en el umbral de la puerta. –Hola. He venido a casa esperando que pudiéramos almorzar juntos.

Nikki pasó rápidamente a su lado

–Incluso los condenados obtienen una última comida.

–¿Qué? –Trace la sujetó por la muñeca–. Estás disgustada.

–¿Tú crees? –Nikki liberó su mano de un tirón–. Suéltame. No quiero que vuelvas a tocarme.

Trace frunció el ceño, pero la soltó.

–¿Qué te pasa?

Nikki negó con la cabeza y se alejó.

Trace la siguió pisándole los talones.

–¿Te importaría parar para hablar conmigo?

–¿Ahora quieres hablar? Oh, lo había olvidado. Se te da muy bien hablar. A todo el mundo menos a mí.

–Vale, ya basta –Trace se interpuso en su camino–. No vas a ningún sitio. Cálmate y dime qué ha cambiado entre esta mañana y esta tarde.

Su supuesta cerrilidad irritó aún más a Nikki.

–No simules no saberlo. Puede que seas un cobarde, pero reconoce lo que has hecho.

–¿Cobarde? –repitió Trace–. Explícate.

Nikki se apartó de él, de manera que el sofá quedó en medio.

–Explícate tú. Empezaba a creer que te estabas transformando, que ibas a dejar de ser un hombre hundido e incapaz de sentir emociones para convertirte en otro capaz de amar, capaz de ser un buen padre. Pero estaba equivocada.

–No estoy hundido –Trace se cruzó de brazos, como encerrándose en sí mismo–. Y ya te advertí que no se me daban

bien las emociones.

–Eso ha dolido, ¿no? –Nikki sabía que no debía hacerle daño, pero tenía la vaga esperanza de poder horadar aquel muro de piedra que Trace llamaba corazón para que su hijo no sufriera el mismo destino en el futuro–. La verdad suele resultar dolorosa. Y cuando estás tan absorto en el dolor que producen la pérdida y el rechazo que no eres capaz de distinguir entre lo que es bueno y lo que es malo, entonces puede decirse que estás hundido.

–No sabes de qué estás hablando.

–Me has hablado de las partes malas de tu pasado, del abandono de tu madre, de la falta de capacidad emocional de tu padre… Pero nunca te he oído hablar de los buenos recuerdos.

Trace parpadeó, pero no dijo nada.

–¿No tienes recuerdos felices de la época anterior a la marcha de tu madre? ¿Risas? ¿Abrazos? Si no es así, estabas mejor sin ella. Y su recuerdo no debería tener ningún poder sobre tu futuro.

–No tiene ningún poder sobre mí.

–Oh, claro que sí. No te fías de tus sentimientos porque temes que no serán suficiente, como no lo fueron para evitar que tu madre se fuera, y temes volver a sufrir. Tú madre tiene poder sobre ti, sobre Mickey, e incluso sobre mí. Y eso me enfurece.

–Vas a irte. Igual que ella.

–No, tú me estás echando. No pienso quedarme donde no soy querida. La vida es demasiado corta. Buscaré a alguien que me corresponda y seré feliz –Nikki también se abrazó a sí misma, para contener su dolor–. Ésa es una lección que aprendí de mi madre. Estaba tan preocupada por encontrar y proteger mi libertad personal que me mantuve alejada de ella por temor a perder parte de esa libertad. Pero lo que perdí fue un tiempo precioso con ella que nunca recuperaré.

–Nikki –Trace rodeó el sofá, pero ella alzó una mano para que se detuviera–. ¿Cómo te he echado de mi lado? Estoy aquí. He venido a mediodía para verte.

–Por favor –dijo Nikki en tono desdeñoso–. Si querías que me fuera, ¿por qué no me lo has dicho en lugar de llamar a mi agencia y poner mi reputación profesional en peligro?

–Yo no… –empezó Trace, pero enseguida se interrumpió.

Nikki lo miró, expectante.

El silencio fue roto por el repentino llanto de Mickey.

Nikki cerró los ojos. Así que se había acabado. Nunca llegaría a

saber qué había empujado a Trace a echarla de su lado. ¿Pero a quién trataba de engañar? Ella misma acababa de dejar bien claros los motivos.

–Será mejor que te ocupes de Mickey. Yo tengo que hacer el equipaje –dijo y, tras rodear a Trace, salió de la casa.

Trace vio cómo salía Nikki de su vida. Una profunda tristeza se apoderó de él, atándolo al sitio que ocupaba. Sentía un vacío terrible donde antes tenía el corazón.

Casi de inmediato, la puerta se abrió y Nikki volvió a entrar.

–No puedo hacer esto ahora. Volveré por mis cosas cuando Mickey y tú no estéis aquí –fue hasta la puerta principal y la abrió–. Mickey ha estado varias veces en la guardería municipal. Conoce a algunos de los niños. Estará bien allí hasta que la agencia te envíe a alguien nuevo –miró un largo momento a Trace, con la misma tristeza en su rostro que la que él sentía. Finalmente movió la cabeza–. Adiós.

Y Trace volvió a ver cómo se iba, cómo desaparecía de su vida, dispuesta a convertirse en un recuerdo. Y dejó que se fuera, dejó que creyera que había pedido una sustituta porque no tenía valor suficiente para permitir entrar en su pequeña vida a una mujer inteligente, preciosa, amorosa…

Sintió que el mundo se desmoronaba a su alrededor y que un intenso frío lo rodeaba. Nikki se había llevado toda la calidez consigo.

Estimaba por encima de todo su libertada, lo único que él no podía darle. Y no tenía nada mejor que ofrecerle. Mejor que se fuera ahora que después de haber permitido que se convirtiera en todo su mundo.

El llanto de Mickey le hizo reaccionar.

En cuanto su hijo lo vio entrar en su dormitorio, dejó de llorar y sonrió. Trace lo tomó en brazos y su corazón se derritió cuando el pequeño apoyó la cabecita en su hombro.

Nikki tenía razón. El amor y la confianza de Mickey eran incondicionales, un regalo que Trace nunca había esperado y que juró atesorar.

–Ahora estamos tú y yo solos, cariño. Fue al cuarto de estar y lo sentó junto a la mesa de café con un par de coches de plástico. –¿Nikki? –preguntó Mickey mientras miraba a su alrededor.

–Nikki adiós –explicó Trace.

Pero Mickey quería detalles.

–¿A trabajo? –preguntó.

–No –Trace no quería mentirle–. No. Sólo adiós.

–Nooooo –Mickey negó enérgicamente con la cabeza–. ¡Nikki! –fue hasta donde estaba su padre y lo tomó de la mano–. ¡Nikki!

Quería que fuera por ella, que la trajera de vuelta.

–Puede que tú tengas alguna posibilidad con ella, pero yo no –dijo Trace–. Nikki va a buscar a alguien que la quiera…

De pronto, las palabras de Nikki resonaron en su mente: «Buscaré a alguien que me corresponda».

–¡Me quiere! –exclamó.

Tomó a Mickey en brazos, dio varios giros con él y le plantó un gran beso en la boca.

–¡Nikki me quiere! Vamos a traerla de vuelta a casa.

***

Nikki se frotó las lágrimas de las mejillas, enfadada consigo misma por haber llorado. El día había tenido un comienzo tan esperanzador… y ahora tenía el corazón roto porque amaba a un hombre demasiado herido por la vida como para arriesgarse a volver a sufrir.

Pero él se lo perdía. Ella le habría entregado su amor, su devoción, habría cambiado su independencia por una familia. Había sido lo mejor que le había pasado a Trace en su vida.

Al oír la bocina del vehículo que llevaba detrás miró por el espejo retrovisor. Era un coche de la policía… y el conductor era Trace. Por un instante, sintió renacer sus esperanzas.

La había seguido.

Pero la realidad volvió a imponerse de inmediato. Lo más probable era que quisiera que cumpliera su contrato hasta que llegara la sustituta. Nikki se enorgullecía de su reputación, pero aquélla era una tarea que no podía aceptar.

Las luces del coche de policía destellaron en su retrovisor. Trace pretendía hacerle parar.

Nikki pisó el acelerador a fondo, desafiando su autoridad. No tenía un motivo legal para hacerle detenerse, y su baqueteado corazón ya no podía soportar más golpes.

–Acércate a la acera y detén el coche –dijo Trace con su tono más profesional a través del megáfono de su coche.

–No creo –murmuró Nikki para sí, convencida de que todo

acabaría allí. Si Trace insistía acabaría por atraer la atención de los peatones, algo que seguro que no le interesaba.

–Detén el coche, Nikki. Sólo he llamado a la agencia de niñeras para liberarte y que puedas aceptar esa oferta de trabajo como profesora.

Nikki parpadeó, sorprendida por el hecho de que Trace estuviera al tanto de la oferta que le habían hecho. Vio que algunos peatones volvían la cabeza hacia ellos mientras pasaban por el centro de la población. Aferró con fuerza el volante mientras giraban en Main.

Estaba a salvo. Trace no querría exponerse públicamente en medio del pueblo. Haría falta algo más que el mero afecto para que diera un paso tan grande.

Ella merecía un hombre con una capacidad de amar tan grande como la suya. Trace había demostrado que no era ese hombre.

Al ver que el vehículo policial giraba tras ella, los latidos de su corazón arreciaron.

–Nikki Rhodes, te quiero –Trace no sólo dijo aquello, sino que subió el volumen para que se le escuchara alto y claro–. Detente de una vez, por favor.

Nikki sintió que la garganta se le cerraba de emoción. Trace la amaba.

Respiró profundamente, obligándose a reducir la marcha y a cuestionarse si realmente había cambiado y sería capaz de abrirse a una relación amorosa… pero fue inútil.

¡Trace la amaba!

–Nikki –la voz de Trace volvió a resonar en el aire–. Por favor, detente para que pueda pedirte que te cases conmigo y que seas la madre de Mickey.

–Sí –susurró Nikki mientras los curiosos se detenían en la acera a observar–. ¡Sí, sí, sí!

Sus manos temblaban cuando por fin detuvo el coche ante la puerta del salón de belleza del pueblo. Varias mujeres salieron de la peluquería a curiosear.

Nikki salió del coche e, ignorando al resto del mundo, corrió hacia el hombre que se había adueñado de su corazón y se arrojó en sus brazos. Trace la atrapó y giró con ella, eufórico.

Al cabo de un momento se detuvo y la miró a los ojos. El amor que Nikki percibió brillando en los suyos la dejó sin aliento.

–Acabas de declararte delante de todo el pueblo.

–Te quiero, y no me importa quién lo sepa –dijo Trace con firmeza–. No podía correr el riesgo de perderte –añadió antes de darle un beso cargado de dulces promesas.

–¡Nikki! –Mickey palmeó las manitas en su asiento.

Nikki y Trace miraron al pequeño y luego se miraron el uno al otro. Trace apartó un mechón de pelo de la frente de Nikki.

–Cásate conmigo. Sé la madre de mi hijo.

–Sí –susurró Nikki para él solo, y luego, para que todo el mundo se enterara, repitió en alto–: ¡Sí!

Tomó el rostro de Trace entre sus manos y lo besó con todo su amor. A su alrededor sonó un aplauso colectivo, la banda sonora perfecta para un momento perfecto.